

MAR ÁLVAREZ



*No te enamores
en la oficina*



NO TE ENAMORES EN LA OFICINA

Mar Álvarez



Derechos de autor © 2024 Mar Álvarez

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Libros de este autor](#)

ASÍ COMENZÓ TODO

Antes de comenzar esta novela, quisiera darte las gracias por darle una oportunidad a estas cuatro chicas, cuyos nombres he pedido *prestado* a mis mejores amigas.

La verdadera amistad tiene el poder de transformar un día gris en uno lleno de luz. Una reunión con amigas, esas que siempre están cuando más las necesitas, te recuerda que no importa lo que pase, ellas estarán ahí para apoyarte, escuchar y compartir sonrisas que sanan el alma.

Dicho esto, te quiero regalar este brevísimo relato (aunque es posible que ya lo tengas) done os presento a las cuatro protagonistas que conforman la serie *No te enamores en otoño*.

Espero que os guste y, de nuevo, muchas gracias por estar ahí.



CAPÍTULO 1

—Hoy es tu día. Vas a ir a por ellos y vas a convencerlos de lo buena que eres. Has trabajado mucho para llegar hasta aquí y ya va siendo hora de que te lo reconozcan...

A pesar de mis palabras, que destilan seguridad y confianza a raudales, no puedo evitar soltar un resoplido mientras miro mi imagen reflejada en el espejo. Porque una cosa es decirlo, y otra cosa muy distinta, creérmelo...

Mierda, que sí, me digo a mí misma por enésima vez. Desde hace días hay un run-run constante por la oficina que me persigue: Se supone que hoy, durante la reunión que tengo prevista con el gerente para presentar el proyecto que vamos a llevar dentro de una semana a Francia para dar a conocer nuestra marca (y a la que quizás asista parte de la junta directiva conformada por la familia Santisteban), me van a nombrar por fin directora del departamento de publicidad y marketing de la bodega Sol y Uva, donde llevo trabajando desde hace casi veinte años. Sólo sería un nombramiento sobre el papel, y sobre la nómina, porque de facto, ya ejerzo ese rol.

—Venga, mamá, si te ves genial... —me dice mi hija Claudia desde la puerta, haciendo que me sobresalte.

Miro su reflejo en el espejo y veo en ella un clon mío: un poco más alta (ella alrededor de metro sesenta y cinco; yo apenas metro cincuenta y ocho), pelo rubio, ojos azul verdoso... Pero claro, una versión de mí mucho más joven. Mientras ella va camino de cumplir los dieciocho, yo ya he pasado —por poco, eso sí— de los cuarenta. Es una niña (porque para mí siempre lo será, tenga la edad que tenga) de la que no puedo estar más orgullosa. Siempre hemos sido ella y yo, sin nadie más. Y no tengo dudas al afirmar que mi hija es el mejor regalo que la vida me ha dado.

—¿Tú crees? —le pregunto, indecisa.

Claudia se acerca a mí y me abraza por detrás, dejando caer la barbilla sobre mi hombro.

—Estoy segura. Y lo harás genial.

Nuestras miradas se cruzan a través del cristal y nos sonreímos. ¿Qué haría yo sin esta petarda que sabe arrancarme una sonrisa hasta en mis peores momentos?

—Te quiero mucho, *peque* —afirmo sin poder contenerme.

—Y yo a ti. —Me da un beso y se aparta de mí—. Y ahora mueve el culo que se te hace tarde, y a mí también. A este paso, voy a perder el autobús del instituto, y no me apetece tener que ir andando que, aunque ya estemos en septiembre, todavía hace calor para pegarme la caminata.

No he hecho más que cruzar las puertas acristaladas de la sede principal de la oficina cuando veo que mi querido Víctor, mi mano derecha, mi compañero de fatigas, mi alma afín —al

menos en el sentido laboral—, se acerca hasta mí con el dossier que le había pedido ayer para que lo tuviera preparado a primera hora. Me lo pasa y de inmediato comienzo a ojearlo mientras me dirijo a mi despacho.

—¿Qué? ¿Nerviosa, jefa?

—Uf, ni te lo imaginas. No he pegado ojo esta noche con la maldita reunión de las narices —le contesto al tiempo que reviso los gráficos con las prospectivas de ventas para el próximo semestre.

Aunque aquel no es mi terreno, sí lo es la potente campaña de difusión de nuestra marca que hemos preparado y que se va a lanzar en cuestión de días en el evento vitivinícola al que pensamos asistir. Esperamos que, si resulta tan eficaz como creemos, aquellas previsiones que habíamos realizado a conciencia sean realistas e, incluso, se queden cortas.

—¿Necesitas que te traiga un café? —Me ofrece con amabilidad.

—¿Por qué? ¿Tan mala cara tengo? ¿Se me notan acaso las ojeras? —lo miro y mi cara de susto debe causarle gracia, porque de inmediato me devuelve una sonrisa burlona.

—¿Cuándo has tenido tú ojeras, boba? En todos los años que llevo trabajando contigo, a pesar de que le has echado al curro más horas de las que deberías, jamás te he visto un maldito surco bajo tus preciosos ojos verdes. Tranquila, jefa: estás perfecta... como siempre.

Me doy cuenta lo importante que es rodearse de un círculo de confianza. Tengo a mi hija, mis amigas, mi compañero de curro. Todos ellos saben cómo animarme cuando más lo necesito.

—Es que... no puedo evitar sentirme nerviosa —reconozco sin pudor—. Sabes lo importante que es esta campaña para mí; bueno, para la empresa, quiero decir.

—No te corrijas, Joe. Lo has dicho bien: es importante para ti, sí. Ya va siendo hora de que te den el ascenso que tanto mereces. Has trabajado muchísimo para lograrlo, así que no vaciles y haz lo que sueles hacer siempre: muestra la seguridad y la templanza que hay en ti.

—¿Aunque no la sienta?

Víctor sonríe y se lleva el índice a los labios, al tiempo que me guiña un ojo.

—Schiittt. Pero ellos no tienen por qué saberlo, ¿verdad?

Me detengo en la puerta de mi despacho y no puedo contener el impulso de abrazar a mi asistente. Si yo merezco un ascenso, él también; porque ha estado trabajando conmigo codo con codo durante los últimos diez años... en las buenas y en las malas. Y es justo que también se le reconozca su labor.

—¿Qué haría yo sin ti? —le digo en el oído, consciente de lo valioso que es para mí.

—Tú no me necesitas, preciosa. No me cabe duda de que podrías sacar el trabajo sola si te lo propusieras, porque eres capaz de eso y de mucho más.

—No te infravalores. Yo no sería nada sin ti. Aunque solo seamos dos, somos un equipo.

—El mejor... —Me dice con humor.

—El mejor —corroboro.

—Entonces, ¿prefieres que te cambie el café por una tila?

No puedo evitar reírme y niego con la cabeza.

—Dudo mucho que ahora me pase nada por la garganta. Si todo sale como esperamos, te

invito después a almorzar.

—Uy, me gusta la idea, así que te tomo la palabra. Y, como sé que va a ir genial — remarca con convicción—, voy reservando sitio en un buen restaurante. Al fin y al cabo, pagas tú.

Cuando por fin entro en mi despacho, me apoyo contra la puerta cerrada, tomo aire hasta llenar mis pulmones y lo dejo escapar lentamente. Cuando me levanté por la mañana, lo hice con un entusiasmo particular, aunque siento como poco a poco, una inquietud que no puedo describir, empieza a apoderarse de mí. A ver, soy buena en mi trabajo, pero también soy humana y supongo que es normal que me surjan dudas.

A sabiendas de que quizás ese café que Víctor me ha ofrecido hace unos minutos me puede venir bien, aún a riesgo de que me altere los nervios más de lo que ya lo están, salgo en busca de uno antes de sentarme definitivamente en mi puesto a revisar los últimos informes. La sala de descanso, provista de una máquina de esas que por cincuenta céntimos te ponen un cappuccino que está de muerte (precio de empresa, claro está), no queda lejos de mi despacho, así que voy en busca de mi bebida con la cabeza puesta en lo que todavía tengo por delante. Al fin y al cabo, la reunión no está prevista que empiece hasta dentro de una hora.

Tras esperar los setenta y cinco segundos que demora el dispensador en expedir la bebida (sí, a veces el aburrimiento hace que te pongas a contar hasta lo más tonto), salgo de la estancia con mi vaso caliente que, de buenas a primera, noto como se desliza de mi mano y cae desparramado en mi impoluta camisa blanca.

—¡Me cago en la puta...! —No me gusta soltar improperios en la oficina, pero es que la dichosa bebida quema para todas sus castas.

—Dios, lo siento, no te había visto —escucho decir justo delante de mí.

Levanto la cabeza dispuesta a comerme al capullo que acaba de chocar conmigo y no puedo evitar que las palabras se queden atascadas en mi garganta por un segundo... solo por uno, o dos, porque el imbécil que tengo delante está bueno que te cagas.

Lo primero en lo que me fijo es que es alto... bastante más que yo (aunque, dicho sea de paso, eso tampoco es tan difícil). Tiene el pelo castaño y los ojos marrones, pero claros, tirando a miel. Un deje de preocupación en sus iris acentúa unas pequeñas arruguitas que, lejos de afearle, le dan un aspecto más sexy. A estas alturas, los niños de veinte años ya no me van; por el contrario, me gustan los tíos hechos, de treinta largos, que es lo que calculo que puede tener el hombre que tengo frente a mí. Lleva una camiseta blanca —como lo era la mía antes de que me echara el café por encima— y unos vaqueros gastados que se le pegan al cuerpo dejando entrever su buena forma física.

—¿Te encuentras bien? ¿Te has quemado? —se vuelve a dirigir a mí, poniendo su mano sobre mi hombro.

La respuesta es tan obvia que hace que me enfade aún más de lo que ya lo estoy.

—Pero... ¿es que no ves por dónde vas?! —le espeto, realmente molesta.

¡Tanto esmero en prepararme por la mañana para que un capullo me tire el café por encima!

—Te juro que no te vi. Iba con prisas porque llego tarde a una reunión y... —Por más que se intenta disculpar, no tiene caso. El daño ya está hecho. —No sé ni qué decir. ¿Puedo hacer

algo para ayudarte?

—No, ya has hecho bastante... —Mi tono de mala leche empieza a aflojar. Ya estoy pensando en la blusa que suelo tener guardada en el cajón para imprevistos, rogando que no esté demasiado arrugada, porque va a ser imposible que me dé tiempo de acercarme a casa para cambiarme.

—De verdad, lo siento muchísimo —se disculpa por tercera vez. Vuelvo a mirarlo y me da la impresión de que su rostro me resulta familiar, aunque no soy capaz de identificarlo en ese momento—. Si no necesitas nada, te tengo que dejar, porque me están esperando. Hoy es mi primer día de trabajo aquí, así que, como vamos a seguir viéndonos, no dudes en pasarme la factura de la tintorería para que yo me haga cargo.

—Tengo lavadora. Pero que sepas que como la mancha no salga, lo que te voy a pasar es la factura de una camisa nueva —le digo con menos acritud. Ya bastante tengo encima como para pelearme con este imbécil que, será muy guapo, pero tiene el cuidado de un elefante en una cacharrería.

—Lo que tu prefieras —me dice mostrando una sonrisa al comprobar que mi genio empieza a contenerse—. Si te parece, y en señal de buena voluntad, te busco en un rato y te invito a un café para compensar...

—¿Como el que me has tirado por lo alto?

—Lo siento —junta las manos delante de su pecho a modo de disculpas y empieza a caminar de espaldas a medida que se aleja de mí.

—¡Y date la vuelta de una vez, no vaya a ser que te choques con otra persona!

CAPÍTULO 2

Apenas una hora y media más tarde, con una camisa distinta en un estado medio aceptable (y si no, poco puedo hacer al respecto), Víctor viene a avisarme de que ya es la hora.

—Te requieren en la sala de reuniones, Joe.

Miro el reloj y frunzo el ceño. Vamos con más de media hora de retraso.

—Está bien. Voy enseguida.

Es la hora. Ha llegado el momento.

Cierro la carpeta que debo llevarme a la reunión y me dirijo con determinación hacia donde me esperan, saludando con un leve asentimiento a los compañeros con quienes me cruzo, quienes me responden con miradas de curiosidad y susurros. Está claro que, por sus gestos, esperan grandes noticias a la salida de la sala.

Mi sorpresa es mayúscula cuando al entrar me encuentro la estancia casi vacía —ni rastro de la junta que pensé que nos acompañaría—, a excepción de mi jefe, el gerente de la bodega, y el hombre vestido de manera casual, con camiseta blanca y vaqueros gastados. El mismo con el que me crucé hacía apenas una hora. De nuevo, tengo la sensación de que su cara me suena vagamente, pero no consigo recordar dónde lo he visto antes.

De todas maneras, mi atención no se centra demasiado en él; no debo perder la perspectiva de lo que he ido a hacer allí.

—Siéntate, María José —me invita mi superior mientras señala el asiento que suelo ocupar habitualmente, justo frente a la pantalla de exposiciones.

Cruzo las piernas a la altura de la rodilla, coloco la carpeta sobre ellas, y la sostengo con fuerza para evitar que se note mi nerviosismo.

Maldita sea... Ni que fuera la primera presentación que hago.

¿Por qué no puedo controlar esta sensación de desasosiego que me corroe?

—Quería presentarte a Enzo... Enzo Torres.

Enzo. ¿Enzo? Demonios, sí. Ahora lo recuerdo: lo conocí hace un par de años en una conferencia de marketing digital e inteligencia artificial a la que asistí en Barcelona. Era famoso por sus enfoques poco convencionales y su actitud relajada, que chocaban de plano con mi forma de trabajar. Mientras yo me sumergía en informes, estadísticas y estudios de mercados, él prefería confiar en su instinto y dejar que la mayor parte de *su trabajo* lo hiciera una máquina. Que está bien que la IA nos ayude a potenciar nuestra labor, pero otra cosa muy distinta es dejar que todo lo haga *ella*.

—Mucho gusto, otra vez —me saluda levantándose y ofreciéndome la mano al tiempo que me muestra una sonrisa que deja entrever su confianza. Veo como sus ojos ambarinos se quedan pegados a la camisa que llevo ahora, y me doy cuenta del momento en que advierte que no es la misma que vestía esta mañana—. Perdón por el retraso, ha sido por mi culpa. He tenido

un percance ahí fuera que ha provocado que me demorase —me dice guiñándome un ojo, se supone que en un gesto de *¿complicidad?*, pero que a mí me toca un *poquito* las narices.

Me limito a asentir, aceptando sus *disculpas* mientras intento ocultar mi sorpresa y mi irritación. ¿Qué hacía él allí? Miro a nuestro jefe en busca de algún motivo que justifique la presencia del señor Torres, pero don Antonio no se da por aludido, de momento.

Finalmente, me mira, me sonríe con esa superioridad propia de los Santisteban —los dueños de la bodega— que tanto me fastidia y da comienzo su explicación.

—Bueno, jovencita —se dirige a mí como si todavía tuviera veinte años y no los cuarenta y tres que ya calzo. Igual se piensa que soy la misma chica recién graduada que entró en la empresa en periodo de prácticas y que se quedó allí trabajando definitivamente gracias a su buen hacer, y no en base a otras cuestiones que apuntaban antiguos compañeros y que no vienen al caso—. Hoy tengo una noticia importante que compartir contigo y que creo resultará de tu agrado. He decidido incorporar a Enzo, aquí presente, a nuestro organigrama para que te ayude en el departamento de promoción y contenidos, con la intención de dar un nuevo impulso a nuestra marca tanto a nivel nacional como internacional. Considero que es un fichaje muy acertado y que juntos podréis aportar mucho a esta empresa, empezando por el evento al que asistirás próximamente.

Creo que si en este momento me tiran un balde de agua fría por encima seguramente no me hubiera dado ni cuenta. Enzo Torres, el hombre cuya idea de profesionalidad era vestirse con una camiseta con el logotipo de una banda de rock, y jeans más gastados que los de mi abuela (suponiendo que los tuviera) sería parte de nuestro equipo. Y no solo eso, sino que estaría trabajando conmigo, entre otras cosas, en la presentación más importante de mi carrera.

—Disculpe, don Antonio —me atrevo a disentir—. Pero Víctor y yo hemos estado trabajando muy duro durante estas últimas semanas en la presentación de nuestra marca en el extranjero y tenía entendido que la reunión de hoy era para exponerle a usted, y al resto de la familia que compone la junta directiva, nuestro proyecto.

—Y no dudo que será una labor excepcional, como siempre. Pero Enzo es un experto en marketing digital y su aportación será invaluable para nosotros— continua don Antonio omitiendo por completo mi alegación—. Así que, tú serás la encargada de trabajar directamente con él y juntos, presentareis la nueva campaña en la feria del *Salon International du Cognac et Brandy*, en Francia.

Mis manos se aferran con más fuerza a la carpeta que tengo apoyada en las rodillas, haciendo que mis nudillos se pongan blancos. En solo dos días tengo previsto salir para el país vecino, aunque todavía quede una semana para que dé comienzo el evento, con la intención de ir estableciendo contactos, y... ¿Pretende endosarme a Torres para que me acompañe? Miro a Enzo, quien me devuelve una mirada despreocupada y una sonrisa que sólo incrementa mi irritación. Esto no era lo que había planeado.

—Encantado de trabajar contigo—, se dirige a mí, extendiendo su mano sobre su pecho—. Estoy seguro de que juntos haremos algo increíble.

Lo miro a los ojos, intentando mantener la calma, aunque por dentro me están comiendo los demonios.

—Será... interesante— respondo, mostrando una sonrisa más falsa que la de un político

en campaña.

Don Antonio continua la mini reunión explicando lo que se espera de nosotros dos. Sin embargo, mi mente está en otra parte, intentando procesar esta nueva realidad. Torres y yo, trabajando juntos. Un hombre cuyo método consiste en dejarlo todo a la improvisación, y en marcar las pautas de su trabajo en función de lo que suelte una máquina que a saber a cuántos más les ha largado el mismo algoritmo. Esa estrategia, que considero demasiado arriesgada, puede dar lugar a que solo seamos uno más en el mercado, en lugar del producto único y exclusivo que yo me afano en proyectar. Y me lo pretende *imponer* a mí... a alguien que se esfuerza en realizar profundas e intensas prospecciones de mercados para ir sobre seguro. Si don Antonio, o el mismo Torres, creen que voy a dejar el resultado de la campaña al azar, se van a topar con un hueso duro de roer. Analizándolo fríamente, esto puede convertirse en una pesadilla.

—¿Qué opinas, M^a José? —la voz del gerente me arranca del devenir de mis conclusiones.

—¿Perdón? —pregunto, tratando de recobrar el hilo de la conversación.

—Sobre la propuesta de Enzo para integrar las redes sociales en nuestra campaña principal—, me explica don Antonio con un tono un tanto condescendiente.

Miro a mi nuevo *compañero*, quien me observa con una sonrisa expectante. Sé que tengo que mantener la compostura y demostrar que puedo manejar esta situación como la profesional que soy.

—Me parece una idea interesante— digo finalmente—, pero es algo que ya hemos contemplado en el borrador de mi proyecto. Ciertamente, con su propuesta podríamos aumentar nuestro alcance y atraer a un público más joven. De todas formas, no debemos perder de vista que nuestro cliente potencial se ajusta más a un comprador que se caracteriza por su exclusividad y por su alto poder adquisitivo.

Enzo asiente y chasquea los dedos, aparentemente complacido con mi respuesta.

—Exactamente lo que pensaba: hay un amplio mercado hacia el que no nos proyectamos lo suficiente como para captarlos como posibles clientes. Que sean jóvenes no significa que no tengan paladar... —me dice cortando mi intervención—. Por eso creo que, con tu conocimiento del producto y mi experiencia en el mundo digital, seremos un equipo imbatible.

—¿Qué pretendes, que nuestro brandy sea carne de cañón de *botellonas*? —le espeto, molesta—. ¿Esa es tu aspiración?

Enzo me mira desafiante. Se nota que no le ha gustado mi respuesta, pero es que no he podido morderme la lengua a tiempo.

Sin embargo, don Antonio pasa por alto mi comentario, que reconozco quizás esté un poquito pasado de frenada, y hace como si no lo hubiera oído.

—Pues no se hable más —apostilla el gerente, dando por concluido mi rebatimiento—. Por cierto, Enzo, como estás recién llegado a la ciudad, puedes tomarte estos dos días libres para que tengas tiempo de instalarte. Ya habrá ocasión de ponerte al día con el trabajo durante el viaje. Además, voy a pedirle a mi secretaria que de instrucciones a los de mantenimiento para que te habiliten el despacho que hay junto al de M^a José. Ella se encargará también de gestionar tu billete de avión y la reserva de hotel para que puedas acompañar a tu compañera a Francia. Me

gustaría que te empapes de todo cuanto te sea posible.

—Te lo agradezco, Antonio —le contesta con una confianza que ni siquiera yo, con mi antigüedad en la empresa, me otorgo. Otra cosa no, pero el jefe como hombre chapado a la antigua que es, prefiere un trato más tradicional—. De todas maneras, ya que estoy por aquí, me quedará un rato para ir conociendo al resto del personal.

En cualquier caso, no son las palabras de Torres las que consiguen captar mi atención — que la verdad, me importa un pimiento si se va o se queda— sino la disposición que acaba de efectuar don Antonio.

—Disculpe, señor. Pero el despacho adjunto al mío está asignado a Víctor, mi asistente. —No voy a consentir que encima muevan de sitio a mi mano derecha para dejárselo a este flojo que se cree que con una sonrisa bonita y un estilo desenfadado lo tiene todo hecho.

—Estoy seguro de que a un simple *asistente* —remarca la palabra para dar a entender quién está por encima y quién por debajo—, no le molestará cederle su sitio a un compañero que es su superior.

¿Su superior? Ya solo me queda, para rematar el día, que le den el puesto que se supone iba a ser para mí. Eso me pasa por necia, por ilusa, por imbécil...

—¿Y qué es el señor Torres respecto a mí? —la palabra dimisión sobrevuela por mi cabeza, pero consigo contenerme a tiempo.

—Tu igual, por supuesto.

Mi igual... ¡Mi igual! Un tío que no sabe nada de vinos, del mercado vitivinícola, y mi jefe le da la consideración de... ¡mi igual!

—Ah, y no te preocupes por Víctor; ya le habilitaremos una mesa entre los dos despachos para que pueda atenderlos a ambos. ¿Os parece bien? —pregunta el gerente como si aquella fuera una cuestión menor.

—Por mi parte, perfecto —asiente Enzo complacido.

Sin embargo, juro que a mí no me sale la voz del cuerpo, como si un nido de sapos y víboras se hubieran enredado entre mis cuerdas vocales para impedirme hablar. Porque si en ese momento abro la boca... En fin, no estoy segura de lo que puede salir por ella. Por más comedia y profesional que me he mostrado siempre en el trabajo, tengo la sensación de que un huracán me acaba de pasar por encima y temo no poder controlarme adecuadamente.

Don Antonio debe dar mi silencio por aceptación, así que sin nada más que aportar, da por terminada la reunión.

—Pues entonces, hala, a trabajar. Aunque, María José, ¿te importaría quedarte solo un momento? Necesito comentarte algo más.

Enzo se da por despachado y se marcha, dejándonos solos.

—Entiendo que todo esto puede resultar una sorpresa para ti —me comenta mi jefe casi de inmediato—, pero no quiero que te sientas amenazada por Enzo. La decisión de incorporarlo a nuestra plantilla ha sido una apuesta personal por mi parte. Con eso quiero decir que deseo que le pongas las cosas fáciles para que podáis trabajar juntos de la manera más eficiente posible. No por ello quiero que creas que no valoro tu labor. Sé lo mucho que te esfuerzas por esta empresa. —Su sonrisa indulgente me produce urticaria, pero se la devuelvo—. No obstante, tus métodos

quizás hayan quedado un poco desfasados respecto a cuando entraste aquí siendo una becaria. Estoy seguro de que Enzo, con su conocimiento de las nuevas tecnologías, nos puede aportar una imagen más fresca y actual.

—Señor Santisteban, aunque no lo crea, no soy desconocedora de los nuevos métodos de trabajo —le replico molesta—, pero como acabo de exponer hace unos minutos, nuestro público objetivo tiene un perfil clásico y de poder adquisitivo alto, al que no le gustan los cambios repentinos y radicales, sino que, por el contrario, lo conocido es lo que le aporta seguridad y confianza.

—Y no dudo que así sea, pero eso no quita que también debamos abrirnos a la juventud y captar clientes para el futuro, tal y como sugiere Enzo. Y en esas cuestiones, no me puedes negar que él está más al día que tú.

—Entiendo —afirmo con mi gesto de pocos amigos, que no pasa desapercibido para el gerente.

—¿Va a suponer un problema para ti que trabajéis juntos? —puedo adivinar en su pregunta una amenaza velada, así que no me queda más remedio que marcarme otra sonrisa más falsa que la Judas durante la Última Cena y hacer un gesto condescendiente con la cabeza.

—Haré cuanto esté en mi mano para que el señor Torres se sienta cómodo en el equipo —tengo que tragar para evitar que la situación se escape de mis—. ¿Le parece bien?

—Eso es todo cuanto quería oír.

CAPÍTULO 3

Cuando salgo de la reunión me dirijo a mi despacho como alma que lleva el diablo. Mi cara debe ser de tres carajos, porque nadie se acerca a preguntar cómo me ha ido. Desde luego, por mi expresión debe ser fácil de adivinar que lo que todos pensaban que sucedería, no ha tenido lugar.

Ni siquiera paso por el despacho de mi asistente para informarle... Ese despacho que en cuestión de horas le quitarán por la cara para dárselo a un mierda recién llegado que de profesional tiene lo que un niño de primaria. Necesito unos minutos a solas para reponerme, para respirar hondo, para buscar la serenidad de la que siempre he hecho gala...

¡Y una mierda!

En cuanto atravieso el umbral de mi despacho, no me corto un pelo y doy un portazo que a buen seguro ha debido resonar en toda la oficina.

Me apoyo en la puerta, tal y como he hecho por la mañana al llegar, pero mis pies se resisten a permanecer quietos.

De una patada, revoleo al aire los tacones de aguja —hubiera estado feo tirarlos contra la ventana, a ver si rompía con ellos algún cristal, aunque ganas no me faltan— y empiezo a caminar por la estancia de un lado para otro, como si fuera una leona enjaulada.

No pasan ni dos minutos cuando llaman a la puerta, haciendo que me detenga. Víctor, que siempre entra sin avisar —porque nunca ha sido necesario que lo haga— asoma la cabeza y me mira con gesto entre expectante y asustado.

—¿Todo bien, jefa? —Debe notar que he empezado a respirar como un toro bravo, porque me vuelve a preguntar—: ¿Puedo pasar o prefieres que te deje a solas un rato?

Cierro los ojos y respiro hondo. Una vez. Dos. Tres. Hasta notar que mis pulsaciones se van calmando. Víctor es mi mano derecha, y debe saber lo sucedido en la sala de reuniones.

—Pasa y cierra, por favor —le digo algo más serena.

—¿Cómo ha ido la reunión? He de suponer que no hubo ascenso... —aventura mientras se acerca a las sillas que están junto a la mesa, sin ocupar ninguna de ellas. Simplemente se deja caer sobre el tablero del escritorio.

—Un desastre. Y no, no lo hubo —le ratifico.

—Pero, ¿acaso no le ha gustado el proyecto?

—¡Ni siquiera se ha dignado a echarle un ojo! —le contesto enfadada—. No me ha convocado para que le presente nada, sino para darme una noticia, que también te afecta a ti.

—¿Nos han despedido acaso? —aventura un tanto asustado.

—No, pero te juro que me han entrado ganas de tirarle la carpeta a la cara y mandarlo a tomar por culo.

—Pero, mujer, ¿qué ha pasado? —me insiste, cada vez más preocupado, porque sabe que no suelo expresarme así salvo que haya una razón muy potente que lo justifique.

—Me acaban de *comunicar* que un nuevo miembro se incorpora a nuestro equipo y, por ende, al proyecto. —Me llevo el índice y el pulgar al entrecejo para pellizcarlo con suavidad. A medida que mis pulsaciones bajan, también lo hace mi energía.

—¿Quién?

—¿Has oído hablar de un tal Enzo Torres?

Parece meditar unos segundos hasta que su rostro refleja que por fin reconoce el nombre.

—Ah, sí. ¿Ese no es el gurú del marketing digital que va dando conferencias por todas partes?

—El mismo —confirmo, haciendo un esfuerzo por no sonar demasiado amargada.

—Pero tengo entendido que su perfil está más enfocado a la formación y al coaching para empresas. También tiene, o tenía, un blog con consejos para que los usuarios de a pie crezcan en visibilidad en las redes sociales, aunque reconozco que hace tiempo que no estoy muy al día de sus publicaciones.

—¿Formación? ¿Coaching? ¿Te suena que algo de eso esté relacionado con el vino en general, o el brandy en particular?

—No mucho, no... —la respuesta es obvia.

—Pues según don Antonio, su visión debe ser la releche, porque quiere que nos *ilumine*; como si nosotros fuéramos unos ineptos y él, el puto amo del marketing.

—Tengo entendido que es muy bueno en lo suyo y tal vez pueda aportar algo nuevo...

Quizás la intención de Víctor es la de tranquilizarme, pero que lo defienda así a las primeras de cambio me fastidia lo más grande, como si le estuviera entregando su alma a alguien que ni siquiera conoce en persona. Al menos, todavía.

—Tal vez —concedo, aunque no puedo evitar sentirme irritada—. Pero es nuestro proyecto, Víctor. Hemos trabajado duro para llevarlo hasta aquí y ahora tenemos que compartirlo con alguien que ni siquiera conoce nuestra marca.

—Venga, Joe, no te pongas así. No sé, pero igual es un buen fichaje —sugiere Víctor con cautela, tratando de ver el lado positivo.

—Pues ese fichaje viene a quitarte el despacho, que lo sepas —señalo hacia la puerta, con un dedo acusador, como si allí estuviera el responsable de semejante disposición—. A ti te van a poner una *mesita* fuera para que nos ayudes a los dos por igual. Porque, eso sí, don Antonio me ha dejado claro que el señor Torres está al mismo nivel que yo. Un tío que acaba de llegar... manda huevos. —Creo que me sale humo de la nariz, como a un Miura.

Esa afirmación parece descolocar por un momento a mi asistente, pero finalmente, se encoje de hombros.

—Bueno, tampoco pasa nada. Al fin y al cabo, lo ocupé porque no había nadie en él. No me importa volver al sitio que tenía antes.

—Qué bien te lo estás tomando todo, ¿no? —Quería que se enfadara, que se encabritara tanto como yo... pero no parece el caso.

Víctor no tiene ocasión de contestarme. El sonido de unos nudillos golpeando de nuevo la puerta viene a interrumpirnos.

—¡Estamos ocupados! —Contesto con no muy buenos modos. Pero es que no me apetece ver a nadie.

Sin embargo, Víctor, que parece que se ha fumado una planta entera de marihuana de lo tranquilo que está, me mira con gesto de *venga ya...* y se acerca a la puerta desoyendo mi orden.

Al abrir, nos encontramos frente a frente con mi adversario.

«¿Adversario? ¿Por qué lo llamo así?» —hasta a mí me sorprende el apelativo que ha asaltado mi mente. «*Porque seguramente viene a robarte el puesto, imbécil. Nada más hay que ver el buen rollito que se gasta con el carcamal*».

—Perdón, ¿interrumpo? —se muestra prudente, seguramente a causa de mi gesto nada amable.

—No, para nada, señor Torres —lo saluda con demasiada gentileza mi asistente, que lo reconoce de inmediato.

Traidor...

—Enzo, por favor. ¿Y tú eres...?

—Víctor. Me está comentando Joe que va a empezar a trabajar con nosotros. Bienvenido al equipo.

Traidor, traidor y requetetraidor.

—Muchas gracias. Para mí es un placer estar aquí. Espero poder aportar mi granito de arena en todo lo que sea posible.

—Seguro que sí —lo anima mi ingrato asistente.

—Me gustaría poder hablar unos minutos con... ¿María José?

El apelativo con el que se había dirigido Víctor hacia mí parece dejarlo descolocado.

—¿Con Joe? —este se ríe al oír mi nombre real—. Nadie en la oficina la llama así, salvo los más viejos y, por supuesto, el jefe y los miembros del consejo. Pero bueno, pasa que ella estará encantada de recibirte. —El traidor me mira y en sus ojos puedo leer un *se amable que te conozco*—. Con vuestro permiso, me retiro a recoger mis cosas del despacho para que puedas ubicarte tan pronto como desees.

Eso sí parece tocar la fibra de Enzo.

—Yo... siento que te muevan de ahí. No sabía que el despacho que me iban a asignar ya estaba ocupado; de haberlo sabido, me hubiera negado.

Será embustero... Bien podría haber dicho que no cuando le comenté a don Antonio que allí ya estaba Víctor...

—No pasa nada, hombre. Mientras no falte el trabajo, a mí me da igual dónde me pongan. Y si voy a trabajar para los dos, es lógico que esté fuera para estar disponible para ambos.

—Muchas gracias, Víctor. Eres muy amable y estoy seguro que nos entenderemos bien.

—Claro que sí. Y ahora, os dejo para que podáis hablar.

CAPÍTULO 4

—¿Nos sentamos? —Me sugiere, como si aquel fuera su despacho y no el mío. Sin embargo, me recuerdo que, aunque la noticia me haya descolocado, debo actuar conforme a mi posición. Así que, aunque todavía sigo descalza, alzo mis pies sobre los dedos como si aún llevara los tacones y me dirijo con paso firme a mi mesa para ocupar mi silla al frente del escritorio. Con una formalidad impostada, le invito con la mano a que haga lo propio en el asiento del otro lado.

Por un instante, se forma un silencio incómodo entre los dos.

—Espero que no tengas en cuenta nuestro primer encuentro a la hora de trabajar conmigo —me dice en referencia al café que me echó por encima, tratando quizás de suavizar el ambiente.

—Por suerte, soy una mujer previsora y he podido solucionar la papeleta a tiempo —replico, con tono ácido.

Él se aclara la garganta y, al hablar, su entonación se vuelve más seria.

—Mira, Joe, deduzco que mi llegada ha sido una sorpresa para ti— me dice en voz baja, sus ojos color miel fijos en los míos—, pero te aseguro que, por mi parte, haré todo lo posible para que esto funcione.

No pienso andarme con rodeos.

—Espero que así sea—, le respondo tratando de sonar diplomática, aunque mi actitud quizás traiciona mis verdaderos sentimientos—. Tenemos mucho en juego.

Él cruza una pierna sobre la otra con esa comodidad que parece tan natural en él.

—Lo entiendo completamente —dice, manteniendo el contacto visual—. Y quiero que sepas que respeto mucho tu trabajo. Estoy aquí para sumarme a tu equipo, no para cambiarlo todo.

—¿Y cómo planeas hacer eso? —pregunto, alzando una ceja.

—Bueno, creo que podemos combinar nuestras fortalezas. He estado investigando un poco sobre Sol y Uva, y creo que hay mucho potencial para ampliar su presencia digital.

No puedo evitar soltar una risita sarcástica.

—¿Investigando? No llevas ni dos horas aquí.

Él se ríe suavemente, sin inmutarse.

—Cierto, pero cuando me comprometí con Antonio a venir, quise saber en qué me estaba metiendo. He estado leyendo sobre las campañas anteriores, y tengo algunas ideas que podrían complementarlas y mejorarlas.

¿Mejorarlas? ¿Acaso me está dejando caer que mi trabajo anterior no está bien desarrollado? Sé que puedo sonar prepotente, pero al menos yo me curro a conciencia todo cuanto hago.

Lo miro, evaluando si su entusiasmo es genuino o simplemente una fachada.

—Como, ¿qué?

—Bueno, para empezar, creo que podríamos hacer algo más interactivo con los clientes. Un concurso en redes sociales para ganar una visita a gastos pagados a la bodega podría generar mucho interés. Los seguidores podrían compartir sus fotos mientras disfrutaban de una buena copa de vino Sol y Uva, o del brandy en cuya promoción estás ahora centrada, y etiquetarnos; de entre todos ellos, los mejores podrían ganar una experiencia única aquí.

No es que me esté descubriendo la pólvora precisamente, y aunque no quiero admitirlo, es una idea con potencial.

—Eso suena interesante, pero parece que a don Antonio se le ha olvidado comentarte que los presupuestos que se manejan en la empresa para promoción no son lo que se dice generosos. Tenemos que administrar con cuidado los recursos de los que disponemos y ya vamos ajustados con los gastos.

—Podríamos buscar asociaciones con otras marcas o influencers del sector que compartan nuestros valores —sugiere, sin perder el ritmo—. Podrían ayudarnos a correr la voz, y nosotros les ofreceríamos algo a cambio, como un tour exclusivo o una degustación.

—¿Influencers? —pregunto, un poco escéptica.

—Son gente que pueden poner en valor...

—Sé lo que son los influencers, gracias; no hace falta que me lo expliques —trato de que no me rechinen los dientes, pero me cuesta. Me doy cuenta de que este va de enterado—. Pero nunca antes hemos trabajado con ellos.

—Precisamente por eso creo que podría ser una buena oportunidad, y hoy en día, me parece un atraso que no nos sirvamos de su exposición para ayudar en la promoción de nuestros productos —dice Enzo, inclinándose un poco hacia mí—. No estoy diciendo que debamos cambiarlo todo, solo que podríamos añadir algo nuevo a lo que ya haces. La tradición de Sol y Uva es su mayor fortaleza, pero eso no significa que no podamos innovar un poco.

A pesar de mi recelo inicial, hay algo en la forma de exponer sus ideas que me hace pensar que tal vez no sea el enemigo que había imaginado. Sin embargo, no voy a caer tan fácilmente.

—Enzo, aprecio tus aportaciones, pero ahora estamos volcados de lleno en la feria de la próxima semana y, aunque lo que me cuentas puede estar bien, lo que hoy por hoy tenemos entre manos es más que una simple campaña —le digo, intentando mantener mi posición—. Estamos hablando de la imagen de la bodega en el extranjero. Por si no la conoces, a la feria que vamos es una de las más prestigiosas. Necesitamos asegurarnos de que cualquier cosa que hagamos esté alineada con nuestros valores y nuestra historia.

Él asiente, serio por primera vez.

—Por supuesto, Joe. Y yo estoy aquí para ayudarte a contar esa historia al mundo, más allá de nuestras fronteras. Sé que es importante para ti, y quiero que sepas que estoy dispuesto a trabajar tan duro como sea necesario para que salga perfecto.

Me guste o no, tengo que trabajar con él (que no para él), y debo reconocer que su entusiasmo es contagioso.

—De acuerdo —digo finalmente, dejando escapar un suspiro—. Pero quiero estar

involucrada en cada etapa del proceso. No voy a permitir que un día te levantes con uno de tus brillantes presentimientos, improvises algo en base a lo que te diga una máquina y tomes decisiones precipitadas y a mis espaldas. Este proyecto es crucial para mí.

Enzo sonríe. Le acabo de dejar entrever que conozco cuál es su *modus operandi*.

—Aunque no lo creas, conozco el significado de la palabra *equipo* y no voy a actuar a espaldas de nadie. Pero al menos quiero que se me escuche si, como tú dices, me viene uno de mis presentimientos, que, por lo visto, ya conoces. Y, en mi defensa, debo decir que suelen salir bien en un elevado porcentaje.

—Yo no quiero un porcentaje elevado. Yo busco seguridad, certeza. —Ahora soy yo la que se inclina hacia delante imponiendo mi posición—. ¿Lo entiendes?

—Meridiano, aunque nada hay seguro en esta vida —afirma, reclinándose hacia atrás y colocando su codo sobre el respaldo de su asiento—. Debes saber que todo, absolutamente todo, puede torcerse en algún momento, por más planificado que se tenga. Y si lo que te preocupa es que te vaya a quitar a tu *bebé* —dice en alusión al proyecto—, no olvides que estamos en el mismo barco y que yo solo estoy aquí para ayudarte a que crezca.

Le observo detenidamente.

—¿Estás poniendo en duda mi capacitación? —Le pregunto arqueando una ceja.

No sé qué me ha molestado más: que dude de mi profesionalidad o que se tome el proyecto como un *bebé*.

Ahora es él quien se toma un tiempo en observarme, entrecerrando los ojos.

—¿Esto va a ser siempre así, Joe? ¿Vas a sacar punta a todo cuanto haga o diga? Me aseguraron que encontraría una buena predisposición de trabajo en el equipo, pero salvo por Víctor, estoy empezando a dudar de tal afirmación.

—Ya te lo he dicho: solo quiero que se tome en serio mi labor aquí.

Él asiente repetidamente, frunciendo los labios unos segundos.

—Han debido putearte mucho en el pasado para que siempre andes a la defensiva ante cualquier cosa que resulte novedosa. Te aseguro que no es mi intención poner palos a las ruedas del carro, sino ayudar a empujarlo.

—Eso espero.

—Y si no, el tiempo pondrá a cada cual en su sitio. Creo que ha quedado claro cuál va a ser tu actitud hacia mí.

—¿A qué te refieres?

—Te dejo para que trabajes. —No contesta a mi pregunta. Su sonrisa es sesgada, pero en absoluto tan amable como la que mostraba por la mañana, cuando me volcó el café encima—. Le pediré a Víctor que me ponga al día en lo que ya hay hecho, a ver qué puedo aportar.

Se le nota molesto, pero si piensa que me va a conmovir, lo lleva claro. Porque una cosa es segura: si Enzo quiere ganarse mi confianza, tendrá que trabajar muy duro.

CAPÍTULO 5

No puedo creer que esté ocurriendo. Me encuentro en el asiento del copiloto de un coche de alquiler, con un hombre que no me cae bien, camino de un pueblo perdido en la región de Cognac, en el suroeste de Francia. No sé en qué momento mi vida profesional se convirtió en un episodio de “Las peores vacaciones de tu vida”, pero aquí estoy, con Enzo al volante y mis nervios al borde del colapso.

Este viaje, que debería ser una oportunidad brillante para demostrar mi capacidad de liderazgo, ahora es una prueba constante de mi paciencia. Y para colmo, Enzo insiste en hacer todo de la manera *divertida*. Esa palabra debería estar prohibida en un viaje de negocios.

—¿Lista para la aventura? —me había preguntado un rato antes con una sonrisa radiante, mientras recogíamos las maletas de la cinta transportadora del Aeropuerto de Burdeos-Mérignac.

—Aventura no es la palabra que usaría, pero estoy lista —le respondí, intentando ocultar mi ansiedad tras una sonrisa forzada.

Después de una breve parada en la terminal para un café rápido —y esta vez me aseguré de que él no estuviera cerca para derramarlo—, nos dirigimos a la zona de alquiler de coches. Al llegar, Enzo se adelantó para hablar con la chica del mostrador. Mientras yo revisaba en mi mente todos los documentos que iba a necesitar durante la feria, él se mostraba encantador con la comercial que le sonreía con cara de boba.

—Mira, Joe, tenemos un coche perfecto para esta misión: pequeño, ágil y con mucho estilo, justo como tú —me dijo con un guiño.

¿Este tío es imbécil o se lo hace? Habida cuenta que nuestra última conversación en el despacho no terminó de manera muy amigable, llego a la conclusión de que ha debido fumarse algo esa mañana para parecer *simpático* conmigo. ¿Quizás esperaba que yo correspondiera su repentina amabilidad?

—¿Pequeño? —repito, mi ceja arqueándose casi automáticamente—. Espero que al menos tenga aire acondicionado.

—¡Claro! Y Bluetooth, para que pongamos algo de música relajante —respondió, tintineando las llaves al aire.

Intenté no mostrar mi decepción cuando vi el coche. No es que sea horrible, simplemente no es lo que esperaba: blanco, moderno, pero de esos en los que te preguntas si todas tus maletas cabrán por alguna parte. Yo hubiera preferido algo que reflejara nuestra categoría, el estatus que le queremos impregnar a la marca, pero Enzo ha optado por algo “compacto y práctico”. Según él, sería más fácil de maniobrar por las carreteras estrechas de la región. Admito que puede tener razón, pero eso no significa que me guste.

—¿Lo llevas tú o yo? —me preguntó.

—Te cedo los honores...

—Genial. Me encanta conducir por carreteras que no conozco.

Partimos del aeropuerto de Burdeos con el GPS configurado. Está previsto que la duración del trayecto hasta el hotel sea de hora y media, aproximadamente. La carretera serpentea a través de la campiña francesa, pasando por pequeñas aldeas y viñedos interminables.

—¿Qué te parece si, ya que estamos aquí, aprovechamos para desviarnos y hacer un poco de turismo? La verdad es que todo esto tiene pinta de ser idílico.

—Ya. Pero resulta que esto no es un viaje de placer, sino de trabajo. ¿Por qué no seguimos la ruta marcada y tratamos de llegar lo antes posible? Si estamos allí a buena hora, podríamos soltar las maletas y acercarnos un momento al *Château* donde se va a celebrar el evento, para ver cómo es la zona donde irá nuestro stand.

—¿Es que tú no te diviertes nunca? Venga, mujer...

—Claro que me divierto —afirmo apretando los dientes—. Pero me gusta hacerlo con mis amigas y con la gente a las que quiero.

—Y está claro que yo no formo parte ni de un grupo ni de otro, ¿verdad?

Volteo los ojos y suspiro.

—¿Será, quizás, porque no te conozco?

—O será, porque, quizás —replica imitando mi tono—, ni siquiera me has brindado una oportunidad. Venga, Joe, no soy tan mala gente... Hay quienes incluso me tildan de simpático —concluye guiñándome un ojo.

—¡Está bien! —acepto, más porque quiero evitar una discusión que por cualquier otra cosa—, pero por favor, no te hagas el gracioso conmigo, ¿de acuerdo?

Se ríe, pero no me contesta. Esta batalla la ha ganado él, pero no pasa mucho tiempo cuando empiezo a arrepentirme de mi decisión.

Tras unos cuantos kilómetros, ya no puedo contenerme.

—¿Seguro que este es el camino correcto? —le pregunto después de notar que la carretera se vuelve cada vez más y más estrecha.

—Relájate, Joe. Vamos a llegar, te lo prometo. Solo estoy tomando la ruta panorámica —responde, despreocupado.

“*Ruta panorámica*” es un eufemismo. Lo que realmente significa es que estamos perdidos. Empiezo a notar que el GPS recalcula la ruta constantemente, y la carretera se ha convertido en un conjunto de vías rurales, cada vez en peor estado. Enzo sigue conduciendo con una sonrisa, como si estar en medio de la nada fuera la mejor idea del mundo.

—No puedo creer que estemos en medio de la campiña francesa, buscando un castillo que se supone debe verse de lejos —digo, más para mí que para él.

—Vamos, Joe, esto es parte de la aventura. Imagina las historias que podremos contar cuando regresemos.

—Pero, ¿qué aventuras ni que ocho cuartos? Llevamos más de dos horas y media metidos en el coche y lo que quiero es llegar de una maldita vez al hotel —mi tono es más afilado de lo que pretendía, pero él no parece inmutarse.

Las carreteras se vuelven más angostas, si cabe, y el asfalto se transforma en caminos de tierra. Cada vez que Enzo toma un giro inesperado, mis manos se aferran con más fuerza al

asiento. Juro que intento mantener la calma, pero mi paciencia está llegando a su límite.

Después de un tiempo interminable, finalmente nos encontramos con una señalización que indica que estamos cerca de Château de Mirambeau. O al menos, eso parece. La verdad es que ya no confío en que estemos donde deberíamos estar.

—¿Ves? No ha sido tan difícil —comenta él, intentando ser optimista.

—Difícil no es la palabra. Quizás “innecesariamente complicado” sería más exacto —murmuro, pero me aseguro de que él lo escuche.

Enzo se limita a sonreír, como si mis comentarios fueran parte del encanto del viaje. Estoy a punto de replicar cuando siento que el coche comienza a sacudirse violentamente. Miramos hacia adelante y vemos un rebaño de ovejas que bloquea completamente la carretera.

—¿Es en serio? —exclamo, incapaz de creer nuestra suerte.

—¿Te gustan las ovejas? —pregunta Enzo con una sonrisa, mientras reduce la velocidad y detiene el coche.

Me llevo las manos a la cara, tratando de no perder los estribos. Las ovejas parecen no tener prisa, y estamos completamente atrapados. Enzo aprovecha la pausa para salir del vehículo —no sin dificultad por culpa de los malditos bichos que apenas nos dejan abrir la puerta—, estirarse y mirar a su alrededor como si estuviéramos en un safari.

—Podrías aprovechar para relajarte un poco —me sugiere—. Este paisaje es increíble. Anda sal del coche...

¿Y manchar mi traje de chaqueta y mis tacones en ese camino de tierra? ¿Arriesgándome encima a pisar una boñiga de cualquiera de esas bestias? ¡Ni loca!

¿Y por qué demonios no me he puesto unos vaqueros, como hubiera hecho si él no hubiera venido conmigo? Pero no, soy tan gilipollas que sigo pensando que, frente a Enzo, debo seguir mostrando la imagen de ejecutiva y no la de una excursionista cualquiera.

—Preferiría relajarme cuando estemos en el hotel, si no te importa.

—Venga, disfruta del viaje, Joe. Te prometo que no le diré a nadie que lo has hecho, si es lo que te preocupa.

Rodea el vehículo y tras apartar a las ovejas que veo en el lateral de mi ventanilla, abre la puerta del coche y me toma de la mano obligándome a salir. No me equivocaba: lo primero que percibo es el pestazo a mierda de animal, aunque una vez fuera, mi preocupación se centra en el rebaño que se empeña en rodearnos.

—¡Quítamelas! ¡Quítamelas de encima, Torres!

—¿Qué te crees, que son moscas? —se empieza a reír al ver mi gesto de horror—. ¿Por qué no te dedicas a disfrutar del paisaje sin más?

—¡Y un jamón de bellota! ¡No tiene gracia, Torres! —le grito—. Si me gustaran estos bichos, viviría en una granja, maldita sea. ¿Y dónde demonios se ha metido el encargado de estas bestias?

Finalmente, el pastor aparece y comienza a mover al rebaño, permitiéndonos continuar nuestro camino. Enzo se lo estará pasando en grande, pero yo me estoy acordando de las castas de Torres, del mayoral o como se diga, de las ovejas y hasta de *Triguito el de los Palotes*. Esta “pequeña” interrupción ha añadido casi una hora a nuestro trayecto. Mi mal humor se profundiza

mientras el coche avanza lentamente, dejando atrás la escena pastoral.

A medida que nos acercamos a Château de Mirambeau, el paisaje cambia de nuevo a viñedos que se extienden hasta donde alcanza la vista. Es hermoso, lo admito, pero no puedo dejar de pensar en lo mucho que todavía tenemos que hacer antes de la feria.

—Según el GPS, es por aquí —anuncia Enzo, girando en un camino mezcla de tierra y gravilla que espero y deseo fervientemente que nos lleve directos a la finca.

—¿Estás seguro de que es correcto? —pregunto, cada vez más insegura.

—Claro que sí, mujer —responde él, sin un ápice de duda.

Sin embargo, después de unos kilómetros, el camino se vuelve, otra vez, más difícil de transitar. El coche empieza a derrapar en algunos tramos y noto que el cielo se está oscureciendo. Justo lo que necesitamos: una tormenta.

Y como si el universo estuviera en mi contra, las primeras gotas de lluvia comienzan a caer sobre nosotros.

Al principio con timidez.

Pero pronto se convierten en un aguacero importante.

La visibilidad disminuye drásticamente, y el camino de tierra se transforma rápidamente en un barrizal.

¿Pero es que me ha mirado acaso un tuerto?! Ojo, que no tengo nada en contra de los tuertos, que conste. Pero ya se sabe cuál es el significado de la expresión.

—¿Sabes? Podríamos haber esperado a que el maldito GPS encontrara la ruta correcta en vez de ser aventureros —le digo, con sarcasmo apenas contenido.

—Esto... bueno, no estaba en mis planes, pero lo manejaremos, Joe. Estamos a salvo, y eso es lo que importa, ¿verdad? —responde, pero puedo ver que él también está un poco nervioso.

El coche patina peligrosamente en el barro. Yo me aferro al asiento con tanta fuerza que mis nudillos están blancos, y estoy segura de que dejaré marcas en el tapizado. Enzo trata de mantener el control, pero es evidente que estamos en una situación delicada.

Después de lo que parecen horas, divisamos a lo lejos el *bendito* Château, nuestro destino final. Es imponente, con sus paredes de piedra cubiertas de musgo y una torre que se eleva sobre el paisaje. Si no estuviera tan agotada, probablemente apreciaría más la belleza del lugar.

—Ahí está —dice Enzo, aliviado—. Sabía que lo encontraríamos.

—Sí, después de perdernos en cada camino posible —respondo, sin poder evitar sonar mordaz.

Él no responde, solo continúa conduciendo lentamente hacia la entrada. La lluvia no ha cesado, y el barro hace que el coche avance con dificultad.

Cuando por fin llegamos, el vehículo que era blanco al salir del aeropuerto, está totalmente cubierto de lodo, y durante el camino del parking exterior hasta la recepción, acabos empapados como pollos.

Pero ya estamos aquí, que es lo único que me importa a estas alturas.

El Château de Mirambeau es tal como lo había imaginado: hermoso, antiguo y un tanto

intimidante. No obstante, no me detengo a admirarlo como se merece. En este momento, lo único que quiero es una ducha caliente, un poco de paz y alejarme durante unas horas de Torres.

Sin embargo, mi día está lejos de terminar.

Ya he dicho que la jornada estaba yendo de culo, ¿no? Pues como no tenía suficiente, la amable recepcionista que nos recibe nos sale con la noticia de que ha debido haber un error en la reserva. Según nos informa, por supuesto con una mezcla de confusión y disculpa pintada en el rostro, de que solo disponen de una única habitación para los dos; una suite... pero con una cama king size, como si eso solventara el problema.

—¿Una habitación? ¿Una cama? —repito, mi voz subiendo de tono—. No, no, no... Esto es inaceptable. Se reservaron dos habitaciones —voy a matar a Paula, la secretaria de don Antonio, como se haya equivocado.

—Es lo que nos consta aquí, madame.

Cuento uno, dos, tres, quinientos...

—Está bien —trato de controlarme y mostrarme comprensiva—. Supongo que un error lo tiene cualquiera. Pero se podrá subsanar, ¿verdad?

—Lo siento mucho, madame, pero no nos quedan más habitaciones disponibles. Es la vendimia, así que el Château está completo —nos explica la chica, con una expresión apurada.

Miro a Enzo, esperando a que diga algo, que proteste, que trate de algún modo de arreglar la situación. Pero en lugar de eso, él ¡se ríe!

—Bueno, al menos es una cama grande. No te preocupes, Joe, sobreviviremos.

Mi paciencia termina por agotarse. Es como si este viaje estuviera diseñado específicamente para volverme loca.

—¿Estás de coña? ¿Tienes idea de lo incómodo que es esto? —le digo, ya sin tratar de ocultar mi frustración.

—Mira, si realmente te molesta, puedo dormir en el sofá —responde, intentando calmarme.

—No quiero que duermas en un sofá. ¡Quiero que duermas en otro sitio, maldita sea!

—Trataré de no roncar... —se excusa como si aquella fuera la mayor de mis preocupaciones. ¿Dónde queda la intimidad de una mujer?

—Procuraremos solventar el problema lo antes posible, pero no puedo asegurarles que lo consigamos —interviene de nuevo la recepcionista, que no sabe cómo excusarse ante nosotros.

Estoy tan reventada que empiezo a ver la situación como un mal menor. Necesito descansar, darme una ducha, meterme en la cama, y que el día termine cuanto antes. Con la suerte que gasto (y la lluvia que todavía cae fuera), casi mejor dejar para el día siguiente la visita a la feria.

Como decía Escarlata O'Hara, *mañana será otro día*.

—Está bien —me doy por vencida—. Pero quiero que esto quede solucionado mañana como sea, ¿entendido?

—Haremos todo lo posible, madame, pero...

—No hay peros —expongo con el tono más serio e imperativo que soy capaz de mostrar

—. Quiero una solución. Y las llaves. ¿Se podría encargar alguien de llevar nuestras maletas a la habitación? Estamos exhaustos.

—Por supuesto, madame.

De camino a la habitación, oigo como Enzo me dice a mi espalda.

—¿No crees que te has pasado un poco con la muchacha?

—Mira, Torres. Estoy cansada, mojada y hoy mi paciencia ha soportado más de lo que estoy dispuesta a aguantar. No toques más las narices, ¿vale? Ya he tenido bastante.

Abro la habitación asignada y compruebo que se trata de una estancia espectacular, con techos altos y una vista que probablemente resultará increíble cuando no llueva de la manera torrencial en que lo hace. Evidentemente, lo primero que llama la atención en ella es la majestuosa cama king size de la que nos han informado. Pero el supuesto sofá que pensábamos que habría, ni siquiera lo es. Se trata más bien de un sillón antiguo y diminuto.

—Yo no quepo ahí —afirma Enzo con humor, señalando el mueble con el mentón.

—No quepo ni yo —admito haciendo una mueca de fastidio. Me vuelvo hacia él y le muestro una sonrisa forzada—. ¿Serías tan amable de ir a preguntar a tu *amiga* de abajo si al menos nos pueden poner una cama supletoria?

—Si la tuvieran, ¿no crees que ya nos la habrían ofrecido?

Virgencita del Carmen, dame paciencia...

—De todas maneras, ¿tanto te cuesta preguntar... por si acaso?

—Ay, Joe, cómo te gusta quejarte por cualquier minucia.

¿Cualquier minucia?

—¿Por qué tengo la sensación de que todo esto te divierte?

—Porque en efecto, así es —afirma encogiéndose de hombros.

—¿Es que tú no tienes una pizca de seriedad en el cuerpo?

—¿Y tú de humor?

—¡Por el amor de Dios... ¿puedes ir a preguntar de una vez, por favor?! —vuelvo a pedirle, cada vez más exasperada.

Enzo, que ha estado conteniendo la risa, la deja escapar al fin.

—Está bien. Te dejo cinco minutos a solas para que hagas... bueno, lo que tengas que hacer en la intimidad.

Estoy a punto de mandarlo a la mierda, pero me contengo, al ver que se da media vuelta y sale de la habitación con una sonrisa pintada en los labios.

En esta ocasión, el punto me lo llevo yo, porque al rato, Enzo viene con la noticia de que le acaban de confirmar que sí tienen una cama supletoria para ponernos, y que la traerán tan pronto como les sea posible. Dentro de lo malo, es la mejor —y única— solución.

—Vamos a llevar esto lo mejor que podamos, ¿de acuerdo? —dice, al fin serio. Parece que por fin se le han quitado las ganas de cachondeo. O quizás esté tan cansado como lo estoy yo.

—De acuerdo, pero por favor, sin más “aventuras” —le advierto, mientras me dirijo de

nuevo al baño con la intención de darme esa ansiada ducha con la que llevo soñando desde hace un buen rato.

—Prometido, Joe. Nada de aventuras —responde, alzando la mano de forma conciliadora.

Cierro la puerta a mi espalda, me apoyo contra ella y respiro hondo. Si cada jornada va a ser así, no sé si seré capaz de sobrevivir.

Sin duda, me esperan días muy duros...

CAPÍTULO 6

Estoy acostada en la enorme cama de la habitación, mirando el techo, tratando de encontrar la paz que necesito para dormir, pero el sueño parece cachondearse de mí. El colchón es tan cómodo que me siento culpable por no disfrutarlo. En mi descargo debo aducir que el ruido de la tormenta, que parece haber arreciado en las dos últimas horas, así como el constante golpeteo de la fuerte lluvia sobre los cristales, no me lo está poniendo fácil. Como consecuencia, mi mente está más activa de lo que me gustaría.

A unos metros de distancia, Enzo está recostado en el catre que nos trajeron. No puedo evitar pensar en cómo se lo ha tomado todo con esa sonrisa casi perenne que siempre lo acompaña. Es como si estar perdidos en medio de la campiña francesa, luchando contra ovejas y barro, fuera lo más normal del mundo. Mientras que yo... ¿Acaso me he vuelto demasiado seria? Una cosa es ser profesional y otra, una amargada. Que recuerde, Víctor jamás ha mostrado una queja acerca de mis maneras o mis decisiones. Aunque, bien pensado, tampoco me lo iba a decir si así fuera, por más confianza que nos tengamos. Siempre hemos sido un buen equipo, si bien es cierto que nunca me había visto amenazada por nadie en mi trabajo como sí me está pasando con Torres.

Lo miro de reojo y hasta me molesta que se encuentre tan profundamente dormido... como si tal cosa, como si fuera un bebé, y completamente ajeno a mi tormento interno.

Me giro de lado y lo observo mejor a través de la penumbra. Su respiración es lenta y regular, y a pesar de todo, de alguna manera, eso me tranquiliza. No puedo negar que esa forma despreocupada de tomarse los problemas tiene un encanto natural, algo que me pone de los nervios porque más quisiera tenerla yo para mí.

Inspiro hondo, intentando relajarme, pero un ruido ligero me alerta. No es el sonido del trueno que retumba en la lejanía, sino algo más cercano, algo como un movimiento en la cama supletoria. Lo oigo otra vez.

Y entonces lo veo.

Enzo también está despierto, y está girándose en su pequeña cama, supongo que intentando encontrar una posición cómoda en el colchón, que claramente es más decorativo que funcional.

—¿Sigues despierto? —pregunto, mi voz apenas un susurro, pero suficiente para romper el silencio.

—Sí —responde, con un tono que denota su incomodidad—. Este colchón parece más una tabla de planchar que una cama. ¿Cómo estás tú?

—No mucho mejor —admito—. Esta cama sí es cómoda, pero mi mente no me deja dormir.

—Ya veo —dice, y en la oscuridad puedo notar como se incorpora un poco—. Siento si mi "*aventura*" del día te ha estresado más de lo necesario.

Me sorprende su tono sincero. Hasta ahora, todo ha sido una broma para él, una manera de hacer el viaje más ligero, pero esta vez parece que está tratando de disculparse de verdad. Me doy cuenta de que también tengo parte de culpa. He estado tan enfocada en cómo se supone que deberían salir las cosas que olvidé disfrutar, o al menos, aceptar lo que teníamos por delante.

—No te preocupes —respondo tras un breve silencio, con un tono más suave—. Supongo que no lo podemos controlar todo, ¿verdad?

—No, no podemos. Pero siempre podemos encontrar la manera de que funcione, incluso si eso significa terminar empapados y cubiertos de barro —dice, riéndose ligeramente.

Sonrío a pesar de mí misma. Hay algo en su actitud que es contagioso, y aunque me cuesta admitirlo, tener a alguien tan optimista a mi lado en este viaje no es lo peor que podría haberme pasado.

—¿Alguna vez te has encontrado en una situación peor que la de hoy? —pregunto, cambiando de tema por otro más ligero.

—¿Peor que luchar contra ovejas en medio de una tormenta? Definitivamente. Una vez me perdí en las calles de Estambul, sin batería en el móvil, y con un mapa que estaba en turco. Fue una noche interesante —responde, y puedo escuchar la sonrisa en su voz.

—Eso suena aterrador —digo, entre sorprendida y divertida—. ¿Y cómo saliste de esa?

—Bueno, terminé en un restaurante de kebabs, donde el dueño, que no hablaba una palabra de inglés, me alimentó y me señaló el camino a mi hotel. La hospitalidad turca es increíble, por cierto.

—Vaya, pues lo tendré en cuenta si algún día voy allí... Aunque espero no verme en una de esas —digo, y no puedo evitar reírme.

El sonido de mi risa me sorprende. Me siento un poco más relajada, y decido aprovechar esta pequeña tregua para conocer un poco más a la persona que tengo a mi lado.

—¿Cómo terminaste en el mundo del marketing? —pregunto, realmente interesada—. No pareces el tipo de persona que se encerraría en una oficina todo el día.

—Ah, fue un poco por accidente, como muchas cosas en mi vida —responde—. Estudié literatura, pero me di cuenta de que escribir novelas no pagaba las facturas, así que comencé a trabajar en publicidad. Desde ahí, me orienté hacia el marketing digital. Es más creativo de lo que parece y me permite viajar, lo cual es un gran plus.

—¿Literatura? —repito, sorprendida—. No te imaginaba como un amante de los libros.

—Oh, lo soy. Tengo una colección bastante impresionante en casa, y allá donde voy, mi pequeña biblioteca siempre me acompaña. Me encanta perderme en una buena historia y desconectarme del mundo durante horas —dice, con un tono que revela su pasión por el tema.

—Eso no me lo esperaba —admito, sintiéndome un poco culpable por haberlo subestimado—. ¿Tienes algún escritor favorito?

—Muchos. Pero si tuviera que elegir uno, probablemente diría Gabriel García Márquez. Su manera de capturar la magia en lo cotidiano es increíble.

—Buena elección —digo, impresionada de nuevo. Quizás he estado juzgando a Enzo con demasiada dureza—. ¿Sabías que tengo una amiga que es escritora?

—¿Ah, sí? —me pregunta, y parece realmente interesado—. ¿De quién se trata? Igual la

conozco. ¿Qué tiene publicado?

Me encojo de hombros antes de contestar.

—Bueno, debo rectificar: futura escritora, porque publicado aún no tiene nada. He leído varios manuscritos suyos que me parecen estupendos, de los que te enganchan y te cuesta soltar. Pero, aunque todas las amigas le hemos insistido en que los saque a la luz y los publique, ella se resiste y los mantiene guardados en el cajón de su escritorio. Está convencida de que no tienen la calidad suficiente como para mandarlos a una editorial, pero yo disiento por completo.

—¿Y por qué no autopublica? —Enzo se muestra cada vez más interesado, mostrando que de verdad se trata de un asunto que le apasiona—. Cada vez hay más autores que lo hacen y yo podría ayudarla, si quisiera.

—¿Tú? ¿Acaso te manejas en esos temas? —pregunto, incrédula. Ahora va a resultar que este hombre sabe de todo.

—No, pero tengo conocidos que lo hacen y hay quienes pueden vivir de ello y otros a quienes les sirve para ganarse un dinero extra. Y en cuanto al tema del marketing, teniendo a una amiga como tú que es una profesional de la materia, y a alguien como yo que se me da bien moverme por las redes sociales, se le podría dar un empujoncito para que empiece a despegar. El resto ya dependerá de ella, de si gusta o no...

Asiento, agradeciendo su interés con un gesto afirmativo.

—Está bien. Se lo diré por si se anima a dar el paso, porque es a lo que le gustaría dedicarse realmente. Aunque su trabajo en la biblioteca también le encanta.

Nos quedamos en silencio por un momento, el tipo de silencio que no es incómodo, sino más bien reflexivo. Me doy cuenta de que sé muy poco de él, y por alguna razón, siento curiosidad.

—¿Y tú? —pregunta de repente—. ¿Qué te llevó a elegir esta profesión?

Sopeso la respuesta durante unos segundos.

—Supongo que siempre me ha gustado la idea de crear algo que la gente recuerde —respondo, pensando en cómo explicar lo que me apasiona—. La imagen de una marca es como una historia que estás contando al mundo. Quiero asegurarme de que esas historias sean memorables.

—Eso tiene sentido —dice él, asintiendo—. ¿Y qué hay de tu vida fuera del trabajo?

Siento un pequeño nudo en el estómago cuando me hace esa pregunta. No porque no quiera hablar de mi vida personal, sino porque no estoy acostumbrada a hacerlo. Mi vida fuera del trabajo es complicada, y la última vez que intenté abrirme a alguien, las cosas no salieron como esperaba.

—No hay mucho que contar —digo, intentando sonar casual, aunque sé que él nota el cambio en mi tono—. Tengo una hija de 17 años, Claudia. Ella es lo más importante en mi vida.

—¿Tienes una hija? —pregunta sorprendido, pero genuinamente interesado—. ¿Cómo es?

—Ella es... increíble —respondo, y de forma inevitable sonrío al pensar en ella. Vale, sí, es amor de madre puro y duro, pero es que... se trata de mi hija—. Es muy inteligente, más de lo que yo era a su edad. Tiene un espíritu libre, algo que admiro y, a veces, me asusta.

En ese preciso instante, un relámpago, seguido de un estruendoso trueno, sacude nuestra habitación, provocando que dé un respingo en la cama sin querer.

—Y que, si en este preciso instante estuviera aquí, estaría muerta de miedo —concluyo con una risa nerviosa—. Le tiene pánico a las tormentas.

—¿Espíritu libre? —repite volviendo a lo anterior, inclinando la cabeza hacia un lado con curiosidad—. Eso suena como un reto para una madre.

—Lo es, créeme. A veces me siento como si fuera la madre de una adolescente y la hermana mayor de una rebelde al mismo tiempo —digo, riendo al mismo tiempo que él.

El ambiente se relaja aún más, y por un momento, me olvido de las tensiones del día. Hablar de Claudia siempre me llena de orgullo y me ayuda a desconectar de los problemas. Pero entonces, Enzo, sin darse cuenta, cruza una línea que yo siempre mantengo bien definida.

—¿Y qué pasa con el padre de Claudia? —pregunta suavemente, intentando no parecer entrometido—. ¿Estás casada?

Mi cuerpo se tensa al instante, y la calidez del momento desaparece. No me gusta hablar de mi pasado, y mucho menos de lo que ocurrió cuando me quedé embarazada de mi hija. Es un tema delicado, y no estoy preparada para compartirlo con alguien que apenas conozco.

—No está en nuestras vidas —respondo, mi tono se endurece sin querer—. Nunca lo ha estado y tampoco lo hemos necesitado.

—Lo siento, no quería ser impertinente —dice él rápidamente, notando el cambio en mi actitud.

—No, está bien. Solo que... es complicado, ¿sabes? —digo, intentando suavizar las cosas—. Claudia ha sido mi prioridad desde que nació, y he tenido que hacer algunos sacrificios para sacarla a ella adelante sin necesidad de nadie más. El pasado es... mejor dejarlo atrás.

—Lo entiendo —dice él, y puedo ver que lo dice en serio—. Todos tenemos cosas que preferimos dejar en el pasado.

Aprecio su discreción, aunque sigo sintiendo una leve incomodidad por haber dejado que la conversación llegara a ese punto. Sin embargo, también noto algo diferente en él. Hay más en Enzo de lo que aparenta, y aunque me cueste admitirlo, no me desagrada del todo.

—¿Y tú? —le pregunto, intentando devolverle la pelota—. ¿Alguna vez has estado casado o has pensado en tener hijos?

—Nunca he estado casado, y lo de los hijos... bueno, no ha surgido la oportunidad —responde con un encogimiento de hombros que puedo sentir más que ver en la oscuridad—. Me he enfocado tanto en mi carrera y en viajar que no he tenido tiempo para formar una familia. No es que no quiera, pero... supongo que estoy esperando a la persona adecuada.

Su respuesta me sorprende un poco. Por la imagen que me he formado de su persona (que dicho sea de paso, es bastante superficial) Enzo me parece el tipo de hombre que no se toma nada demasiado en serio, pero quizás haya una parte de él que está buscando algo más profundo. Y aunque no quiera admitirlo, siento una pequeña punzada de curiosidad por esa parte suya.

—Bueno, nunca es tarde —digo, tratando de sonar casual.

—Tienes razón —responde, y por un momento, el silencio se instala de nuevo, pero esta vez es más cómodo, más íntimo. Incluso agradezco esa oscuridad que nos evita que nos miremos

frente a frente.

Me recuesto de nuevo en la cama, con la vista fija en el techo y dejo que el sonido de la lluvia, que parece suavizarse un poco, y la respiración tranquila de Enzo, me relajen.

No estoy segura de qué pensar de él. Una parte de mí sigue sintiéndose recelosa, temerosa de abrirme demasiado. Y otra parte, más pequeña, pero creciente, empieza a ver en él a alguien que, aunque imperfecto, podría ser un buen compañero de viaje, en más de un sentido.

—¿Joe? —su voz rompe el silencio de nuevo, suave y casi susurrada.

—¿Sí? —respondo, girándome ligeramente hacia donde se encuentra.

—Gracias por hablarme de Claudia. No hay que ser adivino para saber que no ha debido ser fácil para ti.

Me quedo en silencio por un momento, sorprendida por la sinceridad de su agradecimiento. Luego, simplemente digo:

—No hay de qué. Gracias a ti por escuchar.

Nos quedamos así por un rato, en silencio. Eventualmente, mis párpados empiezan a cerrarse y, por primera vez en toda la noche, siento que el sueño me alcanza. Antes de dejarme llevar, oigo a Enzo murmurar:

—Buenas noches, Joe.

—Buenas noches, Enzo —respondo, y sin más, me permito descansar.

CAPÍTULO 7

Me despierto con un sobresalto, desorientada, mientras intento entender qué es lo que me ha arrancado de los brazos de Morfeo. Tardo unos segundos en darme cuenta de que el sonido que me ha despertado no es otro que un trueno atronador que aun retumba por toda la estancia.

¿Otra vez?

El cuarto, iluminado solo por la débil luz del amanecer, se oscurece un poco más tras cada relámpago que cruza el cielo. La tormenta que comenzó anoche no ha perdido fuerza y sigue igual de activa.

Me siento en la cama, sacudiéndome el sueño de encima y trato de ignorar los leves ronquidos de Enzo, que sigue profundamente dormido en la pequeña cama al otro lado de la habitación. Me levanto y al acercarme a la ventana, no puedo evitar fruncir el ceño. La lluvia cae en cortinas gruesas, y el viento la azota contra las paredes de piedra del *château* con una furia implacable.

Perfecto.

De todos los días que podría haber caído una tempestad, ha tenido que ser hoy, justo hoy, cuando Thor ha decidido bajar de Asgard a dar un poquito de por culo para ponernos difícil el montar nuestro stand en la feria.

—Buenos días —murmura una voz somnolienta a mi espalda.

Me giro para ver a Enzo, quien se incorpora perezosamente, estirándose como un gato. Su cabello está revuelto, y muestra una expresión despreocupada que en ese momento consigue exasperarme. No lo quiero admitir, pero el tío se ve atractivo de narices...

—¿Cómo puedes decir que es un buen día? —respondo cambiando el curso de mis pensamientos, a la vez que señalo con la mano hacia la ventana—. ¡Mira esto! ¡Con lo que está cayendo, y nosotros aquí en el quinto cuerno, vamos a tardar todo el día en llegar a la feria, si es que no nos perdemos por una de estas malditas carreteras como nos pasó ayer!

Enzo se acerca a la ventana y observa la lluvia por un momento. Luego se encoge de hombros y sonrío.

—¿Lo dices en serio? Tú estás loca si piensas que con lo que diluvia voy a coger el coche. No soy tan insensato. Tendremos que esperar a que amaine un poco para poder salir.

—¿Esperar? ¿Y si la lluvia no para? —pregunto enfadada, como si él fuera el culpable de nuestra situación.

Y con su parsimonia habitual, y su talante relajado, se limita a encogerse de hombros, otra vez, antes de contestar:

—Entonces, supongo que eso significaría que tendríamos el día libre, ¿no?

Mi mandíbula se tensa sin que yo haga nada para remediarlo. ¡Un día libre! Justo lo que no necesitamos.

—No tenemos un día libre, Enzo. Tenemos un día perdido. ¿Sabes cuánto tiempo y esfuerzo hemos invertido en este proyecto? Estamos aquí para hacer un trabajo, y el tiempo apremia. Quiero estar en el evento preparando nuestro stand, no atrapada en este hotel por culpa de una tormenta.

—Relájate, Joe —dice él con una voz suave, como si estuviera hablando con un animal asustado—. ¿Qué ganamos con enfadarnos? Si eso te tranquiliza, preguntaremos en recepción si hay alguna forma segura y directa de llegar a la feria, que no sea pasar por las carreteras de tierra por las que vinimos ayer. ¿Te parece?

Enzo se vuelve hacia mí y sus ojos brillan con esa chispa traviesa que empiezo a conocer bien. Por algún motivo, no puedo evitar ponerme nerviosa, aunque, de manera contradictoria, también su presencia me tranquiliza.

—Vistámonos y vayamos a desayunar. No adelantemos acontecimientos, ¿vale?

—Vale —acepto, tras un bufido de resignación.

Pero como parece que en las últimas setenta y dos horas —o las que sean, porque ya he perdido la cuenta—, alguien me ha lanzado una maldición, no me sorprende cuando la chica de la recepción nos informa de lo que era una realidad a gritos.

—Lo siento, madame. Pero nos ha informado la policía local que las carreteras están cortadas en este momento. El barro ha vuelto impracticable la vía de entrada y salida del pueblo, y por seguridad, va a permanecer cerrada durante unas horas hasta que la despejen.

—Pero... ¿hoy quedará abierta? —le insisto. O, mejor dicho, le gruño.

—No le sabría decir, madame...

Me llevo los puños a las caderas, con gesto de frustración.

—¿Y la habitación que le pedimos ayer? ¿Cómo va ese tema? —o me tranquilizo, o me la termino comiendo.

—Lo siento... pero es que, por culpa de la tormenta, no ha podido salir ningún huésped. De todas formas, tampoco está previsto que lo vaya a hacer nadie en los próximos días. Ya sabe, esta zona está muy demandada... —se excusa.

Antes de que le suelte un improperio a la chica, que la verdad sea dicha, no tiene culpa ni de que estén cayendo chuzos de punta, ni de que hayan hecho nuestra reserva con el culo, noto cómo las manos de Enzo se apoyan en mis hombros y tiran de mí hacia atrás, acercándose a su cuerpo.

—Venga, tranquilízate —me susurra al oído, provocando que me recorra un escalofrío por toda la médula espinal—. Mira, Joe, esto no es el fin del mundo. Podemos hacer mucho desde aquí. Vamos a aprovechar el tiempo y trabajemos en nuestra presentación. Podría ser divertido, incluso en estas circunstancias. Además, reconoce que no es tan malo estar atrapados en un lugar tan... pintoresco, ¿no crees?

—¿Aprovechar el tiempo? ¿Aquí? —repito incrédula mirándolo directamente a los ojos por encima del hombro—. En este hotel en medio de la nada, sin poder movernos. No lo veo. Yo necesito estar allí, en el lugar del evento, supervisando cada detalle.

—Pero como no se puede, tendremos que adaptarnos a las nuevas circunstancias. Quién sabe, quizás se nos ocurran nuevas ideas.

Me muerdo el labio, conteniendo una réplica sarcástica. Aunque no quiero admitirlo, Enzo tiene un punto. No tiene sentido quedarme de brazos cruzados quejándome. Lo sé. Pero me cuesta cambiar el chip, especialmente cuando siento que todo está fuera de control.

—Vale —cedo con un suspiro dándome por vencida—. Tú ganas.

Tras mi capitulación, nos dirigimos a la cafetería y nada más asomar la nariz, hago una mueca de disgusto. El lugar está a reventar. Parejas de turistas discuten animadamente, niños sin supervisión corretean por el salón, y un perro (¿un perro en un hotel tan elegante?) ladra con insistencia desde una esquina. Apenas hay espacio para respirar, y mucho menos para concentrarse.

—No puedo trabajar aquí —sentencio, intentando contener mi frustración frente al caos que nos rodea.

—Oh, vamos, Joe, no es tan malo. Mira, podríamos usar esto —dice Enzo, señalando una mesa en la esquina que está claramente ocupada por un grupo de jubilados franceses que están jugando a las cartas.

—¿Y qué? ¿Nos sentamos encima de ellos? —pregunto con sarcasmo.

—Podríamos intentarlo, pero dudo que a ellos les guste la idea —bromea Enzo, dirigiéndome una sonrisa torcida—. Al menos tratándose de mí. Igual a alguno de ellos no le molesta que pongas tu hermoso trasero en sus...

Se detiene al notar como mi codo se hunde en sus costillas. Sonrió con satisfacción durante una fracción de segundo, pero rápidamente la escondo. No quiero que él piense que su actitud relajada está funcionando conmigo. Necesito mantenerme firme y enfocada.

—Entonces, vayamos a la habitación —propone con una sonrisa. Esa sonrisa pícara que, estoy segura, ha descolocado a más de una mujer.

No es que me apetezca estar encerrada con Enzo todo el día, pero dadas las circunstancias, parece que no tenemos muchas más opciones.

Nos instalamos en la habitación, que ahora se siente más pequeña y más íntima que nunca. Enzo deja caer su maletín sobre la mesa con un aire despreocupado, mientras yo me siento en la cama con mi portátil apoyado en mis rodillas. Estoy tratando de organizar mis pensamientos y de bloquear cualquier distracción. Sin embargo, es inevitable notar lo cerca que estamos el uno del otro en este espacio reducido.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —me pregunta, sacando algunos papeles de su cartera y esparciéndolos sobre la mesa.

—Tenemos que revisar el cronograma del evento y asegurarnos de que todo esté listo para cuando lleguemos —respondo, intentando mantener la compostura—. También necesitamos definir los detalles finales de la presentación.

Sin añadir nada más, comenzamos a trabajar.

Lo cierto es que la mañana nos cunde y las cosas parecen ir bien. Ambos estamos concentrados en nuestros portátiles, y, de vez en cuando, compartimos ideas y comentarios sobre las diapositivas de la presentación.

—¿Qué te parece si incluimos una sección sobre la historia del Brandy y cómo se compara con el Coñac? —sugiere Enzo, con interés.

—Buena idea —comento con una actitud mucho más relajada—, pero necesita estar enfocada en cómo nuestro caldo tiene una raigambre tan rica como la del Coñac, pero con un enfoque muy personal, propio de nuestra tierra, de nuestras raíces, de nuestra tradición vitivinícola. —Se destila en mis palabras la emoción que siento. Debo reconocer que me gusta su idea. Y mucho.

—Me parece muy acertado... —Chasquea sus dedos con énfasis—. Reconozco que lo que has preparado me ha sorprendido por su calidad. Podemos hacer hincapié en esa distinción que nos diferencia, nos caracteriza, pero que también nos aporta valor.

—Disculpa... ¿Que te ha sorprendido su calidad? —pregunto con el ceño tan fruncido que no se sabe dónde empieza una ceja y dónde acaba la otra—. ¿Acaso crees que llevo trabajando en esto dos días?

—No, no... no quería dar a entender eso —rectifica presuroso—. Solo quería decir, reconocer, que tu trabajo es digno de alabar. Es muy bueno.

—Pues no es a eso a lo que ha sonado... —vuelvo a rebatir, con la escopeta cargada.

—¿Otra vez a la defensiva conmigo, Joe? ¿Alguna vez vas a aprender a confiar en mí?

—Con esos comentarios, no me lo estás poniendo fácil.

—Sin embargo, anoche creí que habíamos firmado una especie de tregua.

Sin saber por qué, su comentario hace que me sonroje levemente.

Yo.

¡A mis años!

—Lo de anoche fue una conversación personal. Esto es trabajo.

—¿Eso significa que confías más en mí en el terreno personal que en el profesional? —me insiste.

Lo miro todavía más cejijunta sin conseguir adivinar el significado que percibo en sus ojos marrones. No sé por qué, pero este tipo que me cae tan gordo, hace que se me remueva algo en mi interior que no alcanzo a comprender.

Quizás sea asco, aunque sé que me engaño...

—¿Por qué no te dejas de decir bobadas y sigues trabajando? —Rompo el contacto visual y me centro en la pantalla que tengo delante. Algo me dice que Torres se está riendo de mí, pero me niego a volver a mirarlo para averiguar ver si está con su sempiterna sonrisa o se ha puesto a hacer lo que le he pedido.

—¿Empiezo entonces con las diapositivas, a ver si sale algo potable en este tiempo? Puedo tratar de montar un borrador y tú te encargas de darle el visto bueno, si te parece bien... —¿acaso es humor lo que noto en su deje de voz?

—Ponte a hacer lo que te de la gana, pero ponte a hacer algo de una vez—le contesto refunfuñando, como si no hubiéramos estando haciendo justo eso durante gran parte de la mañana.

El silencio reina durante unos minutos, hasta que de nuevo, Enzo vuelve a llamar mi atención.

—Por cierto, después de que nos presentaran, durante el par de días que tuve de permiso

para acomodar las cosas en mi casa, aproveché para esbozar unas ideas que me gustaría compartir contigo, a ver que te parecen.

Hay que reconocer, que al menos se muestra colaborativo. Y que, hasta el momento, cada cosa que hace, parece querer compartirla conmigo.

—Claro —le digo en tono conciliador—. Pero prioriza ahora la presentación que se te ha ocurrido y, por la tarde, si todavía nos vemos encerrados aquí, lo comentamos ¿de acuerdo?

—Como tú digas, compañera. De todas maneras, vamos a pasar unos cuantos días juntos, así que ya habrá ocasión de verlo cuando tengamos un hueco, si hoy no nos diera tiempo. Porque, la verdad, a mí ya me está empezando a entrar hambre y creo que deberíamos hacer una pausa para almorzar.

—¿Ya? —Miro el reloj y me sorprendo de que la mañana haya pasado tan rápido.

—¿Quieres que pida algo de comer? Ya casi es mediodía.

—Sí, buena idea —respondo distraída, mientras me estiro en la cama. Lo cierto es que no es el mejor lugar de trabajo y mi espalda se resiente—. Así nos dará tiempo a relajarnos un rato después.

—¿Relajarte? ¿De verdad sabes hacer eso? Me gustaría verlo...

Lo miro preparada a contestarle cualquier burrada, pero él, riéndose, se apresura a descolgar el teléfono para marcar el número del servicio de habitaciones. Tras unos segundos, su tono distendido cambia.

—Uh, Joe, sabes francés, ¿verdad?

Detengo lo que mi mente iba a soltarle y lo miro con incredulidad.

—Un poco, aunque no mucho, ¿por qué?

—Bueno, parece que quien atiende el teléfono en la cocina no habla inglés... —admite con una sonrisa incómoda.

—Vaya... ¿el señor *don Perfecto* no sabe cómo salir de un apuro? Eso sí que es novedoso. Anda, dame el teléfono, a ver que consigo —le respondo, extendiendo la mano.

Tomo el auricular y empiezo a hablar en mi mejor francés (lo que no es decir mucho), pero entre mi pronunciación lamentable y las interferencias de la tormenta, la conversación se convierte en un desastre. Después de varios intentos fallidos de pedir algo tan sencillo como una ensalada y un sándwich, decido dejarlo por imposible.

—Creo que hemos pedido... dos sopas de cebolla y algo que suena como "cabra asada" —le informo, entregándole el teléfono—. Pero no estoy segura.

Enzo suelta una carcajada, como si acabara de escuchar el mejor chiste del mundo.

—¡Eso suena genial! Me encanta la sopa de cebolla... Y la cabra, bueno, siempre es interesante probar cosas nuevas.

Yo, por otro lado, no estoy tan segura. Pero ya no hay vuelta atrás. Cuando la comida llega, no tengo más remedio que reírme al ver que lo que nos han traído son caracoles y la dichosa carne.

—Bueno, al menos tenemos pan —dice Enzo, levantando una baguette que nos han dejado—. Y vino. Eso siempre ayuda.

Un par de copas después, y aunque no es lo ideal, la situación comienza a sentirse extrañamente acogedora.

Mientras comemos, la conversación gira de forma inevitable hacia temas más personales, continuando el tono relajado que comenzamos la noche anterior. Parece que cuando no hay trabajo de por medio, la relación entre nosotros se suaviza de manera considerable. Le cuento a Enzo un poco más sobre Claudia, y cómo me he tenido que adaptar a ser madre soltera mientras construía mi carrera. Enzo escucha atentamente, aunque puedo notar que sigue intentando colar preguntas sobre mi vida amorosa que hábilmente esquivo.

—Así que Claudia está terminando el instituto... Debes estar muy orgullosa de ella — comenta, con una sonrisa genuina.

—Lo estoy —le respondo, con una pequeña sonrisa mientras pienso en mi hija—. Es una chica con la cabeza muy bien puesta sobre los hombros. A veces me asusta lo que se parece a mí cuando era más joven.

Enzo se recuesta en la silla, con una expresión pensativa.

—¿Qué edad tenías cuando la tuviste?

—Veinticinco. No es que fuera una niña a esa edad, pero acababa de independizarme y su llegada fue... Bueno, digamos que me trastocó los planes. Mis prioridades cambiaron radicalmente. Me hubiera gustado haber viajado más, haber salido más... pero, en fin, las cosas vinieron así y me tocó adaptarme.

—Lo entiendo. No debió ser fácil.

—No, no lo fue —admito, disimulando mi incomodidad jugando con el tenedor y la carne—. Pero no me arrepiento. Claudia es mi vida.

Enzo asiente, y puedo ver que quiere decir algo más, pero en lugar de seguir presionando, cambia de tercio.

—Y, hablando de todo un poco, como los locos... ¿cuál es tu película favorita?

Levanto una ceja, sorprendida por la repentina ligereza de la pregunta y el cambio abrupto del tema de conversación.

—¿Mi película favorita? Bueno... no tengo mucho tiempo para ver películas, pero... — me detengo un momento a pensar, buscando una respuesta adecuada—. Creo que "*El diablo viste de Prada*". Aunque no lo creas, me resulta bastante identificable en muchos sentidos.

Enzo suelta una carcajada, una de esas que parecen salir del fondo de su estómago.

—¡Por supuesto que lo es! De todas las películas del mundo, tenía que ser esa.Ç

—¿Por qué lo dices?

—No, no... por nada. Espero que te identifiques más con el personaje de Anne Hathaway que con el de Miranda.

—¿Y la tuya? —pregunto, un poco a la defensiva, dejando su comentario sin contestar.

—Yo soy más de comedias tontas —admite, sin ninguna vergüenza—. "Anchorman" o "Zoolander". Cosas así. No hay nada como una buena dosis de estupidez para relajarse después de un día largo.

Le dirijo una mirada escéptica, pero en el fondo, algo de su filosofía empieza a calar en

mí. Tal vez he estado demasiado enfocada en ser reflexiva, seria y profesional, cuando a veces lo que necesito es un poco de tontería. Mis amigas me repiten muchas veces que necesito meter más humor en mi vida y no tanta responsabilidad.

—Puede que tenga que darle una oportunidad a alguna de ellas, aunque no prometo nada —digo, más para complacerlo que porque de verdad tenga intención de hacerlo.

Una vez que hemos terminado de comer, y ya se han llevado nuestros servicios, nos entra la pereza propia de la sobremesa. El cielo sigue cubierto de nubes y aunque la lluvia ya no es tan fuerte como por la mañana, no tenemos ganas de continuar.

No sé cómo, Enzo y yo acabamos tumbados en la cama, hablando de todo y de nada a la vez. Es una conversación extrañamente cómoda, como si el peso de nuestros roles profesionales se hubiera desvanecido, dejando solo a dos personas compartiendo un momento de relax.

—¿Así que Zoolander? —pregunto, casi incrédula, pero a la vez riéndome de su ocurrencia—. ¿En serio?

—Muy en serio —responde con orgullo—. Es hilarante, irreverente, y Ben Stiller está que se sale en esa película. Además, siempre me pone de buen humor. ¿Qué más se puede pedir?

Continúo riendo, sacudiendo la cabeza porque me cuesta creerlo.

—Debí suponerlo. Es muy... tú.

Enzo se encoge de hombros, sin molestarse en ocultar su gusto por la comedia absurda.

—Supongo que tienes razón —admite, sonriendo ligeramente.

Él entonces toma el mando de la televisión y me mira con una sonrisa pícara.

—¿Qué tal si hacemos una doble sesión? —sugiere, ya buscando entre las opciones en la televisión—. Primero tu película, luego la mía. Una tarde-noche de cine para aliviar el estrés. Seguro que están disponibles en alguno de los canales de pago. Yo invito.

—¿Aquí, ahora? —pregunto, un poco sorprendida—. Enzo, tenemos trabajo que hacer.

—¿Trabajo? Joe, todo está más que controlado y a estas horas, estamos atrapados por una tormenta en medio de la nada, en un hotel sin ninguna distracción más allá de esta tele y los caracoles que has pedido para almorzar. Ya hemos cubierto la jornada por hoy, así que... ¿por qué no nos permitimos disfrutar un poco?

Miro su cara, llena de esa energía optimista que parece ser su marca registrada, y siento una oleada de algo cálido que me recorre por dentro. No puedo recordar la última vez que me permití disfrutar de algo tan simple como ver una película sin pensar en las miles de cosas que debía hacer.

—Está bien —cedo, sintiéndome un poco más ligera—. Pero te tomo la palabra y la mía va antes.

—Trato hecho —responde Enzo y sin perder un segundo, busca la película en alguna plataforma de streaming—. Me encanta Anne Hathaway, así que no me quejo.

Nos acomodamos de nuevo sobre el colchón, con la espalda bien apoyada en el respaldo y nos cubrimos con la colcha mientras aparecen los créditos de la película.

A medida que la historia avanza, me doy cuenta de que estoy recitando mentalmente algunas de las líneas icónicas, disfrutando de la familiaridad y del confort que esta película

siempre me brinda.

A mitad del film, miro de reojo a Enzo. Está sonriendo, completamente absorto en la trama, y me asalta la idea de que quizás no sea tan diferente de mí como pensaba. Cuando Miranda Priestly suelta una de sus devastadoras réplicas, Enzo suelta un silbido admirado.

—Vaya, esa mujer no se anda con rodeos —comenta—. ¿Te identificas con ella? Al final no me contestaste cuando te lo pregunté antes.

—¿Con Miranda? —pregunto, sorprendida—. No, claro que no... bueno, tal vez un poco. Pero no quiero ser alguien tan despiadado. Solo admiro su capacidad para manejar su mundo con tanta precisión. Aunque, a veces, es excesivo.

Enzo asiente, y hay un silencio cómodo entre nosotros por un momento.

—Yo pienso que lo que hace que ella sea tan interesante es que, aunque parece implacable, tiene sus razones. Es el precio que paga por ser la mejor en lo que hace —dice pensativo—. Pero también creo que la verdadera fortaleza está en encontrar un equilibrio. No tienes que ser un tirano para ser bueno en lo que haces.

Me sorprende su comentario, y me doy cuenta de que, a pesar de todo su humor y su actitud relajada, Enzo tiene una visión muy clara sobre el trabajo y la vida.

—Nunca lo había visto de esa manera —digo en voz baja—. Tal vez tienes razón.

Cuando la película termina, Enzo inmediatamente se precipita a buscar Zoolander.

—Ahora es mi turno —anuncia con una sonrisa infantil, como un niño emocionado por su caricatura favorita.

—No puedo creer que vayamos a ver esto justo después de *El diablo se viste de Prada* —murmuro, pero me lo estoy pasando pipa, tal vez un poco más de lo que me gustaría admitir.

—Confía en mí, esto va a ser épico.

La película comienza, y de inmediato, el tono cambia drásticamente. Zoolander es todo lo que *El diablo se viste de Prada* no es: absurda, irreverente y completamente ridícula. Pero no puedo negar que es increíblemente divertida. A medida que las situaciones se vuelven más y más ridículas, me río sin poder contenerme, y pronto, ambos estamos revolcándonos a carcajadas.

—¡Mira esa pose! —exclama Enzo en un momento, señalando la pantalla—. ¿No es la mirada más intensa que has visto jamás?

—Es ridículamente absurda —respondo entre risas—. Pero sí, tengo que admitirlo, es un clásico.

Nos reímos durante toda la película, y por un momento, todas mis preocupaciones sobre el trabajo, la tormenta, o estar atrapada en este hotel parecen desvanecerse. Es un recordatorio de que, a veces, es necesario desconectar y simplemente disfrutar del momento, por muy loco que sea.

Cuando la película termina, me siento más ligera, más relajada. Miro a mi compañero, que parece igual de satisfecho.

—Tengo que admitirlo, Enzo —digo, mientras me recuesto de nuevo—. Esta fue una buena idea.

—Siempre tengo buenas ideas —responde él, sonriendo con arrogancia fingida—. Y me

alegra que hayas disfrutado. ¿Quién sabe? Tal vez podamos hacer esto más a menudo.

—No te emociones demasiado —respondo, tratando de sonar seria, aunque sé que mi sonrisa me traiciona—. Esto fue una excepción.

—Eso dices ahora —afirma a la vez que apaga la televisión—. Pero ya veremos.

Se ha hecho de noche y deberíamos pedir algo para cenar.

Por suerte, en esta ocasión, la chica que me coje el teléfono sí habla inglés y logramos pedir el sándwich y la ensalada que esta mañana fueron imposibles conseguir.

Cenamos juntos sobre la cama, y después de toda la tarde compartiéndola, en el buen sentido, al acabar me parece *malvado* exiliarlo para que duerma en el pequeño catre que tiene en la esquina de la habitación. Por supuesto, no se lo voy a decir, pero me giro hacia un lado sin pedirle que se marche... que él entienda lo que le venga en gana.

—Buenas noches, compañero —me arrebujó bajo el edredón en la cama y apago la luz de mi mesita de noche. Por extraño que parezca, me siento segura, tranquila, e incluso contenta. Enzo ha logrado, contra todo pronóstico, convertir un día que podría haber sido una pesadilla en algo memorable. Quizás, después de todo, no sea tan terrible estar atrapada aquí... con él.

Cierro los ojos, dejando que el recuerdo de las risas y la calidez del momento me acunen el sueño.

—Buenas noche, Joe.

CAPÍTULO 8

La mañana llega con la promesa de cielos, y sobre todo caminos, despejados. La tormenta que nos dejó atrapados ayer finalmente ha cedido, y el aire fresco de la región parece haber barrido los restos de la borrasca que nos había sacudido. Después de un rápido desayuno en el pequeño comedor del hotel, Enzo y yo nos dirigimos al coche de alquiler, listos para enfrentar lo que la jornada nos depare.

—¿Preparada para el desafío? —me pregunta mientras nos acomodamos en nuestros asientos.

—Por supuesto —respondo, ajustando el cinturón de seguridad con determinación—. Hoy es el día en que comenzaremos a mostrar al mundo lo que nuestro brandy tiene para ofrecer.

El trayecto hacia la feria es pintoresco, aunque aún quedan rastros de la tormenta en los caminos rurales. Árboles caídos y charcos enormes marcan nuestro trayecto. Con todo, llegamos al recinto sin mayores incidentes. El evento se está llevando a cabo en un antiguo castillo convertido en un centro de conferencias, rodeado de viñedos y campos de lavanda que se extienden hasta donde alcanza la vista.

Al llegar descubrimos que el lugar ya está cobrando vida. Expositores y organizadores se mueven por todas partes, ajustando detalles de última hora y asegurándose de que todo esté perfecto para la apertura oficial de la feria.

—Esto es impresionante —comenta Enzo mientras bajamos del coche, su voz reflejando una mezcla de asombro y entusiasmo—. Creo que este es el mejor lugar que podríamos haber elegido para presentar nuestro producto.

—Definitivamente es un entorno inspirador —respondo, mirando a mi alrededor con una sonrisa—. Ahora solo tenemos que asegurarnos de que nuestro stand esté a la altura.

El espacio que nos han reservado se encuentra situado en una de las salas principales del castillo, rodeado de otras marcas prestigiosas que exhiben sus coñacs, amén de otros licores. La zona es más amplia de lo que esperaba, lo que nos permite mostrar nuestras botellas de brandy con elegancia. Las etiquetas doradas brillan bajo la luz tenue de los candelabros del techo, y los vasos de degustación están dispuestos en filas perfectas, listos para ser llenados.

—Esto va a ser genial —dice Enzo mientras coloca una de las botellas en el centro del stand, admirando su propio trabajo.

—Así es —respondo, asegurándome de que todo esté en su lugar—. Pero no te relajes demasiado. Aún queda mucho por hacer antes de que lleguen los primeros visitantes.

Trabajamos en silencio, cada uno concentrado en su tarea. Yo me ocupo de los detalles más finos: ajusto la decoración, reviso los folletos y me aseguro de que los números de contacto de nuestra bodega estén visibles. Enzo, por su parte, se encarga de los aspectos técnicos: la pantalla que muestra un video promocional de nuestro proceso de destilación, la música suave

que suena de fondo, y el sistema de iluminación que resalta las cualidades de nuestras botellas.

El tiempo vuela, y antes de que nos demos cuenta, las puertas de la feria se abren y los primeros visitantes comienzan a llegar. Mi corazón late un poco más rápido mientras observo a la multitud que se acerca, pero me obligo a mantener la calma. Este es el momento que hemos estado esperando tanto tiempo.

A lo largo del día, el flujo constante de personas que se detienen en nuestro stand es alentador. Algunos son expertos en el campo, otros simples entusiastas, pero todos están interesados en lo que tenemos que ofrecer. Enzo se mueve entre ellos con una facilidad envidiable, charlando, bromeando y haciendo que todos se sientan bienvenidos. Yo me encargo de las presentaciones más formales, hablando con distribuidores potenciales y periodistas especializados.

—Este brandy tiene un perfil muy interesante —comenta un hombre de mediana edad que lleva una acreditación de prensa en su chaqueta—. ¿Podrían contarme un poco más sobre el proceso de elaboración?

Enzo y yo intercambiamos una mirada rápida antes de que él tome la iniciativa.

—Por supuesto —responde con una sonrisa, señalando una de las botellas en la mesa—. Nuestro brandy se elabora a partir de las mejores uvas de Andalucía, y concretamente, de la Bahía de Cádiz. Se sigue un proceso de doble destilación que le confiere un sabor suave pero complejo. Luego, lo envejecemos en barricas de roble durante no menos de cinco años, que le aporta esos toques sutiles de vainilla y caramelo que lo hacen tan especial. Goza de la garantía de la denominación de origen *Brandy de Jerez*, que se elabora exclusivamente en la propia zona de Jerez de la Frontera, El Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda.

El periodista asiente, y va tomando notas mientras Enzo habla. Es evidente que está impresionado, y eso me llena de satisfacción.

—Me encantaría incluir esto en mi próximo artículo sobre los destilados europeos —añade, dándonos su tarjeta de presentación—. Es un producto realmente notable.

—Estaríamos encantados de colaborar —respondo, tomando la tarjeta con una sonrisa profesional.

Mientras el día avanza, el interés por nuestro stand crece. Enzo y yo estamos en constante movimiento, sirviendo degustaciones, respondiendo preguntas y haciendo conexiones que podrían ser vitales para la expansión internacional de nuestro brandy. Es agotador, pero también increíblemente gratificante.

En un momento dado, noto que Enzo está hablando con un grupo de distribuidores franceses que parecen muy interesados en llevar nuestro producto a sus tiendas. Me acerco para escuchar la conversación y, cuando él me ve, me hace un gesto para que me una.

—Joe, estos señores me acaban de comentar que nuestro producto les ha encantado —dice, manteniendo su tono entusiasta—. Están impresionados con su calidad y creen que hay un gran potencial en el mercado francés.

—Eso suena prometedor —respondo, sonriendo al grupo—. Estaremos complacidos de discutir los detalles cuando tengan un momento.

Pasamos los siguientes minutos hablando sobre posibles acuerdos y condiciones.

Al terminar, estoy segura de que hemos causado una impresión positiva. Este es exactamente el tipo de resultado que esperaba cuando acepté participar en esta feria.

Al caer la noche, el cansancio se siente en cada fibra de mi ser. Pero a pesar del agotamiento, tengo una sensación de satisfacción que no puedo negar. Hemos hecho un gran trabajo hoy, y los resultados son evidentes.

—¿Cansada? —pregunta Enzo mientras empacamos algunas cosas para dejarlas listas para mañana.

—Agotada —respondo, estirándome un poco de forma disimulada—. Pero en el buen sentido. Hoy ha sido un éxito.

—Lo ha sido —coincide, sonriendo—. Creo que nuestro brandy ha tenido una excelente acogida. A la gente realmente le ha cautivado, y hemos hecho contactos valiosos.

Asiento, sintiéndome más relajada de lo que esperaba. A pesar de todos los desafíos que hemos enfrentado, y de lo inusual de nuestra situación, trabajar con Enzo ha sido sorprendentemente fácil y efectivo. Me doy cuenta de que hemos logrado encontrar un ritmo de trabajo que funciona, y eso es algo que realmente valoro.

—Mañana será otro día largo —añado mientras nos dirigimos hacia la salida—. Pero creo que podemos manejarlo.

—Por supuesto que sí —responde Enzo con una confianza contagiosa—. Y después de esto, la vuelta a casa será pan comido.

El viaje de regreso al hotel es silencioso. Ambos estamos demasiado cansados para hablar, pero la sensación de éxito flota en el aire. He asumido que, durante el fin de semana, Enzo y yo tendremos que compartir habitación, así que no me caliento más la cabeza al respecto. Estoy tan agotada, que no me quedan fuerzas para protestar en recepción. Esta noche, mientras me tumbo en la cama, reflexiono sobre los últimos días. Ha sido una experiencia intensa, llena de desafíos inesperados, y a la vez increíblemente gratificante. Y lo más sorprendente es que Enzo ha sido una parte crucial de todo esto.

No esperaba trabajar tan bien con él, y mucho menos encontrarme disfrutando de su compañía. Hay algo en su actitud relajada y su sentido del humor que ha logrado desarmar mis defensas, haciéndome ver que no todo tiene que ser tan protocolario y estructurado a todas horas.

El segundo día de la feria resulta igual de intenso que el primero, si no más. Ahora que la noticia de nuestro stand se ha difundido, más personas se acercan, curiosas por probar nuestro brandy y aprender más sobre él. Enzo y yo nos movemos casi como una máquina bien engrasada, anticipando las necesidades del otro y cubriendo cualquier eventualidad que surja.

Durante una pausa, me acerco a él en el momento en que está sirviendo una degustación a un grupo de jóvenes empresarios.

—Esto está yendo mucho mejor de lo que esperaba —comento en voz baja tras tomar un sorbo de agua—. Realmente hemos captado la atención del público.

—Lo hemos hecho —responde, sonriendo—. Y creo que hemos logrado algo importante aquí. Esto podría ser el comienzo de algo grande para nuestra marca.

—Estoy de acuerdo —respondo, sintiéndome más optimista de lo que me he sentido en mucho tiempo—. Si seguimos así, creo que podemos llevar esto al siguiente nivel.

El tercer y último día de la feria llega, y con él, un sentimiento de logro nos embriaga. A lo largo del fin de semana, hemos construido una red sólida de contactos, hemos asegurado futuros acuerdos y, lo más importante, hemos presentado el brandy de Jerez en un escenario internacional de una manera que creo que nadie olvidará fácilmente.

Cuando por fin cerramos el stand, estoy completamente agotada, sí, pero, a la vez, henchida de una satisfacción profunda.

Enzo se acerca a mí mientras guardo las últimas botellas.

—Lo logramos —dice con una sonrisa que refleja su propio cansancio—. Y creo que lo hicimos muy bien.

—Somos un buen equipo después de todo —respondo, devolviéndole la sonrisa—. Ha sido un fin de semana increíble. Pero estaré feliz de regresar a casa y tomarme un descanso.

—Espera, espera, ¿qué acabas de decir? ¿Qué como un buen... qué? —adelanta su cuerpo para acercarse a mí con un gesto de fingida sorpresa y con ese humor tan propio que lo caracteriza.

—Anda, no hagas que te regale los oídos.

—Entonces, ¿ya no más actitudes defensivas? ¿He logrado ganarme tu confianza?

Entrecierro los ojos, y lo señalo de forma amenazante con el dedo, aunque mi sonrisa delata que de amenaza pinta poco.

—Es posible, pero no te relajes, que te estaré observando...

Entonces, Enzo me sorprende dándome un abrazo que no me espero y dejando caer un beso sobre mi cabeza. ¿A qué ha venido eso?

Vale, solo es un gesto amistoso.

Nada más.

Así que no pienses cosas raras.

—Me alegra haber pasado este fin de semana contigo, pero también estoy deseando volver a casa —me dice soltándose y volviéndose para seguir empaquetando los materiales que al día siguiente deberá recoger la misma agencia de transporte que los trajo—. Aunque, si te soy sincero, voy a extrañar este lugar un poco. Me gustaría volver aquí contigo, pero en otras circunstancias. Para recordar y reírnos de los días que hemos pasado juntos.

Nos quedamos callados por un instante, ambos reflexionando sobre todo lo que hemos logrado. Finalmente, Enzo rompe el silencio.

—Joe, tengo que decir que ha sido un placer trabajar contigo. No sabía qué esperar al principio, pero... esto ha sido una sorpresa agradable.

—Lo mismo digo —respondo, sintiendo una calidez inesperada en mis palabras—. No hubiera podido hacerlo sin ti.

Esta última afirmación es capaz de sorprenderme incluso a mí misma. Apenas una semana atrás, hubiera estado dispuesta a tirarle los zapatos a la cabeza por el simple hecho de prejuzgarlo sin conocerlo de verdad. Y en solo unos días, ha conseguido demostrarme que, cuando llega el momento de currar, se remanga y se pringa como el que más. Siento que he sido injusta con él y creo que se ha ganado, con creces, que le de una oportunidad de verdad.

CAPÍTULO 9

La última noche de nuestra aventura en la feria llega con una mezcla de cansancio y satisfacción. Hemos pasado tres días intensos, llenos de trabajo duro, en los que hemos conseguido lo que nos propusimos: presentar nuestro brandy en un escenario internacional y captar la atención del mercado francés. Pero ahora, todo lo que quiero es una ducha caliente, una comida ligera y meterme en la cama a descansar.

Al llegar al hotel, observo cómo la luz dorada del atardecer baña el edificio dándole un aire casi romántico. Enzo y yo apenas hemos intercambiado palabras en el coche durante el camino de regreso. No es que haya tensión entre nosotros; es más bien que el agotamiento ha hecho que el silencio sea bien recibido. Pero, de alguna manera, ese silencio también está cargado con algo más, algo intangible que ninguno de los dos ha mencionado pero que se percibe en el aire, como una corriente subterránea.

—Voy a pedir algo de picar antes de subir a la habitación —le informo conforme cruzamos el vestíbulo—. Algo ligero, lo indispensable para no irnos a la cama con el estómago vacío.

—Me parece bien. No me importa repetir los caracoles, con tal de que sea rápido —responde Enzo, estirándose con una expresión de alivio.

—¿Cuándo los caracoles han sido algo que se coma con rapidez? —Me río ante la imagen de estar chupando las conchas como si nos fuera la vida en ello, y con el caldo resbalando por nuestras barbillas.

—Bueno, pues lo que sea. Creo que lo ambos necesitamos es eso: comer y dormir, porque ya te digo yo que la maleta se va a quedar para mañana. No puedo ni imaginar tener que prepararla ahora.

Nos dirigimos al pequeño restaurante del hotel y encargamos unas ensaladas y algo de pan, lo suficiente para calmar el hambre, pero no tanto como para quedarnos despiertos toda la noche con el estómago pesado. Mientras esperamos la confirmación de nuestro pedido, nos acomodamos en una mesa cerca de la ventana, desde donde podemos ver los últimos rayos de sol desapareciendo detrás de las colinas.

—Hoy ha sido un buen día —digo, rompiendo el mutismo que se ha creado entre nosotros—. Creo que hemos hecho un trabajo excelente.

—Sí, lo ha sido —responde Enzo, mirándome con esa sonrisa fácil que se le da tan bien—. Trabajar contigo es una pasada, Joe. Una de las mejores experiencias de mi vida.

Me siento un poco incómoda con el cumplido, pero también hay una parte de mí que aprecia su sinceridad y su gratitud.

—Lo mismo digo. Ha sido... diferente a lo que esperaba —añado, sin saber muy bien cómo expresar lo que realmente quiero decir.

—Diferente en el buen sentido, espero —dice él, levantando una ceja.

—Sí, en el buen sentido —respondo, sonriendo suavemente—. Definitivamente en el buen sentido.

El camarero se acerca y nos asegura que nos harán llegar la comida tan pronto como les sea posible; están en pleno servicio de cena y están un poco atascados con las comandas. Asentimos y juntos, subimos a nuestra habitación. A estas alturas, la falta de espacio personal se ha convertido en una especie de rutina incómoda, pero tolerable. Sin embargo, esta noche, hay algo diferente en el ambiente. Es como si la proximidad forzada de los últimos días hubiera comenzado a crear una especie de conexión que va más allá de la mera colaboración profesional.

—Voy a darme una ducha rápida —digo al tiempo que dejo mis cosas en la mesilla que queda junto a mi cama.

—Claro —replica Enzo—. Yo haré lo mismo después.

Tomo mi pijama y mi neceser, y me encierro en el baño, agradecida por la oportunidad de estar a solas por un momento. El agua caliente caer sobre mi cuerpo y dejo que el cansancio del día se escurra por el desagüe. No puedo evitar que la imagen de Enzo se cuele en mis pensamientos. Durante estos días, he llegado a conocer una parte de él que no esperaba encontrar. Siempre lo había visto como alguien despreocupado, frívolo, demasiado relajado para mi gusto, pero he descubierto que hay más en él de lo que se ve a simple vista. Es competente, ingenioso, y lo más sorprendente de todo, tiene la habilidad de hacerme reír incluso cuando no quiero.

Termino de ducharme, me pongo el pijama y, al salir del baño, me encuentro con el motivo de mis cavilaciones de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en la oscuridad exterior. Su expresión es tranquila, pero en cuanto me oye, se vuelve hacia mí.

Nuestras miradas se cruzan.

Hay algo en sus ojos que provoca que mi corazón lata un poco más rápido, aunque no quiera admitirlo.

Debe ser el cansancio, me repito en silencio para evitar llegar a otro tipo de conclusiones.

—El baño es todo tuyo —digo, rompiendo el contacto visual y fingiendo estar más interesada en secarme el cabello con la toalla que en la forma en que me está mirando.

—Gracias —responde él, caminando hacia el aseo con su pijama en la mano.

Mientras se ducha intento distraerme, pero es difícil. Me siento en la cama, con uno de los muchos catálogos que recopilé durante la feria, aunque no soy capaz de concentrarme en su contenido. En todo lo que puedo pensar es en la proximidad de Enzo, desnudo a escasos metros de mí, y en la forma en que me ha mirado antes de encerrarse en la ducha.

El sonido del agua deteniéndose me saca de mis pensamientos absurdos, y un momento después, Enzo sale del baño con su pijama puesto y el cabello mojado, alborotado de esa manera natural que a él le sienta tan bien. Me doy cuenta de que ha olvidado la toalla de mano y observo cómo las gotas de agua ruedan por su cuello para perderse por debajo de la tela que le cubre el pecho. Sin pensar, me levanto para pasarle una que hay en la silla.

—Gracias —dice, tomándola de entre mis dedos.

Nuestras manos se rozan brevemente, y aunque es solo un toque, siento como un inesperado escalofrío recorre mi columna. Una sensación que ya me había recorrido antes junto a

él, aunque me hubiera afanado en negarla.

—De nada —respondo, mi voz un poco más baja de lo normal.

Decidimos ver algo en la televisión mientras esperamos las ensaladas. Nos acomodamos en la cama, uno al lado del otro —aunque no sé si es buena idea, habida cuenta de lo extraña que me siento esta noche—, con el mando a distancia entre los dos, como una especie de línea divisoria invisible. Recorremos los canales, sin encontrar nada que realmente nos interese, así que dejamos una película al azar, más para tener ruido de fondo que por interés real.

—¿Te das cuenta de que aún no hemos celebrado nuestro éxito?

—Para celebraciones estoy yo... —en mi voz, se denota la fatiga.

—Bueno, tampoco hace falta preparar nada especial.

Se levanta de la cama y va en busca de la tentadora botella que se ha traído de la feria, para exhibirla frente a mis ojos.

—Como beba eso ahora, me quedo dormida en cinco segundos —le advierto.

—Venga, solo un culillo...

Sirve un par de copas con apenas un dedo de contenido y me entrega una de ellas.

—Por el trabajo bien hecho —digo, alzando mi copa en un brindis improvisado.

—Por sobrevivir a este viaje —responde Enzo, chocando su copa contra la mía con una sonrisa que le devuelvo.

Nos acomodamos de nuevo en la cama, cada uno en su lado. El brandy es fuerte, pero también cálido, y después de unos sorbos, siento que el peso del esfuerzo de estos días empieza a ceder un poco.

—Sabes, nunca pensé que te vería haciendo esto —digo de repente, girándome para mirarlo—. O sea, tú eras... bueno, todo un *rockstar* del coaching empresarial, ¿no? Viajabas por todo el mundo dando conferencias, organizabas tus horarios según te convenía... ¿Qué te hizo dejarlo todo y aceptar un trabajo en una bodega?

Enzo me mira con una mezcla de sorpresa y diversión. Es evidente que no esperaba esa pregunta, pero después de un momento, se encoge de hombros y toma otro sorbo de su copa antes de responder.

—¿Quieres la versión larga o la versión corta? —pregunta, levantando una ceja.

—La que tenga más detalles jugosos —respondo, riendo ligeramente.

—Bueno, la versión corta sería que me cansé de la vida de *rockstar* —dice, imitándome mientras marca unas comillas en el aire con los dedos—. Pero la verdad es que fue un poco más complicado que eso.

Me acomodo en la cama, lista para escuchar, y él se relaja todavía más, apoyándose contra el cabecero.

—Durante años, viví en aviones y hoteles, saltando de un país a otro, hablando en conferencias, motivando a equipos de marketing digital y empresas tecnológicas. Era emocionante al principio, lo admito. Conocer gente nueva, culturas diferentes, tener la libertad de organizar mi propio calendario... Pero, ¿sabes lo que pasa cuando te acostumbras demasiado a la libertad?

—¿Te aburres? —aventuro, sabiendo que no puede ser tan simple.

—Te vuelves solitario —responde, su tono de voz cambiando ligeramente—. Al principio, no lo notas. Estás tan ocupado que no tienes tiempo de pensar en ello. Pero después de un tiempo, te das cuenta de que todos esos lugares exóticos que visitas, todas esas caras nuevas, son solo eso: lugares y caras. No hay nada permanente, nada real.

Me quedo en silencio, dejando que sus palabras calen. No esperaba esa respuesta.

—¿Y entonces? —pregunto, mi curiosidad picada—. ¿Cómo pasaste de esa vida a una bodega en pleno corazón de la Bahía de Cádiz?

—Bueno —dice él, riendo un poco—, ahí es donde entra la versión jugosa. Hace un par de años, estaba en una conferencia en Nueva York, y en medio de mi presentación, vi a un tipo en la audiencia que no dejaba de bostezar. Quiero decir, estaba ahí, en primera fila, y no paraba de mirar su reloj, bostezando como si le hubieran dado una de las conferencias más aburridas del mundo.

—Vaya, qué halago —comento con una sonrisa.

—A que sí, ¿verdad? —dice, riendo—. Así que después de la conferencia, me acerqué a él y le pregunté qué demonios estaba haciendo allí si mi charla era tan aburrida. Y el tipo me mira, con toda la seriedad del mundo, y me dice: "No es que seas aburrido, amigo. Es solo que, después de un tiempo, todo esto suena igual".

—Ouch —digo, imaginando el golpe al ego.

—Sí, ouch —repito él, con una sonrisa irónica—. Pero me hizo pensar. ¿Tenía razón? ¿Había llegado a un punto en el que todo lo que decía, todo lo que hacía, se había vuelto una repetición sin sentido?

—¿Y qué hiciste después? —pregunto, intrigada.

—Bueno, me tomé un tiempo para reflexionar —responde, tomando otro sorbo de su copa—. Volví a casa, que para entonces era un pequeño apartamento en Barcelona, y durante semanas, me dejé llevar por la rutina. Ya sabes, gimnasio, cafés, paseos por la ciudad. Y en medio de todo eso, me di cuenta de que había algo que me faltaba: una conexión real, un propósito que fuera más allá de motivar a otros a vender cosas online.

—¿Y fue entonces cuando decidiste buscar algo más estable? —pregunto, aunque ya puedo ver hacia dónde se dirige esta historia.

—Exactamente. Un amigo me llamó un día y me dijo que un conocido de mucha confianza estaba buscando a alguien para ayudar, entre otras cosas, con la internacionalización de su bodega. Me habló de la visión que tenían, de cómo querían llevar su brandy al mundo, y algo en mí de repente... hizo clic. Pensé que tal vez, solo tal vez, era hora de dejar de saltar de un lugar a otro y de intentar hacer algo que tuviera un impacto más duradero.

—¿Y qué tal ha sido hasta ahora? —le pregunto, genuinamente interesada.

Enzo sonríe.

—Bueno, aunque solo llevo unos pocos días, esto promete...

Me quedo callada por un momento, procesando todo lo que ha dicho. Es raro ver este lado de Enzo, más vulnerable, más reflexivo.

—Sabes —le digo al cabo de unos segundos—, esto no es tan incómodo como pensé que

sería.

—¿El qué? —pregunta, girándose ligeramente para mirarme.

—Compartir la habitación contigo —respondo, con la vista puesta en la televisión—. Al principio, pensé que sería raro, pero en realidad, ha sido... agradable.

—¿Agradable? —repite, sorprendido.

—Sí —reconozco, volviéndome ahora sí, para mirarlo—. Quiero decir, podría haber sido mucho peor. Podríamos haber estado discutiendo todo el tiempo o evitándonos, pero en lugar de eso... no sé, hemos hecho que funcione.

—Te aseguro que discutir o evitarte está muy lejos de lo que a mí me gustaría hacer contigo —responde con una suavidad que provoca que se me erice el pelo de la nuca. Dios eso ha sonado muy raro—. Ya ves: no soy tan mala persona como creías. Y algo me decía que, aunque tú te resistieras, lo nuestro funcionaría.

Me devuelve la mirada con una intensidad que me inquieta. Hay algo en su tono, en la forma en que me mira, que me hace pensar que está hablando de otra cosa distinta a la simple convivencia.

El silencio que sigue es como plomo, cargado de un halo extraño que ninguno de los dos está dispuesto a poner en palabras. Siento que el aire entre nosotros se ha vuelto más pesado, más denso. Mis pensamientos corren, tratando de encontrar algo que decir, algo que rompa la tensión, pero antes de que ninguno de los dos pueda hacerlo, alguien golpea la puerta.

—Servicio de habitaciones —anuncia una voz masculina desde el otro lado.

Enzo y yo nos sobresaltamos, y casi al mismo tiempo, los dos brincamos de la cama.

—Yo lo recojo —digo rápidamente, cruzando la habitación antes de que Enzo pueda reaccionar.

—No, yo lo hago —dice él, pero ya he abierto la puerta.

El empleado del hotel me entrega una bandeja con un par de vasos, una botella de agua y las dichas ensaladas que habíamos pedido antes de subir. Le doy las gracias, y cuando cierro la puerta, me doy cuenta de que Enzo está de pie justo detrás de mí.

—Nos han interrumpido justo en el mejor momento —bromea, tratando de aligerar el ambiente.

—Sí, justo cuando la película se estaba poniendo interesante —respondo, saliendo del apuro como puedo.

—Bueno, al menos ahora tenemos agua en vez de brandy —dice, levantando la botella como si fuera un trofeo— y algo que llevarnos... a la boca.

Igual lo está diciendo sin ninguna intención, pero yo estoy empezando a ver pájaros donde no sé si los hay. Su sonrisa contagia la mía y al final nos reímos juntos, haciendo que la tensión acumulada se disipe un poco. Sin embargo, cuando nos sentamos de nuevo en la cama, la sensación de cercanía permanece latente, subiendo y bajando con cada respiración compartida en el pequeño espacio que ocupamos.

Decidimos apagar el televisor después de un rato, ya que ninguno de los dos estaba prestando atención a lo que aparecía en la pantalla. En cambio, nos quedamos sentados en la oscuridad, iluminados únicamente con la luz tenue que desprende la lámpara de la mesita de

noche.

—Joe —dice Enzo de repente, su voz suave en la penumbra—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —respondo, tratando de sonar casual, sin hacerle caso a mi corazón, que empieza a latir más rápido.

—¿Alguna vez pensaste que esto sería así? —pregunta, y cuando me mira, veo un velo de vulnerabilidad en sus ojos.

—¿El qué? —pregunto a pesar de intuir a qué se refiere.

—A nosotros —dice, dudando un momento antes de continuar—. A esto. A trabajar juntos... No sé, todo lo que ha pasado en los últimos días.

—No, ya te lo he dicho: nunca lo imaginé —respondo honestamente—. Siempre pensé que serías... diferente.

—¿Diferente cómo? —pregunta, con una sonrisa pequeña y curiosa.

—No sé, menos... —me detengo, buscando la palabra adecuada—. Menos tú.

Enzo se ríe suavemente, un sonido que parece desarmar cualquier defensa que me quedara.

—Lo mismo podría decir de ti —responde—. Pensé que serías más rígida, más estricta. Pero me has sorprendido, Joe.

Me doy cuenta de que hemos cruzado una línea invisible esta noche. No sé cómo, pero de alguna manera, este intercambio de palabras ha hecho que la distancia entre nosotros se desvanezca un poco más. Siento que estamos en un punto de inflexión, en el borde de algo nuevo, algo que ninguno de los dos esperaba pero que es innegablemente real.

Finalmente, la fatiga del día se impone y ambos decidimos irnos a dormir. Nos damos las buenas noches, y mientras apago la luz, él se retira discretamente a su cama supletoria. Eso no impide que sea dolorosamente consciente de su presencia a solo unos metros de distancia.

CAPÍTULO 10

El sol apenas asoma tímidamente entre las cortinas cuando abro los ojos. Ni rastro de la lluvia torrencial que nos había amargado las primeras jornadas del viaje. Todavía estoy medio dormida, pero el recuerdo de los últimos días me hace sonreír. Me desperezco en la cama, con una mezcla de alivio y satisfacción recorriendo mis venas. Al fin y al cabo, hemos logrado posicionar el brandy de la bodega como un competidor serio en un mercado tan exigente como el francés.

Miro hacia la otra cama, la que hasta hace poco ocupaba Enzo. Está vacía, y en el baño no se oye a nadie. Teniendo en cuenta nuestra frugal cena de anoche, resuelvo que lo más probable es que haya bajado a tomar algo, dejándome descansar un poco más.

Me levanto con pereza, y mientras me preparo para ir a desayunar, mi mente empieza a divagar. El centro de mis pensamientos es, cómo no, Enzo. Hay algo en la manera en la que me mira que me desconcierta. No se trata solo de profesionalismo. Hay algo más, una chispa que se enciende cada vez que nuestros ojos se encuentran. Reconozco que me molesta lo que me hace sentir; es una sensación que no puedo controlar y que me asusta. He construido una vida sólida para mí y para Claudia, y no quiero que nada ni nadie venga a tambalear esa estabilidad.

El sonido de mi móvil interrumpe la deriva de mis pensamientos.

Es un mensaje de Enzo.

“Despierta, Bella Durmiente, o no tendrás tiempo de desayunar antes de que nos vayamos para el aeropuerto. Si no contestas este mensaje en 60 segundos, este teléfono móvil se autodestruirá.”

Sonríó al leer el mensaje. Es típico de él enviar un comentario con un toque de humor. Le respondo rápidamente:

“No te preocupes, ya estoy levantada. Ve pidiendo mi tostada que en cinco minutos estoy contigo en la cafetería. Necesito un café intravenoso”

Casi de inmediato, recibo su respuesta:

“Hecho. Por cierto, las baguettes están recién horneadas, están calentitas y huelen que alimentan. Como no bajas pronto, no las catas.”

Su comentario me hace reír.

“Que ni se te ocurra. Voy volando!!”

Cinco horas después, estamos en el avión que nos lleva de vuelta a casa. Nada más subirse al avión, él se queda dormido casi de inmediato. No se lo tengo en cuenta; al fin y al cabo, nos hemos dado un madrugón de aúpa, ha conducido la hora y media de trayecto hasta llegar al aeropuerto, y hemos tenido que esperar casi otras dos para embarcar. Ahora que está junto a mí como los ojos cerrados, aprovecho para observarlo a mis anchas. Una vez que me ha demostrado que no es el capullo integral que creía al principio, acabo por reconocerme a mí misma que el tipo me gusta más de lo debería. Si no fuera un compañero, igual podría dejarme llevar... Pero no. Ya probé lo que era salir con uno y la cosa no terminó bien. Desde entonces,

me prometí que el trabajo jamás interferiría en mi vida privada y ese es un mantra que cumplo a rajatabla. Cierro los ojos y trato de descansar también, aunque resulta evidente que no tengo la facilidad de conciliar el sueño que tiene Enzo.

Al aterrizar, el cansancio a causa de los intensos días de feria parece que cae sobre mí como una pesada losa.

En el camino hacia la salida del aeropuerto, Enzo y yo intercambiamos una mirada de reconocimiento. No necesitamos palabras para saber que ambos estamos contentos con lo que hemos logrado.

—¿Nos vemos en la oficina? —dice con una sonrisa mientras se dirige hacia la parada de taxis para coger uno que lo lleve a su casa.

—¿Quieres que te acerque? —me ofrezco, como hacen los amigos.

—No te molestes. Supongo que estarás deseando llegar y ver a tu hija.

Asiento porque sí, lleva razón.

—Está bien. Mañana nos vemos entonces.

—¿Mañana? Mejor pasado. Ahora cuando llegue, llamaré a Antonio para decirle que necesitamos reponernos de la paliza del fin de semana. Después de lo que hemos logrado, no le voy a permitir que nos niegue un día extra de descanso. Para ti y para mí.

—No te voy a decir que no me vendría bien. Ahora que hemos llegado, voy para abajo que escarbo. No puedo con mi alma.

—Déjalo de mi cuenta, que al jefe me lo camelo yo sin problemas —asegura guiñándome un ojo, con esa confianza en sí mismo que siempre demuestra.

—Tienes mi número. Si hay algún problema, me avisas.

Mientras me dirijo hacia mi propio coche, no puedo evitar sentir una extraña mezcla de alivio y satisfacción. ¿Sólo por el trabajo bien hecho? No lo sé, pero me niego a dar repuesta a semejante pregunta.

Al día siguiente, y después de un sueño de lo más reparador, una mañana de vagancia extrema y un agradable almuerzo con mi hija, la tarde se desliza lentamente. Aprovecho que estamos juntas —¡cómo la he echado de menos! — para ponerla al día de cómo ha ido el viaje, de la feria, y bueno, para hablarle un poco del buen apoyo profesional que he encontrado en mi nuevo compañero. Pero, aunque de vez en cuando levanta la cabeza para mirarme y asentir, siento que está absorta en su mundo digital, riéndose por lo bajo con algún vídeo o chat con sus amigas. Me siento cómoda con esa tranquilidad doméstica, así que dejo que se marche a su cuarto para que siga con sus cosas. Yo, por mi parte, me dirijo al salón y mi cuerpo cae a plomo sobre el sofá. Algo dentro de mí no termina de relajarse. Persistentemente, sigo pensando en Enzo, en cómo ha irrumpido en mi vida de una forma inesperada. Harta de darle vueltas a lo mismo todo el tiempo, decido distraerme y no encuentro mejor manera de hacerlo que leyendo la novela que tengo sobre la mesa baja que hay junto a mí. Sin embargo, no consigo pasar del primer capítulo; mi mente está en otro sitio.

De repente, el teléfono suena, sobresaltándome.

Es Enzo.

—¿Estás en casa? —pregunta sin preámbulos.

—Sí, claro. ¿Dónde iba a estar? —respondo, un poco sorprendida por el tono apremiante de su voz.

—Asómate a la ventana.

Frunzo el ceño, pero me levanto y camino hacia donde dice. Ahí está él, justo frente a mi edificio, sonriéndome y saludando con una mano como si esto fuera lo más normal del mundo. Le devuelvo la sonrisa, medio incrédula.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —le pregunto, mientras le devuelvo el saludo a través del cristal.

—Se me ocurrió que podríamos seguir hablando sobre esa gran idea que te comenté para la campaña de nuestro brandy, pero en un entorno más relajado. —Su tono es ligero, como si estuviera sugiriendo una simple tarde de café y charla.

Como es natural, me río ante la ocurrencia. Es tan característico de Enzo el aparecer sin avisar, que no sé ni por qué me sorprende.

—¿Y se supone que la friki del trabajo soy yo?

—Bueno, alguna excusa tengo que inventar para venir a verte, ¿no?

—Lo tuyo no es normal. Anda, sube —le digo, sintiéndome extrañamente ansiosa y emocionada al mismo tiempo—. No podemos dejar que esa gran idea se escape, ¿verdad?

Cuelgo el teléfono, con una mezcla de emociones que no logro identificar. ¿Por qué me siento tan nerviosa? Tal vez sea porque esta vez no estamos en un hotel lejos de casa, sino en mi espacio, en mi refugio. Y aquí, las líneas entre lo personal y lo profesional se sienten más borrosas.

Claudia asoma la cabeza desde su habitación cuando oye el timbre de la puerta.

—¿Quién es, mamá? —pregunta con curiosidad.

—Un compañero de trabajo —respondo, tratando de sonar casual.

Abro la puerta y ahí está él, con una amplia sonrisa y un par de paquetes en las manos.

—Traje croissants y algunos dulces más —dice, levantando las bolsas como si fuera su pasaporte para entrar.

—¿Ahora te vas a presentar con comida como excusa para colarte en casas ajenas? —le pregunto aparentemente seria, pero sin poder contener una sonrisa. La verdad es que los croissants huelen genial.

Entra, y es justo entonces cuando Claudia aparece en la sala.

—Claudia, cariño, él es Enzo, el compañero del que te hablé. Enzo, ella es mi hija Claudia —los presento, intentando mantener la compostura.

Enzo parece sorprendido por el parecido físico entre Claudia y yo. Ella tiene mis mismos ojos, pero una energía juvenil que los hace brillar. Me siento un poco incómoda bajo el escrutinio al que nos somete, pero, pasados unos segundos, él sencillamente sonríe y le extiende la mano.

—Mucho gusto, Claudia. Ahora entiendo que esa mirada intensa de tu madre es un rasgo de familia —dice con su tono habitual, que siempre está a medio camino entre el halago y la broma.

Claudia sonríe, algo que no siempre es fácil de conseguir en una adolescente de su edad.

—El gusto es mío, Enzo —le responde, mirando con curiosidad las bolsas que él lleva en la mano—. Veo que no pierdes el tiempo —continúa, señalando los croissants—. Mamá es una fanática de los dulces, así que debo suponer que estás en su lista de personas favoritas.

El comentario consigue ruborizarme un poco, pero Enzo lo toma con la misma soltura de siempre.

—Eso espero —responde, guiñándole un ojo antes de volver a centrarse en mí—. ¿Podemos hablar de ese gran plan que tengo para el brandy?

Le invito a sentarse en la sala, y mientras él coloca las bolsas en la mesa, me esfuerzo por mantener el ambiente distendido. Sin embargo, en cuanto Claudia se retira a su cuarto, me doy cuenta de que la atmósfera ha cambiado. Estoy en mi casa, con Enzo, y de repente, todo se siente más íntimo. Intento redirigir la conversación hacia el trabajo, porque es lo que me hace sentir segura.

—Entonces, sobre el plan... —empiezo, pero él me interrumpe con una sonrisa tranquila.

—Joe, ¿de verdad te has tragado la excusa del trabajo? —me dice arqueando las cejas con humor.

—Ah, ya veo que me has engañado... —Hago como si lo reprendiera, pero la verdad es que me pica la curiosidad por conocer el motivo real por el que se ha presentado en mi casa apenas veinticuatro horas después de habernos despedido—. Entonces, ¿se puede saber a qué has venido?

Te echaba de menos. Solo quería pasar un rato agradable contigo.

Su comentario me descoloca. Estoy acostumbrada a tener el control, a saber en qué dirección van mis movimientos, pero con Enzo nunca es tan sencillo. Él es impredecible, y eso me desconcierta tanto como me atrae.

—No sé si soy buena compañía fuera del trabajo —bromeo, tratando de aligerar la tensión que siento crecer en mi pecho.

—Creo que eres más interesante de lo que quieres aparentar —responde él, y su mirada me dice que no está bromeando—. A mí no me la pegas. Recuerda que acabo de pasar varios días contigo encerrado en la habitación de un castillo.

Nos quedamos mirándonos fijamente un eterno segundo y decido que ha llegado el momento de cambiar de tema antes de que la conversación tome un giro demasiado personal.

—¿Has visto como no te exageraba respecto a lo que te conté de mi hija? No me digas que mi niña no es bonita para reventar —comento.

Enzo asiente, aunque no parece dispuesto a permitir que la conversación se mantenga en terrenos tan seguros.

—Y es evidente que ha heredado la belleza de su madre —dice, sus ojos clavándose en los míos, y por un momento, siento que todo el aire se ha escapado de la habitación.

Su comentario me deja sin palabras, y antes de que la tensión se vuelva demasiado palpable, hago un nuevo intento por cambiar de tema de manera abrupta.

—¿Cómo has averiguado mi dirección? —pregunto, intentando sonar curiosa y relajada, no obstante, el latido acelerado de mi corazón me traiciona.

Él sonríe, claramente divertido por mi intento de distraerlo.

—Digamos que soy buen detective. —Chasquea la lengua a la vez que entrecierra los ojos de manera conspiradora—. En el trabajo hay un registro de las direcciones de los empleados, así que solo fue cuestión de hacer las preguntas correctas a las personas adecuadas. Ha sido un juego de niños.

Su respuesta es casual, pero me pregunto si hay algo más detrás de su aparición sorpresa.

—Entonces, ¿has decidido venir sin avisar solo para ponerme nerviosa? —le lanzo una mirada acusatoria, pero hay un matiz de humor en mi voz que él capta al instante.

—Exacto —responde, sonriendo ampliamente—. Quería ver cómo reaccionabas en tu propio terreno. Y debo decir que me está gustando lo que veo.

El ambiente se relaja un poco, pero hay una corriente de tensión que no se disipa del todo.

—Aun así, me sorprende que no hayas traído una botella de brandy contigo —digo, medio en broma, medio en serio—. Estás perdiendo la oportunidad de seguir promocionando el producto.

Él se ríe suavemente, pero hay algo en su expresión que cambia, volviéndose más serio.

—¿Sabes? Hay más cosas en la vida aparte del trabajo, Joe —dice en voz baja, acercándose un poco más—. A veces, solo quiero disfrutar de la compañía de alguien que me gusta sin pensar en estrategias de marketing o en cifras de ventas.

Su sinceridad me toma por sorpresa, y por un instante, me siento expuesta, como si él hubiera escarbado bajo todas mis defensas. Intento encontrar qué decir, algo ocurrente que ayude a aliviar la presión que siento en mi pecho, pero antes de que pueda dar con las palabras, él vuelve a hablar.

—No siempre es fácil tropezar con alguien con quien puedas ser tú mismo, sin filtros ni máscaras. —Sus ojos se suavizan, y su mirada se queda en la mía, como si estuviera buscando la manera de profundizar en mi ser.

No sé qué decir. No sé qué hacer. Enzo acaba de desarmarme con muy pocas palabras. No es un halago trivial, sino algo mucho más profundo, algo que me hace sentir una conexión con él que no había esperado. Y eso me asusta. Me asusta porque sé que, si dejo que esto avance, las cosas podrían complicarse de una manera que no estoy segura de poder manejar.

Pero antes de que pueda reaccionar, él da un paso hacia mí, acercándose lo suficiente como para que su presencia me envuelva. Levanta la mano, y por un segundo creo que va a tocarme el rostro, pero en lugar de eso, la deja caer suavemente a su costado, como si hubiera cambiado de opinión en el último momento.

—Enzo... —empiezo a decir, mi voz apenas un susurro.

—Joe —responde él, inclinándose hacia mí, su voz también suave, pero cargada de una intensidad que hace que todo a mi alrededor desaparezca—. A veces, es bueno dejar que las cosas pasen.

Y entonces, antes de que pueda pensar en lo que está haciendo, me besa.

El beso no es tímido ni titubeante. Por el contrario, es un beso que me toma por sorpresa y que me envuelve con su calidez y su firmeza.

Desde luego, no se trata de un beso de amigos, ni uno que se pueda ignorar fácilmente. Es un choque que expresa todo lo que ninguno de los dos se ha atrevido a verbalizar. Es un beso que me deja sin aliento, y al mismo tiempo, hace que todo mi ser cobre vida de una manera que no había experimentado en mucho tiempo.

Mis manos, casi por instinto, se aferran a su cuello, y siento cómo su cuerpo se relaja al contacto de mis palmas. Es como si ambos hubiéramos estado esperando este momento sin saberlo, y ahora que ha llegado, no queremos que termine. Pero a la vez, sé que esto es peligroso, que estamos cruzando una línea que podría cambiar todo entre nosotros.

Finalmente, separamos nuestros labios, pero no somos capaces de apartarnos del todo. Su frente se apoya en la mía, y ambos respiramos con dificultad, como si acabáramos de correr una maratón.

—Lo siento —dice en voz baja, aunque no parece arrepentido en lo más mínimo—. No

pude evitarlo.

—No tienes por qué disculparte —respondo, sorprendida por lo tranquila que suena mi voz—. Pero esto... —hago una pausa, buscando las palabras correctas—. Yo no me lo puedo permitir.

Él sonríe, una sonrisa suave y un poco melancólica.

—¿Por qué no?

—Porque cambiaría las cosas entre nosotros.

—Joe, solo cambiaría lo que tú quisieras que cambie.

Nos quedamos en silencio, con nuestras frentes aún unidas, ambos conscientes de lo que acaba de pasar. No sé el tiempo que transcurre antes de que se aparte un poco más. Sus manos, no obstante, permanecen ancladas en mis brazos, como si no quisiera dejarme ir del todo.

—Será mejor que te vayas —le digo con delicadeza, aunque mis ojos revelan otra cosa muy distinta.

—¿Estás segura?

—Sí, es lo mejor —respondo, aunque una parte de mí quiere que se quede.

Caminamos en silencio hasta la entrada y allí, nos despedimos en la puerta. Justo antes de irse, Enzo se inclina sobre mí y me da un beso en la frente, un gesto dulce que me hace sentir cálida por dentro.

—Hasta mañana, Joe —dice, y aunque su tono suena ligero, encierra una seriedad en sus ojos que me hace temer por lo que está por venir—. Por cierto, te dejo los croissants para que los disfrutes con tu hija.

—Hasta mañana, Enzo —asiento, sin querer decir algo de lo que después me arrepienta.

Lo veo descender por las escaleras, hasta desaparecer por completo.

Cierro la puerta y me quedo apoyada en la hoja de madera por unos segundos, tratando de procesar lo que acaba de pasar. Sé que esto es el comienzo de algo nuevo, algo que podría complicar todo lo que he construido hasta ahora. Pero al mismo tiempo, no puedo negar que hay una parte de mí que lo desea, que anhela lo que podría ser si dejo que las cosas sigan su curso.

En ese instante, Claudia vuelve a aparecer por el pasillo.

—¿Y tu amigo?

—Ha tenido que marcharse.

Mi hija me sonríe.

—Y, ¿qué tal ha ido la “cita improvisada”? —pregunta, usando sus dedos para hacer comillas en el aire.

Le lanzo una mirada de advertencia.

—No ha sido una cita —la corrijo.

—Claro, claro...

Claudia se ríe, coge uno de los dulces que todavía están sobre la mesa, me guiña un ojo y vuelve a su habitación, dejándome sola con mi caos interior.

Mierda, Joe, ¿qué demonios se supone que estás haciendo?

CAPÍTULO 11

Regresar a la oficina después de lo ocurrido ayer con Enzo es como entrar en una especie de campo minado emocional. Mi mente es un puñetero caos de sensaciones conflictivas, y todo lo que quiero hacer es fingir que nada ha pasado. Pero, por supuesto, el universo no va a hacerme ese favor tan fácilmente.

Mientras subo en el ascensor hasta nuestra planta, mi mente está girando a mil revoluciones por minuto. ¿Cómo debo actuar cuando lo vea? ¿Cómo puedo mantener mi compostura sin que él note lo nerviosa que estoy? Más importante aún, ¿cómo sigo adelante con mi regla de oro de no mezclar trabajo y vida personal después de lo que pasó entre nosotros?

Mi norma es simple y clara: nada de relaciones sentimentales con compañeros de trabajo. Nunca. Bajo ninguna circunstancia. Ni siquiera si el compañero en cuestión es un hombre increíblemente atractivo, encantador y un poco arrogante que sabe exactamente cómo sacarme de quicio y hacerme reír al mismo tiempo.

El ascensor se detiene y observo cómo las puertas se abren. Respiro hondo antes de salir y cruzar el umbral hacia mi oficina. Apenas he dado unos pasos cuando lo veo, allí, de pie junto a la máquina de café, hablando con algunos compañeros. De repente, gira la cabeza en mi dirección; sus ojos se encuentran con los míos y siento como si una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo.

Mierda. Esto no me gusta nada. Intuyo que algo se va a torcer, así que... ¿mejor salir corriendo?

Joder, no. Ni que fuera una niña de quince años que no supiera cómo manejar sus puñeteras hormonas.

Él sonríe, una sonrisa tan tranquila y confiada que me da ganas de darle un golpe en las costillas. Pero no, me limito a devolverle un saludo formal con la cabeza y sigo caminando hacia mi despacho como si todo fuera normal. Como si lo que ocurrió ayer en mi casa no existiera.

Al entrar en mi santuario, cierro la puerta con más fuerza de la necesaria, lo que me hace encogerme porque sé que se me ha ido la mano y que, a buen seguro, me debo haber ganado un par de miradas curiosas de mis compañeros más cercanos. Dejo mi bolso en la silla, enciendo mi ordenador, y trato de concentrarme en los correos electrónicos que han llegado durante el fin de semana. No tardo en darme cuenta de que la concentración es algo que, por desgracia, parece estar hoy fuera de mi alcance.

Cinco minutos después, mi bandeja de entrada se actualiza con un nuevo correo. Al ver el remitente, se me forma un nudo en el estómago: como no... Enzo. La línea de asunto es terriblemente formal: *"Reunión para revisión del informe de la feria"*.

No puedo creerlo.

El cabrón me tiene calada y lo cierto es que no me sorprende de su astucia. Abro el correo, y en efecto, es tan frío y profesional como uno podría esperar. Me cita para una reunión

en la sala de conferencias dentro de quince minutos para revisar juntos los datos que hemos recopilado durante el evento.

Perfecto, murmuro para mí misma, mientras comienzo a escribir una respuesta en la misma línea, aceptando.

Pero hay algo que me inquieta, y no es solo el hecho de que él esté utilizando el trabajo como excusa para verme. O no; quizás hable en serio y sea esa su intención real: aunar un criterio único para presentar un informe detallado a las altas esferas. Lo que me saca de quicio es el hecho de que no tengo ni idea de cómo manejar la situación una vez estemos a solas.

¿Dónde diablo se han metido mis neuronas esta mañana?, me pregunto, más molesta conmigo misma que con él.

Por eso decido que no estaremos solos.

Con una pequeña sonrisa satisfecha, levanto el teléfono y llamo a Víctor. Suena patético, pero necesito una carabina, y mi asistente es perfecto para el trabajo. Él siempre está dispuesto a ayudarme y, además, es el tipo de persona que no cuestiona mis decisiones, por más extrañas que puedan parecer.

—Víctor, necesito que me acompañes a una reunión en la sala de conferencias en quince minutos —le digo cuando contesta al teléfono.

—Claro. ¿Necesitas que me lleve algo en concreto?

—No será preciso. Vamos a revisar los datos obtenidos para elaborar el informe de la feria.

—¿Seguro que quieres que esté yo? —pregunta, extrañado. Y lo entiendo, porque él no tiene ni idea de lo que se ha cocido en el evento.

—Por supuesto. Al fin y al cabo, formas parte del equipo y siempre sabes aportar buenas ideas.

Mi asistente parece aceptar mi explicación sin problemas y antes de que me dé cuenta, los quince minutos han pasado. Salgo de mi oficina con Víctor a mi lado, sintiéndome un poco más segura para lo que estoy a punto de enfrentar.

Nos sentamos a un extremo de la gran mesa de la sala de reuniones. El ambiente está tenso, al menos para mí. Enzo, por su parte, parece completamente relajado, casi como si estuviera disfrutando del hecho de que estoy nerviosa. Porque sabe que lo estoy. Su mirada cargada de humor así me lo indica. Víctor se acomoda a mi lado, preparado para tomar notas, mientras Enzo ocupa el asiento frente al mío, con esa media sonrisa suya que me hace querer lanzarle algo a la cabeza.

—Bueno, gracias por venir, Joe. Víctor. —comienza Enzo, con un tono exageradamente formal—. Creo que tenemos mucho que discutir después de nuestro viaje a Francia. ¿No es así?

—Por supuesto —respondo, tratando de mantener mi tono neutro—. Es importante que nos pongamos de acuerdo con la información que hemos recopilado y organicemos las conclusiones para el informe final.

Y así, la reunión comienza de manera bastante rutinaria. Revisamos los datos de ventas, analizamos las opiniones de los clientes y discutimos las estrategias de marketing que hemos usado en la feria.

Sin embargo, a medida que el tiempo discurre, noto como Enzo se dispersa de los números y las encuestas —se nota a leguas que no es lo suyo y le aburre sobremanera—, y que las miradas que me dirige empiezan a parecer estudiadas. Tengo la sensación de que está tramando algo, pero no sé el qué.

—Por cierto, Joe, anoche cuando me fui de tu casa, estuve revisando algunos de los puntos que discutimos en el sofá y me encantaría poder profundizar en ellos, ¿no te parece? —dice Enzo, inclinándose un poco hacia adelante con esa chispa de travesura en los ojos.

Lo sabía.

Lo esperaba.

Es como un maldito niño chico al que le gusta orquestar alguna travesura.

Siento un ligero calor en las mejillas, pero mantengo mi expresión lo más serena posible. Sé exactamente lo que está haciendo, y no pienso dejar que me saque de mis casillas. Víctor, por su parte, me lanza una mirada intrigada, claramente desconcertado por el comentario.

—¿Tú no tenías ayer el día libre? —me pregunta mi asistente, extrañado.

—Así es. Pero Enzo insistió en pasarse un momento por casa para recoger una documentación.

—Y casualmente, pude conocer a Claudia. Por cierto, ¿es un clon tuyo! Aunque más parece que fuera tu hermana en vez de tu hija. —Se gira hacia mi asistente con cara de no haber roto un plato en su vida—. ¿Tú la conoces, Víctor? Es una chiquilla guapísima... pero bueno, supongo que los genes son los genes.

—Sí, claro la conozco... —contesta este, un poco confuso por el devenir de la conversación.

—Lo importante es que mantengamos el enfoque en los resultados, —respondo con frialdad, ignorando deliberadamente su insinuación—. Tenemos que asegurar que el informe refleje con precisión lo que hemos logrado.

Enzo asiente, aparentemente satisfecho con mi respuesta, aunque veo en sus ojos que su intención no es dejar estar el tema.

—Creo que también podríamos reflejar lo bien que... fluyen las cosas cuando trabajamos en conjunto; sobre la manera en que logramos mantener la cohesión del equipo, incluso cuando las cosas se complicaron un poco. Joe sabe a lo que me refiero, ¿no es así?

Esta vez ni mi férrea voluntad evita que frunza el ceño ligeramente. Es una broma interna que, obviamente, Víctor no capta, pero que para mí es como una burla directa a la extraña cercanía que nos vimos obligados a compartir en Francia.

—Es importante mantener la compostura en situaciones de presión —respondo, sin mirarlo directamente.

—Por supuesto.

Víctor, por su parte, levanta la mirada de sus notas, cada vez más desconcertado. Percibe, al igual que yo, que la tensión flota en el ambiente. Sin embargo, de manera milagrosa, conseguimos acordar todos los puntos a redactar en el informe final.

—¿Algo más que deba incluir, Enzo? —pregunta, tratando de entender la dinámica que se está desarrollando.

Él se recuesta en su silla, aparentemente disfrutando del hecho de que solo él y yo entendemos la verdadera naturaleza de esta conversación.

—No sé. ¿Se te ocurre algo más a ti? —Enzo se inclina hacia adelante, con una sonrisa juguetona en el rostro.

Le dirijo una mirada afilada, pero mi respuesta se dirige a Víctor directamente.

—Creo que eso es todo por ahora. Si se me ocurre algo más, te lo hago saber.

—En tal caso, asegúrate de no obviar los pequeños detalles. Ya sabes, esos que suelen pasar desapercibidos cuando se está demasiado... enfocado en el trabajo.

Víctor asiente, todavía sin entender del todo lo que ocurre, pero haciendo su mejor esfuerzo para seguir el ritmo. Yo, por mi parte, respiro profundamente y me preparo para mantener mi fachada profesional intacta, aunque, por dentro, estoy luchando por no perder la calma.

—Lo tendré en cuenta, —le contesto con firmeza—. Ahora, si no hay nada más, sugiero que comencemos con todo lo que tenemos pendiente.

—Por supuesto. El trabajo siempre ha de ser lo primero, ¿verdad?

Estoy a punto de levantarme para irme cuando Enzo lanza su última puya.

—Ah, Víctor, muchas gracias por acompañarnos hoy. Eres realmente un apoyo invaluable. No sé cómo Joe podría haber manejado todo esto sin ti —dice, con una sonrisa que no podría ser más irónica.

El chaval, que no ha captado la broma, asiente agradecido.

—Gracias a vosotros. Siempre es un placer ayudar.

—Bueno, Joe, si necesitas cualquier otra cosa, estaré en mi oficina —añade Enzo, mirando directamente a mis ojos—. Aunque, si prefieres discutir algunos detalles más en privado....

Lo dice con tal descaro que casi se me atraganta el aire. Pero en lugar de reaccionar, me limito a asentir con la cabeza.

—Lo tendré en cuenta —digo, con la voz más neutra que puedo reunir.

Al salir de la estancia, Víctor me lanza una mirada cargada de curiosidad.

—Joe, ¿todo está bien? Enzo estaba... no sé, un poco raro, ¿no?

—No te preocupes —respondo, tratando de sonar despreocupada—. Solo está siendo... él mismo. Ya sabes: le cuesta tomarse las cosas en serio.

Víctor frunce el ceño, no muy convencido, pero decide no insistir más. Sin embargo, su extrañeza es más que evidente.

—Bueno, si tú lo dices... —arguye finalmente, antes de dirigirse a su escritorio.

Entro en mi oficina y cierro la puerta detrás de mí. Apoyo la espalda contra ella y cierro los ojos, esforzándome por calmar mi mente. La situación con Enzo está complicándose más rápido de lo que puedo manejar, y aunque mi instinto me dice que debería mantenerlo a distancia, una parte de mí siente una mezcla de emoción y miedo ante lo que está ocurriendo entre nosotros.

El problema es que no tengo ni idea de cómo manejarlo. Lo único que sé con certeza es

que estoy en aguas peligrosas. Y aunque soy consciente de que debería nadar hacia la orilla, el demonio que tengo sentado sobre mi hombro no para de insinuarme que me deje arrastrar por la corriente. Y esa tentación, por mucho que me cueste admitirlo, me tiene muerta de miedo.

CAPÍTULO 12

El día avanza lentamente, y ya sé que va a ser uno de esos en los que necesito todos mis recursos para mantener la compostura. Desde que llegué a la oficina, y abandonamos la reunión, he estado esquivando a Enzo como si del juego del gato y el ratón se tratase. A veces, cuando me veo en la necesidad de salir de mi *santuario*, él está al final del pasillo, hablando con cualquier compañero de la empresa y, por su manera de devolverme la mirada, me queda claro que en cuanto termine esa conversación, va a venir directo hacia mí.

Y no estoy preparada para eso.

Doy media vuelta y me encierro de nuevo en mi despacho, pero nada más hacerlo, me doy cuenta de que he olvidado de recoger los papeles que he lanzado a la fotocopidora. Esa misma que está en la esquina donde Enzo se está tomando un café como si tal cosa y desde donde me acaba de dedicar una de sus sonrisas intencionadas que tan bien estoy empezando a reconocer.

Maldición.

No puedo permitir que me afecte de esta manera. Me da rabia porque parezco una niña en vez de la mujer adulta que soy. Ni que fuera el primer hombre con el que me estoy en toda mi existencia. Por Dios, tengo una hija que no se hizo por obra y gracia del espíritu santo.

No obstante, en mi descargo, he de decir que hace mucho, demasiado tiempo que no comparto mi vida con nadie. Años... Pero es que tampoco quiero que eso cambie. Cuando Claudia nació, prioricé su bienestar y crianza por encima de todo. Por encima de mí misma. Me convertí en mamá y fui dejando de lado mi papel de mujer. No siempre ha sido fácil, sin embargo, llega un momento en que te acostumbras y es mayor la pereza de empezar a conocer a alguien nuevo, que seguir tu rutina, cómoda y estable. Claro que eso fue antes de que un imbécil con camiseta de *rockstar* apareciera en mi organizada vida para poner mi mundo patas arriba. En mi mano está el saber controlarlo, así que tomo una decisión rápida y vuelvo a salir con disimulo para escabullirme hacia el baño, que está cerca del pasillo de la fotocopidora. Con un poco de suerte, si permanezco allí el tiempo suficiente, Enzo dejará de prestarme atención y se centrará en su café y en su charla con el responsable de nóminas.

Una vez en el aseo, respiro hondo y me miro al espejo.

“¿Qué demonios te pasa, Joe?”, me pregunto en silencio. “*Es solo un tipo y solo ha sido un beso...*”. Pero, por mucho que intente racionalizarlo, no puedo ignorar cómo me hizo sentir ese beso. Ni cómo me hace sentir él cada vez que lo tengo cerca.

Decido quedarme allí el tiempo imprescindible para que mi pulso se calme, al menos un poco. El problema es que no hay forma de esconderse para siempre. Y me da la impresión de que Enzo no es del tipo de los que se dan por vencidos fácilmente.

Tras esperar el tiempo que considero necesario para recomponerme por dentro, respiro hondo y salgo del baño. Pero, no hago más que abrir la puerta y allí que me lo encuentro, apoyado casualmente contra la pared de enfrente, con esa sonrisa suya que me hace querer tanto

golpearlo como... bueno, hacer otras cosas.

—Esconderte en el baño no va a ayudarte, Joe —dice, con un tono que suena a broma, pero que sé que es más que eso—. ¿O es que acaso piensas estar evitándome de por vida?

—¿Funcionaría para que me dejaras en paz?

—¿Por qué habría de hacerlo? Somos compañeros, trabajamos juntos, ¿acaso se te ha olvidado? —Creo que ha debido oír el rechinar de mis dientes porque de manera muy sensual, se acerca hasta a mí y me susurra al oído—. ¿O acaso es por el beso que nos dimos ayer?

Aunque lo ha dicho en un tono muy, muy bajo, mi cerebro reacciona como si lo hubiera pronunciado voz en grito y como si toda la oficina se hubiera enterado de sus palabras.

—¿Te quieres callar? No vuelvas a mencionar jamás eso aquí —le espeto mirándolo, ahora sí, fijamente a los ojos con determinación.

—¿Acaso he dicho algo malo? —ladea la cabeza y sus ojos castaños se suavizan—. Solo quiero que hablemos. Ayer... —Suspira, sin terminar la frase—. No te escondas de mí, Joe.

Me cruzo de brazos y lo miro, tratando de aparentar que no me afecta lo más mínimo.

—No me estaba escondiendo —respondo, en un tono que espero suene creíble—. Simplemente tenía cosas que hacer. Necesitaba un respiro.

Enzo suelta una risa suave, tan pegado a mi mejilla, que puedo notar su aliento cálido contra mi piel. Cierro los ojos porque no me gusta que algo tan nimio como aquello me afecte. ¿Tan desesperada estoy por este tío que a poco que me rebufe encima me pongo cachonda?

Dios, lo mío es muy triste.

—Claro, claro, como digas. Pero eso no me va a detener. Necesito hablar contigo, y no voy a dejar que te escapes.

Vuelvo a respirar hondo y, con la intención de salir de una vez del lío en el que me puedo meter si no le doy el gusto, señalo hacia mi despacho.

—De acuerdo, tú ganas. Podemos hablar ahí. Es el lugar adecuado para conversaciones de trabajo.

Sus ojos brillan con esa chispa traviesa que ya conozco tan bien.

—¿De trabajo? Sabes que no es de eso de lo que quiero tratar. ¿Por qué no vamos a un lugar más tranquilo? Podríamos salir a dar un paseo, o tomar un café en algún sitio menos... formal.

—No —respondo con firmeza—. Si tienes algo que decirme, que sea aquí. En mi despacho.

—¿Y quieres que llame a Víctor para que tome notas? —pregunta arqueando la ceja.

—Vete a la mierda, Torres.

Enzo suspira dramáticamente, como si estuviera resignado a seguir mi juego.

—Vale, como quieras. Pero después no te quejes. —Y con esa amenaza lanzada al aire, que no sé muy bien a qué se refiere, se dirige hacia mi despacho.

Lo sigo, tratando de no prestar atención al nudo en mi estómago. Una vez dentro, cierro la puerta detrás de nosotros, aunque sé que eso no va a hacer que la situación sea menos incómoda. Enzo se sienta en una de las sillas frente a mi escritorio, y yo ocupo mi sitio,

intentando crear una barrera psicológica con el mueble entre los dos.

—Bien —comienzo, buscando mantener las cosas en un tono profesional—, ¿qué es lo que necesitas decirme?

Enzo me mira, y esta vez no hay rastro de la ironía habitual en su expresión. De repente me siento aún más nerviosa.

—Joe, no he podido dejar de pensar en ti —dice, y su tono es tan sincero que por un momento me quedo sin palabras—. No puedo sacarme de la cabeza ese beso que nos dimos anoche. Y, la verdad, tampoco quiero hacerlo.

Intento no dejar que el pánico se apodere de mí. Este no es el Enzo juguetón y bromista al que estoy acostumbrada. Este es un Enzo que no esperaba, uno que habla desde el corazón, y no sé cómo manejarlo.

—Enzo... —comienzo, pero él me interrumpe.

—Sé que apenas nos conocemos, Joe. Pero no puedo ignorar lo que siento. Desde que te vi el primer día, con esa cara de arpía enfadada en el despacho de Antonio, sabía que detrás de esa fachada había algo más que me apetecía mucho descubrir. Luego llegó lo de Francia, lo de compartir habitación, y traté de ocultar el hecho de que me agradaba mucho pasar todo el tiempo en tu compañía. Puede sonar una ridiculez, pero algunas mañanas me despertaba antes que tú y me acercaba a tu cama para observarte dormir. Y sentía que había algo que se me removía por dentro. No sé el qué, la verdad, pero empiezo a pensar que hay una atracción mutua. —Se inclina hacia adelante y apoya los codos en sus rodillas—. Y sí, quita esa cara de susto que lo que acabo de decir lo has oído bien: atracción mutua —recalca—. Lo que sea que esté pasando entre nosotros, es real. No puedes negarlo.

Noto una mezcla de emociones luchando en mi interior. Porque sé que tiene razón. Pero también sé que no puedo permitirme sentir de esa manera. No con él. No con alguien de la oficina.

Al final, decido coger el toro por los cuernos. Si él puede ser sincero, porque siento que lo es, yo también lo seré.

—No puedo hacer esto, Enzo —digo, sacudiendo la cabeza—. No podemos hacer esto. Apenas nos conocemos, y ya estás hablando de... sentimientos. No tiene sentido.

Él sonríe, como si hubiera estado esperando que dijera justamente eso.

—Tienes razón, no nos conocemos bien. Pero dime, ¿no sentiste lo mismo que yo cuando nos besamos? ¿No sentiste esa chispa, esa conexión? Porque yo sí que la sentí, y creo que tú, también.

Quiero negarlo, quiero decirle que no sentí nada. Pero no puedo mentir, no a él, no sobre esto.

—Eso no importa —respondo, tratando de sonar firme—. No puedo dejarme llevar por emociones y sentimientos. Tengo una regla, Enzo: nunca me lío con compañeros de trabajo. Jamás.

Enzo se inclina un poco más hacia adelante, sus ojos fijos en los míos.

—¿De verdad crees que merece la pena dejar pasar lo que sea que esté surgiendo entre tú y yo por una simple regla?

Su pregunta me golpea como un mazazo. Porque en el fondo, sé que tiene razón. Pero esa regla no es solo una norma que sigo por capricho. Es una barrera que he erigido para protegerme, para mantener mi vida personal y profesional separadas. Y ahora, Enzo está poniendo todo eso en riesgo.

—Todas las reglas están para romperse en algún momento, Joe —dice, su voz suave, pero llena de convicción—. ¿Por qué no podemos hacer una excepción, solo esta vez?

Sus palabras me dejan sin aliento. Porque estoy convencida de que está pidiendo mucho más de lo que parece. Está pidiendo que baje la guardia, que lo deje entrar en mi vida, en mi corazón.

Y eso me asusta más que nada.

—No es tan simple —susurro con una voz casi imperceptible, pero que él alcanza a oír—. No puedo...

Enzo se levanta de su asiento y rodea el escritorio, acercándose a mí. Me quedo paralizada, sin saber cómo reaccionar. Cuando llega a mi lado, se inclina ligeramente, apoya sus manos en los brazos de mi silla, su rostro tan cerca del mío que puedo sentir su aliento en mi piel.

—Joe —susurra, su voz tan tierna como una caricia—. Mírame.

Mis ojos se encuentran con los suyos, y en ese momento, toda mi resistencia se desvanece. Porque, por mucho que quiera negarlo, él tiene razón. Lo que sea que hay entre nosotros es real, y está creciendo más rápido de lo que puedo o quiero admitir.

—Enzo... —murmuro, incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Antes de que pueda decir algo más, él cierra la distancia entre nosotros y me besa. Este beso es diferente al de ayer; no es un beso robado, sino un beso que ambos hemos estado esperando, temiendo, necesitando. Es suave y a la vez cargado de una intensidad que me hace temblar.

Logramos separarnos con gran esfuerzo y me doy cuenta de que estoy aferrada a su camisa, como si fuera incapaz de soltarlo. Lo miro, sin saber qué decir.

—No te preocupes, Joe, —dice con una sonrisa tranquilizadora—. No tienes que decidir nada ahora. Solo piensa en ello. Y, por favor, no te escondas más de mí. Y menos en el baño... —bromea para romper la tensión creada.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz. Enzo se aparta lentamente, como si estuviera dándome tiempo para procesar todo lo que ha ocurrido.

—Hablamos luego, ¿vale? —dice, y con una última mirada, sale de mi despacho, dejándome a sola con mis pensamientos, y con el eco de ese beso que todavía siento en mis labios.

Me quedo en silencio, preguntándome si he tomado la decisión correcta al mantener mis defensas. Porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy en peligro. No de él, sino de lo que podría significar dejar que alguien se acerque tanto a mí. Me llevo la mano a los labios; aún estoy temblando por ese beso, y no puedo evitar preguntarme si Enzo tiene razón. Quizá, solo quizá, algunas reglas están hechas para romperse.

CAPÍTULO 13

Apago el ordenador con un suspiro de frustración. Llevo mirando el mismo párrafo del informe los últimos diez minutos, y no soy capaz de procesar lo que en él se dice. Es un trabajo que suelo hacer con los ojos cerrados, pero hoy mi mente parece haberse tomado el día libre y debe estar por ahí de juerga, porque en la oficina, está claro que no. Consciente de que así no voy a ningún lado, tomo la decisión de irme a casa.

Recojo mi bolso del perchero y salgo de la bodega sin decirle nada a nadie. De camino a mi coche, siento un nudo en el estómago que nada tiene que ver con el hambre. Es más bien una sensación de malestar general, como si todo lo que he estado manteniendo bajo control durante años estuviera a punto de desbordarse. Necesito tiempo para pensar, para procesar lo que me está corroyendo por dentro y la oficina no es el lugar más idóneo para hacerlo.

El trayecto a casa es como un borrón en mi mente. Conduzco automáticamente, sin prestar mucha atención al tráfico o a las señales. Y cuando finalmente llego, me siento agotada, como si me hubiera pasado por encima el camión de la basura. Claudia, que a esas horas es normal que esté en casa, me mira con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí tan temprano? —me pregunta, dejando su ordenador a un lado.

Intentó sonreír, pero ella me conoce bien y dudo que mi gesto despreocupado haya logrado convencerla.

—No me encuentro muy bien, cariño. Solo necesito descansar un poco —digo, quitándome los zapatos y dejándolos a un lado.

Claudia frunce el ceño, claramente preocupada.

—¿Quieres que te prepare algo? ¿Un té, una sopa, un paracetamol?

Niego con la cabeza mientras me dirijo a mi habitación.

—No, gracias, cielo. Solo necesito recostarme un rato. Estoy agotada por el viaje a Francia y el estrés del trabajo. Con un poco de descanso, en un rato estaré mejor.

Mi hija asiente, aunque no parece muy convencida.

—De acuerdo, pero en un rato voy a ver cómo sigues. Y si necesitas algo, cualquier cosa, me llamas. Yo no me moveré del salón por si acaso.

—Gracias, cariño. Eres un sol. —Me acerco a ella con las pocas energías que me restan y le doy un beso en la frente antes de dirigirme de nuevo a mi habitación.

Una vez sola, me dejo caer sobre la cama, sintiendo cómo el peso de la realidad me aplasta. Cierro los ojos esperando que el sueño venga rápido y me libere de la tormenta de pensamientos que se arremolinan en mi mente. Pero en lugar de descansar, mis recuerdos empiezan a vagar, llevándome a un lugar que no he visitado en mucho tiempo.

Veinte Años Antes

Apenas tengo veintidós años cuando entro por primera vez a las bodegas Sol y Uva, llena de sueños y expectativas. Soy una becaria ansiosa por aprender, decidida a demostrar mi valía y a

hacerme un hueco en el mundo laboral. Me consta que he tenido suerte; todos mis compañeros de clase se rifaban poder entrar en esta empresa porque se trata de un lugar prestigioso, una de las bodegas más importantes de la región, así que estoy más que decidida a aprovechar esta oportunidad que mis buenas notas me han otorgado al máximo.

El primer día, después de una breve reunión de bienvenida, me asignan un mentor. Se trata de Matías Santisteban, el hijo de uno de los dueños de la bodega, un hombre atractivo, carismático y con una sonrisa que parece poder abrir cualquier puerta. Es algo mayor que yo, sobre unos diez años o así, pero eso no parece importarnos a ninguno de los dos. Desde el principio, Matías se muestra amable y accesible, dispuesto a enseñarme todo lo que sabe sobre el negocio.

—Tienes suerte de que te haya tocado con Matías —me comenta una de las secretarias el primer día—. Es un encanto, y lo sabe todo sobre este lugar. Vas a aprender una barbaridad con él.

Sonrío, emocionada por la perspectiva. Pero no me toma mucho tiempo darme cuenta de que Matías es más que solo un buen maestro. Es atento, paciente, y tiene la virtud de hacer que todo parezca fácil. Pronto, comenzamos a pasar más tiempo juntos, primero en el trabajo, luego en los descansos, y eventualmente, fuera de la oficina. Empezamos a salir, al principio como amigos, pero la atracción entre nosotros es más que evidente.

No pasa mucho tiempo antes de que esa atracción se convierta en algo más. Sí, lo reconozco, me he enamorado como una tonta de Matías. No porque sea el hijo del jefe, ni por su apariencia o su carisma, sino porque nadie me entiende como él. Me siento la mujer más valorada del mundo y cada vez que estamos juntos, me siento segura, más confiada, más entregada. Y cuando me besa por primera vez, me doy cuenta de que ya estoy perdida. Es amor del bueno, puro y simple.

No obstante, decidimos mantener nuestra relación en secreto, al menos ahora que estamos comenzando. Ambos sabemos que puede ser problemático si se enteran en la bodega, especialmente considerando su posición. Pero lo que sentimos el uno por el otro es tan fuerte, tan real, tan intenso, que solo necesitamos tiempo para solventar cualquier inconveniente que surja cuando nuestra verdad salga a la luz.

Por un tiempo, todo es perfecto. Vivo en una burbuja de felicidad continua, convencida de que mi amor es plenamente correspondido y que, más pronto que tarde, podremos estar juntos de manera abierta.

Sin embargo, la burbuja estalla unos meses después. Un rumor ha comenzado a correr por la empresa, y no pasa mucho tiempo antes de que todos sepan de nuestra relación. La verdad, no sé cómo ha podido pasar ya que siempre hemos actuado con la máxima discreción; pero sea como fuere, la noticia ha llegado a oídos del dueño de la bodega, el padre de Matías. Don Antonio me llama a su oficina con una expresión de disgusto y enfado que hace que se me encoja el estómago. Si tan solo Matías estuviera allí, conmigo, me sentiría más segura a la hora de enfrentarlo.

—Señorita Martínez —comienza, su voz tan fría como el hielo—, me he enterado de que está manteniendo una relación inapropiada con mi hijo. ¡Esto es inaceptable! No podemos permitir que algo así manche el nombre de nuestra empresa. Tendrá que marcharse.

Siento que el suelo se abre bajo mis pies. Todo por lo que he trabajado, todo lo que he construido, se desmorona como un castillo de naipes frente a mis ojos. Intento explicarle, decirle que nuestro amor no afecta a mi trabajo, que soy una profesional comprometida, pero el dueño

no me quiere escuchar.

—Es mejor que recoja sus cosas y se vaya de aquí —me dice con firmeza—. No podemos permitirnos este tipo de escándalos.

Justo en ese momento, Matías entra en la oficina. Su rostro está tenso, como si supiera lo que va a ocurrir.

—Papá, ¿qué pretendes hacer?

—¿Acaso hace falta que te lo explique? Le estoy diciendo a esta sinvergüenza que se largue de nuestra empresa.

Matías empalidece frente a nuestros ojos.

—Papá, esto no es culpa de Joe. Si alguien debe irse, seré yo. Pero ella es una de las mejores trabajadoras que tenemos. La bodega la necesita.

Lo miro con una mezcla de alivio y gratitud, pensando que él está dispuesto a sacrificar su posición por mí. Pero antes de que pudiera decir algo, su padre suelta una risa amarga que me pone los pelos de punta.

—¿Y qué hay de tu esposa, Matías? —le pregunta, su tono cargado de desprecio—. Si el rumor de lo vuestro ya está corriendo por media oficina, ¿cuánto crees que tardará Laura en enterarse?

—De mi mujer me encargo yo. Si es preciso, nos iremos a otra ciudad y allí comenzaremos una nueva vida.

Mi mundo se detiene en ese preciso instante.

—¿Qué? —murmuro, mirando a Matías, a mi amor, con incredulidad—. ¿Qué estás diciendo?

Él baja la mirada, incapaz de sostener la mía. No necesito ninguna otra confirmación.

—Joe... lo siento. No quería que te enteraras así. Buscaba una manera más apropiada de...

En ese momento, todo se rompe en mi interior. El hombre del que estoy perdidamente enamorada, en quien he confiado ciegamente, me ha ocultado algo tan importante como que tiene una mujer esperándolo en casa.

Siento que el aire me falta. No puedo respirar...

—No... no puede ser —lentamente, voy retrocediendo, apartándome de él.

El dueño de la bodega me mira con una mezcla de lástima y desdén.

—Ahora lo sabes. Y por eso, será mejor que te vayas. Matías se quedará, y tú olvidarás todo esto.

Salgo corriendo del despacho sin saber a dónde ir. Estoy devastada, mi corazón roto en mil pedazos.

Los siguientes días son un tanto confusos para mí. Me los paso encerrada en casa, sin querer atender a nadie. Sin contestar llamadas de teléfono, sin abrirle la puerta ni siquiera a mi familia o amigas. Por supuesto, desatendiendo cualquier intento de acercamiento por parte de Matías.

No soy capaz de discernir cuánto tiempo paso así: quizás dos o tres semanas, tirando de lo que tengo en el frigorífico o en el congelador, hasta que me quedo sin víveres. Si me han durado tanto, es porque mi estómago se ha negado a comer. Pero llega un momento que el aire de mi casa se vuelve demasiado denso, asfixiante y siento que necesito algo más para desahogarme. Y la opción por la que me declino resulta ser la menos acertada.

Pocas veces en mi vida me he emborrachado. De hecho, odio el alcohol y eso que trabajo

en una bodega. Pero esa noche, sin decirle nada a nadie, me meto en un bar y me bebo hasta el agua de los floreros. Quiero hacerle daño al bastardo que me ha hecho añicos por dentro, pero acabo haciéndomelo a mí misma.

Es en esa noche de locura cuando conozco a un hombre atractivo en un bar cualquiera. No recuerdo mucho de lo que ha pasado, pero amanezco en la cama de un hotel, donde he buscado en los brazos de un extraño el consuelo que necesitaba con desesperación. Sí sé que ha sido una noche de pasión desenfrenada, y cuando me despierto a la mañana siguiente, me siento más vacía que nunca.

Un día más tarde, con los pocos restos de la resaca monumental que todavía me dura y el corazón aún hecho trizas, vuelvo a la bodega con la intención de recoger los papeles del finiquito que deben estar esperándome desde que salí por la puerta sin mirar atrás. Quiero liquidar lo que me une a la empresa definitivamente, así que estoy decidida a recoger mis cosas y terminar con lo poco que me une a ella. Pero, para mi sorpresa, cuando llego al departamento de recursos humanos, me encuentro con estupor con que me ofrecen un contrato fijo.

—¿Qué?! —exclamo, sin poder creer lo que escucho—. Pero... ¿a qué viene esto?

—A mí no me preguntes —la administrativa que lleva estos asuntos se encoge de hombros sin tener una respuesta clara que ofrecerme—. Son órdenes directas de la dirección.

—Pues no lo quiero...

La mujer, que lleva trabajando allí sus buenos años, sabe (como todos) qué ha sucedido entre Matías y yo, y se atreve a darme un consejo desinteresado.

—Mira, hija, yo no voy a meterme donde no me llaman. Pero sí te digo que el trabajo en la provincia está complicado y que hay muchos que darían lo que no tienen por conseguir algo como lo que aquí te ofrecen: estabilidad, reconocimiento y un buen sueldo. Yo de ti, me lo pensaría. No me han dicho nada de que tengas que firmarlo de inmediato, pero supongo que la oferta no estará vigente para siempre. Yo de momento, la dejo guardada en el cajón de mi escritorio, y cuando te encuentres más descansada y te metas un buen puchero entre pecho y espalda, que a la vista está que buena falta te hace porque se te ve bien demacrada, vienes y me comunicas tu decisión.

El motivo de aquel cambio de postura por cuenta de la dirección me llega días después, cuando me entero por otra compañera con la que guardo más o menos una amistad cercana, de que Matías ha hecho un acuerdo con su padre. Él se quedaría en la empresa, en la delegación que tienen en La Rioja, pero a cambio, yo conservaré mi trabajo. Uno que ya no quiero, aunque necesito el sueldo para seguir viviendo de manera independiente, o de lo contrario, tendré que volver a casa de mis padres que, aunque los quiero mucho, no es lo que más me apetece. Estoy hecha un mar de dudas, sin saber que hacer. Mi corazón y mi orgullo dicen *vete de donde no te quieren*, pero mi cabeza piensa de manera más racional.

Debo meditar sobre mi futuro y decidir qué voy a hacer con mi vida. Pero lo que realmente ocurre durante las dos semanas que me tomo para llegar a una decisión va a cambiar mi vida de una manera que nunca hubiera imaginado.

Es durante ese breve descanso cuando descubro que estoy embarazada. Como era de imaginar, la noticia me golpea como un rayo. Había intentado ignorar los síntomas: el cansancio extremo, las náuseas, el mareo ocasional. Pero cuando finalmente me hago la prueba, no pudo seguir negándomelo. Estoy esperando un hijo. Cierro los ojos y recuerdo con pesar aquella noche de desenfreno con el hombre del bar, y sé con certeza que él es el padre. El cálculo de fechas no

deja lugar a dudas.

Si tan solo hubiera llamado a mis amigas para desahogarme, en lugar de emborracharme como una niñata, nada de esto hubiera pasado. Pero ya no tiene caso.

No me planteo abortar, la verdad. La vida que llevo dentro de mí no tiene culpa alguna de mis decisiones impulsivas y de mi dolor. Pero tampoco puedo imaginarme criando a un hijo sola, sin un trabajo seguro y con un futuro tan incierto. Es entonces cuando decido regresar a la bodega. Ya no es el trabajo de mis sueños, y la atmósfera en la oficina es tensa, cargada de rumores y habladurías. Pero necesito este empleo más que nunca. No por mí, sino por el bebé.

Cuando vuelvo a la oficina, los cuchicheos resultan inevitables. La gente no tarda en hacer sus propias suposiciones, y muchos creen que el bebé que espero es hijo de Matías, y por lo tanto, nieto del dueño de la bodega. En eso justifican el motivo de que yo esté allí, y que don Antonio haya decidido cargar conmigo, aun en contra de sus deseos. Durante los primeros meses, tengo que soportar las miradas y los comentarios a mis espaldas. Pero yo sé la verdad, y eso es lo único que me importa. Al único, y no por gusto, a quien revelo que Matías NO es el padre de Claudia, es al señor Santisteban. No porque le tenga cariño o consideración, sino porque no quiero que se crea con el derecho de quitarme lo que es solo mío.

Con el tiempo, la atención sobre mí pasa a un segundo plano y se diluye a medida que los empleados más antiguos se van jubilando. Los nuevos no parece que estén tan al tanto de la historia, así que con el transcurrir de los años, las aguas parecen volver a su cauce. Es un tiempo en el que me vuelco en cuerpo y alma a mi trabajo, demostrando mi valía y ganándome el respeto de mis compañeros. No ha sido fácil, pero poco a poco, logro que la gente me valore por mis habilidades y no por los chismes del pasado. Con mi dedicación y esfuerzo personal, me voy convirtiendo lentamente en la figura respetada que soy hoy la bodega. ¿Mi relación con la familia propietaria de la empresa? Formal. Nada más. Soy necesaria para ellos y ellos lo son para mí. Mi pasado ha quedado enterrado, y la mayoría de la gente ha olvidado los rumores, más teniendo en cuenta que de la plantilla de entonces, queda ya muy poca gente.

Pero yo nunca olvidé. La experiencia me marcó de por vida, sobre todo porque tengo a una preciosa jovencita que me recibe con una sonrisa, un beso y un abrazo, cuando llego a casa.

Aquel fue el origen de mi regla de oro: jamás me volveré a involucrar sentimentalmente con un compañero de trabajo. No voy a repetir los errores del pasado, y desde luego, no pienso arriesgar mi estabilidad por un romance pasajero.

Me despierto de golpe, respirando con dificultad. Mi corazón late a mil por hora y tardo unos segundos en recordar dónde me encuentro. Miro alrededor, y viendo la familiaridad de mi habitación, me doy cuenta de que he estado soñando. Pero no se trataba solo de un sueño; era una pesadilla hecha a base de recuerdos, jirones de un pasado que he intentado enterrar.

Justo en ese momento, Claudia entra en la habitación con una expresión preocupada.

—Mamá, ¿estás bien? Te he oído quejarte desde el salón.

Me froto los ojos, intentando despejar la niebla que todavía invade mi mente.

—Solo... solo estaba soñando. Estoy bien —la tranquilizo, esforzándome por sonar convincente.

Claudia no insiste.

—¿Necesitas que te traiga algo?

Niego con la cabeza.

—Tranquila, de verdad. Solo ha sido un mal sueño. Creo que tengo demasiado estrés.

—Está bien, mamá. —Se acerca y me da un beso en la mejilla como si la madre fuera ella—. Descansa, ¿vale? Te vendrá bien.

Rodeo a mi hija con los brazos y la estrecho contra mi cuerpo con fuerza.

—¿Qué pasa, mamá? —me pregunta Claudia.

—Nada, cariño. Solo necesitaba un abrazo tuyo. Eso es todo.

Claudia me devuelve el abrazo, y yo cierro los ojos, permitiéndome unos momentos de paz.

—Te quiero tanto, cariño. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Yo también te quiero, mami.

CAPÍTULO 14

Al día siguiente llego a la oficina más recuperada. Después de la montaña rusa emocional de la jornada de ayer y de las reflexiones que me han asaltado durante la noche, he decidido que lo mejor que puedo hacer es enfocarme en mi trabajo. Mantener la cabeza ocupada es la mejor forma de evitar que los pensamientos peligrosos tomen el control. Además, no quiero que nadie aquí note que algo anda mal; prefiero que todo siga su curso, como si nada hubiera pasado.

Pero no es tan fácil cuando la primera persona que veo al entrar es Enzo, esperándome junto a mi escritorio con una expresión que mezcla preocupación y algo que no termino de identificar.

—Buenos días, Joe —dice, con una sonrisa que parece algo forzada—. ¿Cómo estás? Me he enterado por Víctor que te fuiste ayer sin decir nada. Estaba preocupado.

—Buenos días, Enzo —le respondo, pretendiendo sonar lo más casual posible mientras me quito el bolso y lo cuelgo en el perchero de la entrada—. Mejor ya; solo estaba un poco cansada, nada serio.

Él me mira con una intensidad que me hace sentir como si pudiera ver a través de mí, como si supiera que no le estoy contando toda la verdad. Y aunque me esfuerzo en mantenerme serena, siento que mis defensas flaquean bajo su escrutinio.

—Intenté llamarte ayer, solo para saber si estabas bien —continúa, con un tono más suave—. Pero no me contestaste. Pensé que a lo mejor... te había pasado algo.

—Lo siento, no vi tu llamada —digo, aunque en realidad sí la vi y decidí no responder—. Solo necesitaba descansar. Creo que tuve una ligera bajada de tensión y me pareció prudente irme a casa.

Enzo asiente lentamente, pero sé que no me cree del todo. Hay algo en su mirada que me dice que sospecha la verdadera razón de mi “huida”. Y antes de que pueda pensar en una manera de cambiar de tema, él se adelanta, con una seriedad en su tono que rara vez le he escuchado.

—Joe, si lo que pasó el otro día, si lo que te dije o hice ayer te ha hecho sentir incómoda o presionada de alguna forma... quiero que sepas que lo siento mucho. No era mi intención.

Me sorprende lo sincero que suena, lo vulnerable que parece en este momento. Enzo, el hombre que siempre tiene una broma a punto, que siempre sabe cómo hacerme reír o sacarme de quicio, ahora está aquí, pidiéndome disculpas con una honestidad que no puedo ignorar. Y eso, de alguna manera, me conmueve.

—No, no tienes que disculparte —le digo, y esta vez, mi voz también refleja la sinceridad que siento—. No es culpa tuya. Es solo que... llevo mucho tiempo sola, Enzo. Mi vida ha girado en torno a mi hija, y no sé si estoy preparada para empezar algo. Menos aún con un compañero de trabajo.

—Lo comprendo —responde, y por un momento, veo un atisbo de dolor en sus ojos—. Y no quiero presionarte. Es solo... —me mira con una intensidad que me traspasa—. Ni yo mismo

me entiendo —se ríe y su gesto me hace sonreír a mí—. No puedo sacarte de mi cabeza, Joe; ni a ti ni a los besos que nos dimos. Creo que entre nosotros está surgiendo algo especial, pero si tú no te sientes cómoda con ello, lo respetaré. Y de verdad, te vuelvo a pedir perdón si mi actitud te ha molestado. Lo último que quisiera es que nuestra incipiente amistad se fuera al traste por una metedura de pata de las mías.

Su tono serio, la manera en que expresa sus sentimientos sin rodeos, me hace cuestionar mis propias convicciones. Estoy acostumbrada a erigir muros para protegerme de posibles heridas, pero Enzo no está intentando derribarlos de forma violenta; en lugar de eso, me ofrece la opción de bajarlos yo misma, si así lo deseo. Sin presiones. Sin imposiciones.

—Lo que más me preocupa es que soy tu compañera de trabajo —le digo, intentando justificarme a mí misma más que a él—. Tengo una regla de oro, ya te lo dije: Jamás involucrarme con alguien del trabajo. Ya cometí ese error una vez y no quiero repetirlo —me sorprende a mí misma haciendo una revelación tan personal. Es algo que tengo enterrado desde hace muchos años, pero los recuerdos de anoche los han hecho salir a la luz de nuevo.

Enzo asiente, como si entendiera perfectamente de dónde vengo. Su seriedad se mantiene, y eso es lo que realmente me impacta.

—Como te dije ayer, todas las reglas están para romperse en algún momento —afirma, con una leve sonrisa que asoma en sus labios—. Pero te prometo que no te presionaré. Solo te pido que, si sientes lo mismo que yo, no lo tires a la basura por un razonamiento que quizás ya no tiene sentido. Solo se vive una vez, Joe, y no todos los hombres somos iguales. Que yo tendré mis defectos, no lo dudo, pero eso no quiere decir que sean los mismos que tienen otros.

Esas últimas palabras se quedan en mi mente, repitiéndose como un eco. Solo se vive una vez. Quizás tiene razón, pero tampoco puedo simplemente ignorar todo lo que he construido, todo lo que he pasado para llegar hasta aquí. Sin embargo, y al mismo tiempo, no puedo negar que hay algo en él que me atrae, que me hace querer bajar la guardia, aunque solo sea un poco.

—Gracias, Enzo —le digo, alzando la mirada para encontrarme con sus ojos—. Aprecio que me des tiempo. Lo necesito.

—Tiempo, eso no tenemos mucho —responde, su tono vuelve a tener ese toque irónico que lo caracteriza—. Antonio me llamó ayer por la tarde. Quiere reunirse con nosotros hoy para que le presentemos las conclusiones de la feria.

Un ligero nerviosismo me recorre. ¡Dios, el informe! Con mi caos interno, no había terminado de revisarlo. La verdad, me había olvidado por completo de que teníamos que rendir cuentas sobre nuestro trabajo en la feria. *¿Ves cómo tener la cabeza en otra parte no trae nada bueno?*, me riñe mi yo inflexible.

—¿A qué hora? Ayer me quedé a medias con el memorándum...

—Bueno, Víctor me pasó el borrador y yo le hice algunas puntualizaciones. Quise consensuarlas contigo, pero fue entonces cuando me enteré de que te habías ido. Espero que no te moleste que haya actuado de oficio, aunque si te quedas más tranquila, te mandé el borrador retocado a tu correo, por si quieres echarle un ojo antes de la reunión... que es —mira su reloj de muñeca— en media hora.

—¡Media hora! Me muero —me llevo las manos a la cara por la falta de tiempo, pero también agradecida por tener a Enzo y a Víctor de apoyo, sin los cuales, mi trabajo podría verse

afectado.

Enzo se ríe al ver mi expresión.

—No, no te vas a morir. Pongámonos manos a la obra de inmediato. Voy a por la copia que tengo impresa encima de mi mesa y si quieres, lo vemos juntos. Ya verás cómo nos ventilamos el informe en un suspiro.

Me permito sonreír un poco, un gesto casi automático ante su tono ligeramente burlón. Mientras Enzo se aleja, me siento un poco más ligera. Pero sé que lo que acaba de ocurrir entre nosotros no se resolverá tan fácilmente. Necesito tiempo, como le he dicho, pero también sé que el reloj no se detiene para nadie.

Preparamos la reunión con don Antonio a conciencia. Repasamos las notas que tomé durante la feria y nos aseguramos de que todo esté en orden. A pesar de la tensión interna que siento, me resulta tranquilizador tener algo concreto en lo que concentrarme. No hay espacio para divagaciones emocionales cuando se trata de trabajo. Y quince minutos más tarde todo está preparado. Hasta me da tiempo de tomarme un café y relajarme durante unos instantes.

Al abrir la puerta de la sala de juntas, veo que Enzo ya está allí, hablando en voz baja con Víctor, quien parece estar absorbiendo todo lo que este le dice con una concentración casi reverencial. Me acerco a ellos, procurando mantener mi actitud profesional.

—Hola, chicos —saludo, tomando asiento frente a ellos—. ¿Todo listo?

—Más que listos —responde Enzo, y hay algo en su sonrisa que me hace pensar que está disfrutando de esto más de lo que debería—. Le estoy comentando a Víctor el último repaso que le hemos dado al informe en tu despacho hace un rato. Creo que todo está bien cerrado.

—Perfecto —respondo, queriendo mantenerme neutral—. Será mejor que lo sea; don Antonio no es precisamente conocido por su paciencia. Y, de paso, quiero daros las gracias a los dos por vuestra implicación y por... cubrirme cuando me fui ayer.

—Somos un equipo, Joe —afirma Enzo, conciliador—. Ya te dije una vez que no he venido a poner palos en las ruedas, sino a empujar el carro como uno más.

Y me está demostrando que así está siendo.

—Me doy cuenta, y te debo una disculpa por haber dudado de ti. —Pongo mi mano sobre su antebrazo de manera casual, y noto como a mis yemas llega el calor que desprende su piel. Nos miramos y siento cómo esa conexión que parece haberse anclado entre los dos sigue ahí.

—Buenos días, señores y señora. Espero que tengan algo interesante que contarme —nos interrumpe don Antonio que entra en la sala con su habitual aire de autoridad. A pesar de su edad, sigue siendo un hombre imponente, con una presencia que exige respeto—. La feria fue una inversión considerable, así que espero ver resultados.

Nos acomodamos todos y con un gesto, Enzo parece pedirme permiso para hablar primero. Sabe que es mi proyecto, pero agradezco que sea él quien lo exponga, ya que ha trabajado con más dedicación que yo el informe que le vamos a presentar al jefe. Asiento sutilmente y se lanza a una presentación que claramente ha preparado con esmero, en la que ha destacado los logros obtenidos durante el evento y las oportunidades de negocio que se han

abierto. Lo escucho hablar con esa mezcla de confianza y entusiasmo que siempre lo caracteriza, y no puedo evitar sentir una ligera admiración por su habilidad para manejarse en este tipo de situaciones. Es evidente que don Antonio también lo aprecia, ya que asiente con aprobación en varios puntos.

Cuando es mi turno, presento los datos que he recopilado, centrándome en los aspectos técnicos y logísticos. Don Antonio escucha con atención, sin interrumpirme, lo que es una señal de que estoy haciendo bien mi trabajo. Sin embargo, percibo que Enzo me observa con una expresión que no logro descifrar del todo. Me pregunto si sigue pensando en nuestra conversación de antes o si simplemente está concentrado en la presentación.

La reunión llega a su fin y don Antonio nos mira con una expresión que, para mi alivio, parece satisfecha.

—Buen trabajo —dice, lo que en su idioma equivale a un gran elogio—. Quiero que sigan trabajando juntos en esto. Hay muchas ideas interesantes que me han planteado, y quiero ver cómo las desarrollan.

Asiento, sintiendo una mezcla de alivio y nerviosismo. Por un lado, es un reconocimiento a nuestro trabajo; por otro, significa que Enzo y yo seguiremos compartiendo tiempo y proyectos. No estoy segura de cómo me siento al respecto.

Cuando don Antonio se va, Víctor nos mira con una expresión de alivio absoluto.

—¡Lo hicimos! —exclama, sonriendo de oreja a oreja—. Sabía que sería un éxito, pero siempre hay ese miedo a que algo salga mal.

—Eso no iba a ocurrir, estaba seguro —responde Enzo, dándole una palmada en la espalda—. Y aunque no estuviste en la feria, este éxito también es gracias a ti. Tú preparaste con Joe toda la documentación que llevamos y, con las cuatro notas que te dimos, has redactado un informe excelente. Ahora viene la parte divertida: desarrollar todas esas ideas que Antonio nos encargó.

—Sí, la parte divertida... —repito, aunque no estoy segura de que sea la palabra correcta para lo que viene.

Salimos los tres de la sala de juntas y nos dirigimos de vuelta a nuestras oficinas. Víctor va adelante, hablando con emoción sobre las próximas fases del proyecto, mientras Enzo y yo nos quedamos rezagados. Hay una especie de tensión en el aire, algo que ninguno de los dos se atreve a romper.

—¿Ves? No ha sido tan malo —dice, refiriéndose tanto a la reunión como, supongo, a nuestra conversación anterior.

—No, no lo ha sido —respondo, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Se detiene, y yo también lo hago, quedándonos ambos en medio del pasillo, sin que Víctor note que nos hemos detenido.

—Joe, sé que estás lidiando con muchas cosas —dice, su voz más baja de lo habitual, como si no quisiera que nadie nos oyera. Alarga la mano y roza la mía de un modo sutil, casi imperceptible, pero que yo siento como una corriente eléctrica—. Quiero que sepas que estoy aquí, para lo que necesites. Tanto si es trabajo como si se trata de... cualquier otra cosa. No deseo que te sientas presionada, pero tampoco que te cierres a algo que podría ser bueno para ti... para nosotros.

No sé qué responder, así que simplemente asiento, esperando que eso sea suficiente por ahora.

—Gracias —logro decir finalmente, con un susurro.

Él me sonríe, con esa sonrisa cálida y un tanto pícaro que siempre me hace sentir un cosquilleo en el estómago.

—No tienes que agradecerme nada, Joe. Solo quería que lo supieras.

Nos quedamos en silencio por un instante, mirándonos el uno al otro, hasta que él termina por hacer un gesto hacia adelante.

—Vamos, antes de que Víctor piense que hemos desertado —bromea, y la tensión se disipa... un poco.

Caminamos juntos hacia nuestras oficinas, y aunque no lo expreso en voz alta, siento que algo ha cambiado entre nosotros. No sé si es para mejor o para peor, pero definitivamente es algo que no puedo ignorar.

CAPÍTULO 15

El ambiente se ha relajado bastante entre nosotros; entre el equipo en general, donde por supuesto, incluyo a Víctor. No porque haya aparecido Enzo, él se ha vuelto menos importante. Más bien todo lo contrario; es tan eficiente que puede ayudarnos a los dos por igual sin que su dedicación se resienta.

Estas últimas semanas han sido un torbellino de trabajo. Enzo y yo nos vemos constantemente, discutimos ideas, revisamos propuestas, afinamos detalles... Pero, aunque todo es muy profesional, muy formal, percibo la manera tan feroz en que nuestros ojos se encuentran a veces, la forma en que su mano roza la mía accidentalmente al pasarme un documento, o la sonrisa que asoma en sus labios cuando logramos avanzar en algo.

Esos pequeños momentos me confunden, me hacen que me cuestione si estoy haciendo lo correcto al mantener la distancia. Y aunque sigo firme en mi decisión de no involucrarme con un compañero, no puedo evitar pensar en lo que me él dijo: “*Solo se vive una vez*”.

Los días pasan, y aunque intento concentrarme exclusivamente en el trabajo, mis pensamientos se desvíen hacia él cada vez con más frecuencia. Es como si hubiera una fuerza invisible que me empujara en su dirección, y, al mismo tiempo, algo en mí que me frena.

Esta tarde, mientras trabajamos en una propuesta particularmente compleja, Enzo se detiene de repente y me mira, con esa seriedad que rara vez muestra.

—Joe, ¿puedo preguntarte algo? —dice, y hay algo en su tono que me pone en alerta.

—Claro, ¿qué pasa? —le respondo, aunque no estoy segura de si quiero escuchar lo que está a punto de decir.

—¿Qué te haría cambiar de opinión? —inquire, mirándome directamente a los ojos—. ¿Qué tendría que pasar para que te dieras una oportunidad a ti misma, para que nos dieras una oportunidad?

Su pregunta me toma por sorpresa. Después de varias semanas en singular *armonía*, no me esperaba que me planteara una cuestión así, ni tampoco que fuera tan directo al formularla. Durante unos segundos no sé qué decir, por lo que opto por la verdad, aunque no estoy segura de si es la respuesta que él quiere escuchar.

—No lo sé, Enzo. No lo sé —confieso, con un nudo estrangulándome la garganta—. Todo esto es nuevo para mí. Ya te lo dije: estoy demasiado acostumbrada a estar sola, a no depender de nadie más que de mí misma. Y lo que siento por ti... me asusta.

Asiente, como si entendiera a la perfección lo que quiero decir, aunque sé que debe ser frustrante para él.

—No tienes que darme una respuesta ahora —dice, y hay una nota de tristeza en su voz—. Solo quiero que sepas que estoy dispuesto a esperar. Pero no para siempre, Joe. La vida sigue, y yo con ella también.

Hay algo en sus palabras que me duele, y siento que el tiempo se nos está escapando

entre los dedos.

—Lo sé, Enzo —le respondo, mirándolo con una mezcla de tristeza y gratitud—. Y agradezco que estés siendo tan paciente conmigo. Pero ahora mismo, lo único que puedo prometerte es que lo pensaré.

Él me sonríe, aunque distingo algo de decepción en sus ojos.

—Eso es todo lo que te pido —dice, y vuelve a concentrarse en el trabajo, como si la conversación nunca hubiera ocurrido.

Pero a mí me ha quedado clara una cosa: el tiempo para tomar una decisión se me está agotando y cada vez deseo menos dejar pasar el tren que espera paciente en la vía.

Al día siguiente, nada más entrar en la oficina, percibo un ambiente diferente. Ojos que me observan al pasar, pero que cuando los inquiere con la mirada, los desvían como si trataran de aparentar que no los he visto fijos en mí. Me extraña la situación, pero no le doy importancia y sigo con mi ritual de cada mañana.

El café con que empiezo todas mis jornadas es como un protocolo sagrado. A veces lo tomo sola, a veces con mi adorado Víctor, que se encarga de traérmelo si ve que me encierro en mi despacho y no salgo. Y así, los primeros minutos del día, con una taza humeante en la mano, son el único momento de calma del que disfruto antes de que empiece la locura habitual. Sin embargo, hoy cuando salgo a recoger mi brebaje, me doy cuenta que la percepción que he tenido al entrar no es errónea. Hay un murmullo constante, una especie de nerviosismo que flota en el aire, y mientras me acerco a la máquina de café, noto que las conversaciones a mi alrededor no son las de siempre.

—Me han dicho que está muy grave —murmura una de las secretarias a otra—. Veremos si don Antonio consigue salir de esta.

La noticia me golpea como una ráfaga de viento helado. Me quedo parada, con la mano a medio camino de mi taza. Mi corazón empieza a latir más rápido mientras intento procesar lo que acabo de escuchar.

—¿Qué has dicho? —pregunto, acercándome un poco más.

Las dos mujeres me miran, sorprendidas por mi repentina aparición.

—A don Antonio le dio un infarto anoche —responde una de ellas, bajando la voz como si estuviéramos compartiendo un secreto prohibido—. Parece ser que ha sido uno de los gordos y que está en cuidados intensivos con un pronóstico complicado.

Un escalofrío recorre mi espalda. Aunque no sea santo de mi devoción, don Antonio siempre ha sido una figura fundamental en la bodega, el pilar que sostiene la empresa familiar. La idea de que algo le haya pasado me llena de una preocupación que no esperaba, habida cuenta de nuestros antecedentes. Pero antes de que pueda decir algo más, la otra mujer interviene.

—Y, por si fuera poco, ha venido su hijo a ocupar su puesto, no sabemos si por un tiempo o de manera definitiva.

Su hijo. El mundo parece detenerse por un segundo mientras las palabras hacen eco en mi mente. No hay necesidad de preguntar de quién están hablando; solo hay un *hijo* que podría venir a hacerse cargo en una situación como esta.

Matías.

Es como si mi cuerpo entrara en modo automático. Sin decir una palabra, dejo mi taza sobre la mesa y me dirijo a mi cubículo. No sé qué hacer con la información que acabo de recibir. Lo único que sé es que necesito un momento para pensar, para intentar mantener la calma. Los recuerdos que creía haber enterrado, y que amagaron salir no hace tanto, parecen querer arrastrarme hacia un pasado que preferiría olvidar.

Me hundo en mi silla y hago esfuerzos por concentrarme en la pantalla de mi ordenador, pero las palabras de las secretarias resuenan en mi cabeza.

Matías está aquí.

Después de 18 años, el hombre que una vez fue mi todo ha vuelto. Y no sé qué esperar de este reencuentro, ni siquiera sé si quiero que ocurra.

Pero el destino tiene un extraño sentido del humor, y justo cuando estoy intentando convencerme de que puedo manejar esto, veo una figura familiar entrando por la puerta principal de la empresa.

Es él.

Aunque han pasado bastantes años, lo reconozco al instante. Su porte es inconfundible, la seguridad con la que se mueve, como si el mundo entero le perteneciera. Matías parece haber envejecido como el buen vino; incluso se ve más atractivo que antes, con un aire de madurez que solo lo hace más interesante.

Él también me ve. Sus ojos se encuentran con los míos y por un segundo, el tiempo parece detenerse. No sé si él siente lo mismo, pero para mí, es como si todo lo que he hecho para olvidar ese capítulo de mi vida se desmoronara en un instante. No puedo leer su expresión; no sé si está sorprendido, indiferente o qué. Lo que sí tengo muy claro es que este reencuentro no será fácil para mí.

Decido que lo mejor es mantener la distancia, al menos por ahora. No quiero darle la oportunidad de abrir viejas heridas, no cuando estoy intentando construir algo nuevo con Enzo. Pero me consta que no podré evitarlo para siempre. La oficina no es tan grande, y eventualmente tendré que enfrentarme a él.

El resto de la mañana transcurre como un mal sueño. El rumor del regreso de Matías se esparce como un reguero de pólvora. Los empleados más antiguos no tardan en revivir viejos chismes, esos que pensaba que ya habían quedado ahogados bajo la rutina del día a día. Pero parece que el pasado nunca muere realmente; solo espera el momento adecuado para resurgir.

—¿Te acuerdas de Joe y Matías? —escucho que dice alguien en la sala de descanso mientras paso cerca—. Decían que estaban juntos antes de que él se fuera. Vaya historia la de esos dos.

Me apresuro a pasar, fingiendo que no he oído nada. Pero por dentro, cada comentario es una puñalada. Todo aquello que creía haber dejado atrás ahora vuelve para atormentarme. Y sé que no pasará mucho tiempo antes de que Enzo también lo descubra.

Llega el mediodía, y me refugio en mi despacho, intentando mantenerme ocupada con cualquier cosa que me aleje de los rumores y de la realidad de que Matías está aquí, a solo unos metros de distancia. Pero no hay tarea lo suficientemente absorbente como para silenciar los ecos del pasado que resuenan en mi cabeza.

Y cuando creo que he llegado a un estado de relativa tranquilidad, como si fuera el

destino queriendo asegurarse de que no puedo huir de esta confrontación, oigo un golpe en la puerta.

—Adelante —digo, sin mirar hacia arriba, esperando que sea algún compañero pidiendo alguna información rutinaria.

No es así.

Cuando levanto la vista, me encuentro cara a cara con Matías. Mi corazón se detiene por un instante, y siento que el aire se vuelve denso a mi alrededor.

—Joe —dice, con una voz que ha cambiado, más grave, más adulta, pero inconfundiblemente suya—. ¿Podemos hablar?

Cada fibra de mi ser quiere decirle que no, pero sé que eso sería inútil. Matías nunca fue de los que aceptan un no por respuesta.

—Supongo que no tengo opción, ¿verdad? —respondo guardando la compostura, mientras le indico la silla que hay frente a mi escritorio.

Toma asiento y, por un momento, ambos nos quedamos en silencio, evaluándonos mutuamente.

—¿Cómo has estado? —pregunta por fin, rompiendo el silencio con una pregunta que parece cargada de significados ocultos.

—Bien —respondo, manteniendo mi tono neutral—. No me puedo quejar, aunque han cambiado mucho las cosas desde la última vez que nos vimos.

—Lo sé —dice, y por un segundo, una sombra de melancolía cruza su rostro—. Han pasado muchos años.

Asiento, sin saber qué más decir. No quiero abrir la puerta a los recuerdos, no quiero hablar de lo que sucedió entre nosotros, pero parece que él tiene otros planes.

—Escucha, Joe, hay algo que necesito saber —continúa, su tono cambia de amable a serio—. Han llegado ciertos rumores a mis oídos desde que llegué, y necesito que seas sincera conmigo.

Mi corazón da un vuelco. Sé exactamente hacia dónde se dirige esta conversación, y no quiero llegar allí.

—No sé de qué hablas, Matías —respondo, aunque mi voz traiciona mi nerviosismo.

—Claudia —dice, y la mención de su nombre hace que todo dentro de mí se tense—. Dicen que es mi hija.

Joder. Desde luego los chismosos de mierda no han perdido el tiempo. Que asco me da la gente que no tiene nada más que hacer que meterse en los asuntos ajenos.

Sin embargo, esto era algo que veía venir desde que lo vi aparecer por la puerta hace escasas horas. Y aunque lo tengo claro, por un momento parece que el mundo se tambalea bajo mis pies. Porque una cosa es saber que este momento podría llegar, y otro que estuviera preparada para enfrentarlo; no ahora, no de esta manera. Me esfuerzo por mantener la calma, pero sé que mi rostro debe estar reflejando el pánico que siento.

—Te han informado mal. Lo que has oído no es cierto —respondo, con más firmeza de la que esperaba—. Claudia no es tu hija. Don Antonio lo sabe, y si tienes dudas, deberías

preguntárselo a él.

Matías se inclina hacia adelante, su expresión cambia de preocupación a la de una profunda tristeza que, por más que me pese, me conmueve.

—Mi padre se está muriendo en el hospital, Joe —dice, y sus palabras son como una bofetada—. No puedo preguntarle nada. Necesito que seas tú quien me diga la verdad.

El dolor en su voz es palpable, y por un momento, siento la tentación de consolarlo, de decirle que todo estará bien. Pero no puedo. No bajo estas circunstancias.

—Claudia no es tu hija —repito, aunque ahora mi voz tiembla ligeramente—. Y aunque lo fuera, no tienes derecho a venir aquí después de tantos años y hacerme semejante pregunta.

Me doy cuenta que he elegido mal mis palabras al ver su reacción. Matías aprieta los puños, y veo el conflicto en sus ojos. Pero no retrocede. Aunque mi intención ha sido la de corroborar mi afirmación, parece que con esa última frase lo que he hecho ha sido generarle más dudas.

—No te creo.

—Ese no es mi problema. Tú me has preguntado y yo te he respondido.

—Quiero conocerla —exige, su voz baja pero decidida—. Quiero ver a Claudia y ser yo quien determine si es mi hija o no.

Abro los ojos desmesuradamente. Me parece la afirmación más absurda que he oído en mucho tiempo.

Bueno, hasta aquí llegamos. No puede desaparecer durante dieciocho años y de buenas a primeras, solo por oír un rumor, se crea con el derecho de acercarse a mí como un padre ofendido que quiere recuperar el amor de una hija que... dicho sea de paso, no es suya.

—Eso no va a pasar —respondo con decisión, levantándome de la silla para imponerme—. No tienes ningún derecho sobre ella, y no voy a permitir que la confundas con tus suposiciones erróneas.

—Joe, necesito saber la verdad —insiste, levantándose también—. Si hay una mínima posibilidad de que sea mi hija... Por lo que me han dicho, ¡las fechas cuadran!

—¡No, las fechas no cuadran y eso lo sé yo mejor que tú! —grito, sin poder contenerme más—. ¡Así que déjalo estar de una vez, Matías! No tienes idea de lo que me estás pidiendo.

El silencio que sigue es ensordecedor. Matías me mira, con una mezcla de dolor y frustración, pero no dice nada más. Y yo, sintiendo que estoy a punto de romperme, me doy la vuelta y salgo de mi propio despacho antes de que pueda decir algo que ambos lamentaríamos.

¿Por qué me duele tanto todavía? ¿Será acaso que no he sabido pasar página? Me aterroriza que pudiera ser eso, porque mi corazón no late por él como sí lo hace por...

Las lágrimas nublan mi vista mientras camino por el pasillo. Siento que todos los ojos están puestos sobre mí, juzgándome, recordándome el pasado que tanto me esforcé en dejar atrás. Pero no puedo detenerme. Necesito salir a la calle, necesito aire.

Y justo cuando llego a la puerta de la bodega, y tengo la ansiada libertad a un paso, me encuentro con Enzo. Sus ojos se clavan en los míos, y sé que ha visto mis lágrimas. Pero lo que veo en su expresión no es la preocupación que cabría esperar, sino algo más oscuro, algo que no había visto en sus ojos antes.

—¿Qué pasa? —pregunta, pero su tono no es de preocupación, ni mucho menos. Es de enojo.

—No es nada —respondo, tratando de pasar de largo, pero él me detiene.

—¿Has estado hablando con el nuevo jefe? —insiste, y hay una dureza en su voz que me sorprende.

—Enzo, no es el momento —intento esquivar la conversación, pero él no me lo permite.

—¿Por qué no me dijiste que Claudia es hija del dueño? —pregunta, su voz elevándose ligeramente—. ¿Es por eso que no querías estar conmigo? ¿Porque aún sientes algo por él?

Sus palabras me golpean con fuerza, y de repente, toda la frustración, el miedo y la tensión que he estado reprimiendo estallan.

—Pero, ¿qué mierda estás diciendo? ¿En serio piensas eso? —grito, sin poder contenerme más—. ¿Acaso crees que esto tiene algo que ver con él? ¡No tienes idea de lo que estoy pasando, y lo último que necesito es que me acuses de algo tan absurdo!

—¡Entonces dime la verdad! —grita él también, y por un segundo, veo el dolor detrás de su rabia—. ¡Dime por qué siempre has mantenido la distancia conmigo, por qué nunca me dejas acercarme de verdad a ti!

Las lágrimas fluyen libremente ahora, y no sé si son de ira, frustración o desesperación.

—¡Porque tengo miedo, joder! —respondo, mi voz quebrándose—. Miedo a volver a cometer los mismos errores, miedo a que todo vuelva a repetirse. ¡No tiene nada que ver contigo o con él! ¡Es por mí, por lo que he pasado!

Enzo me mira, y su expresión cambia. Percibo en sus ojos el momento justo en que se da cuenta de que ha metido la pata.

—Joe, yo... —empieza a balbucir decir, pero no le dejo terminar.

—No puedo hacer esto ahora, Enzo —digo, tomando un paso hacia atrás—. Tengo suficientes problemas encima, y lo último que necesito es que me hagas elegir entre lo que siento por ti y el miedo que me atormenta.

Antes de que pueda detenerme, salgo de la oficina, dejándolo, con sus palabras sin pronunciar.

Y mi corazón hecho pedazos.

CAPÍTULO 16

Como es normal, la consecuencia de mi huida es que llego a casa antes de lo habitual, arrastrando los pies como si pesaran una tonelada. Al cerrar la puerta tras de mí la quietud de mi hogar me envuelve y, por primera vez en mucho tiempo, no encuentro consuelo en ella. Hoy ha sido un día agotador, no tanto por la cantidad de trabajo, sino por la carga emocional que ha traído consigo la vuelta de Matías. Y no es que todavía sienta algo por él (ese enamoramiento de juventud se desvaneció hace años), sino que su presencia ha removido cosas que pensé que había enterrado para siempre.

Camino hacia la cocina, buscando algo que hacer; cualquier cosa que ocupe mi mente. Abro la nevera, pero, como no tengo apetito, la cierro sin más. Me recuesto en la encimera y respiro hondo. Las palabras de Matías siguen resonando en mi cabeza: *“Quiero conocer a Claudia”*. El simple hecho de pensar en esa posibilidad me llena de pánico. No porque tema que él pueda suponer una amenaza para ella, sino porque me niego a que la vida de mi hija se vea trastornada por mis errores de antaño.

Me paso las manos por la cara intentando disipar las nubes que ensombrecen mi cabeza. Necesito calmarme, pensar con claridad. Claudia llegará en cualquier momento, y lo último que quiero es que me vea así, tan vulnerable.

El sonido de mi móvil vibrando sobre la mesa me saca de mis pensamientos. Lo agarro, no sé por qué, y veo un mensaje de Enzo.

“Voy para allá. Llevo cena. No acepto un no como respuesta.”

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

Enzo.

Después del desastre de esta tarde, no estoy segura de si me apetece verlo, pero al mismo tiempo, la idea de no pasar la noche sola me reconforta. Aceptar su compañía significa bajar la guardia. Aun así, a pesar de las dudas, decido no discutirle.

Minutos después, oigo el timbre. Abro la puerta y allí está él, con una bolsa en cada mano, sonriendo de una forma que inmediatamente relaja la tensión que he estado acumulando todo el día.

—He traído comida china. Espero que no hayas cenado ya... y que te guste, porque ni siquiera te he preguntado —dice con su habitual tono despreocupado.

—Me gusta y no, aún no he comido nada: estaba esperando a que alguien se apiadara de mí y me trajera algo que meterme en la boca —respondo, fingiendo estar más animada de lo que realmente me siento.

Nos dirigimos a la cocina, y mientras saca los recipientes de la bolsa, noto que ha traído suficiente comida como para un pequeño ejército.

—¿Tenías pensado alimentar a un batallón entero? —bromeo, intentando romper el hielo.

—Nunca se sabe. He contado que somos tres con tu hija, y ya sabes que, con la comida china, siempre es mejor traer de sobra —responde él, guiñándome un ojo. Luego su expresión se suaviza—. Joe, siento lo de esta tarde. Me dejé llevar y te hice sentir mal, justo cuando más necesitabas mi apoyo. Soy un insensible y me siento fatal por mi repentino e infantil ataque de celos. No soy quién para cuestionar tu pasado. Todos tenemos uno, y te debo un respeto que no te he sabido mostrar.

Sus palabras me toman por sorpresa, y aunque procuro mantener la compostura, una parte de mí se derrite al escuchar sus palabras. Enzo siempre ha sido directo, pero pocas veces lo he visto así, tan sentido.

—No pasa nada. Fue un día difícil para los dos —respondo, suavemente—. Así que te agradezco que estés aquí ahora.

Me sonrío, y por un momento, todo parece volver a la normalidad. Empezamos a poner la mesa y, justo cuando estamos a punto de sentarnos, oigo abrirse la puerta de casa.

—¡Mamá, ya estoy aquí! —Claudia aparece en la cocina, con su mochila colgando de un hombro. Al mediodía me mandó un mensaje para avisarme de que pasaría la tarde en la playa con sus amigas, ahora que por fin no está invadida de turistas—. ¡Oh, hola, Enzo! —dice sorprendida al verlo.

—¡Hola, Claudia! —responde él, levantando una caja de comida—. Justo a tiempo. ¿Tienes hambre?

Claudia asiente con entusiasmo y se acerca a echar un vistazo al contenido de las bolsas.

—¡Wow, menudo festín! Dadme 5 minutos para que me duche y estoy con vosotros.

Sale corriendo hacia su cuarto mientras nosotros terminamos de organizar la cena.

Ha tardado más de los cinco minutos que nos prometió, pero aquí estamos, quince minutos más tarde, los tres sentados, rodeados de pan chino, ensalada china, rollitos de primavera, arroz frito tres delicias, cerdo agri dulce, pollo con almendra y ternera con bambú y setas. La tensión del día parece disiparse poco a poco mientras compartimos todo lo que Enzo ha traído. Él empieza a contar anécdotas de nuestro reciente viaje a Francia, como cuando nos vimos rodeados de cabras en una carretera de tierra en medio de la nada, o el cabreo que me pillé cuando la chica de recepción nos dijo que sólo teníamos reservada una habitación y que no íbamos a tener más remedio que compartirla.

—¡Eso no me lo habías contado, mami!! — la risa de Claudia llena el comedor y ahora, desde la distancia puedo reírme yo también de lo que vivimos.

—Bueno, si tu madre se la hubiera podido comer allí mismo... —Enzo termina su historia con una expresión dramática que hace que Claudia suelte una carcajada.

—Me lo imagino. Es muy propio de mi madre. Le revienta que las cosas no salgan como ella quiere —reconoce entre risas.

No puedo evitar sonreír al verlo así, tan natural, tan... encajado en nuestra pequeña familia. Su presencia hace que todo parezca más llevadero, menos complicado. Por un momento, me permito olvidar todo lo demás y simplemente disfrutar del momento.

Después de cenar, Claudia se levanta de la mesa con la típica energía adolescente, lista para salir.

—Mamá, me voy.

—¿Qué? Pero si acabas de llegar...

—He quedado con las chicas para ir al cine —anuncia, lanzándome una mirada que casi suplica que no la retenga.

—¿Con quién vas? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Con Marta y Laura —responde, como si no lo supiera.

—¿La madre de Marta te traerá de vuelta? —inquiero, adoptando el tono autoritario de madre.

—Sí, sí, no te preocupes. Volveré sobre las dos... —me responde, casi de manera automática, preparándose para el discurso de siempre.

—Tu toque de queda es la una, así que no te columpies, jovencita.

—Jo, mami, pero dependo de la madre de Marta —se justifica—. Y a ella la dejan hasta esa hora...

—Te concedo hasta la una y media, y ni un minuto más. Díselo a la mamá de tu amiga y que hoy os recoja antes —me reafirmo, marcando el límite.

Ella resopla, pero asiente. Luego se inclina para darme un beso en la mejilla y se despide de Enzo con una sonrisa.

—Pórtate bien, mamá —dice, bromeando, antes de coger de nuevo su mochila—. O no... como tú veas.

Me quedo un momento en silencio, escuchando el sonido de la puerta al cerrarse. La casa se siente vacía de nuevo, pero no tanto como antes. Enzo empieza a recoger la mesa, y por un segundo, pienso que todo ha salido mejor de lo que esperaba. Tal vez esta noche no sea tan mala después de todo.

—Bueno, supongo que ya debo irme —dice Enzo, aunque su tono suena dubitativo—. No quiero que te sientas incómoda conmigo aquí.

Me quedo mirándolo, sopesando mis opciones. Podría dejarlo ir, seguir con mi rutina y pasar la noche a solas, lidiando con mis pensamientos. Pero, al mismo tiempo, algo en mi interior me dice que no es eso lo que quiero, sino todo lo contrario.

—Enzo, espera —suelto antes de que me arrepienta—. ¿Te quieres quedar un rato más? —mi voz suena más insegura de lo que esperaba, pero es sincera.

Él se detiene y se vuelve hacia mí, sorprendido, pero también esperanzado.

—Claro, si no te molesta... —dice, y noto un destello de alivio en su mirada.

—No me molesta —respondo, y me sorprendo al darme cuenta de que lo digo totalmente en serio—. Vamos al salón, ¿te parece?

Nos dirigimos hacia allí y nos sentamos en el sofá, uno al lado del otro. La televisión está apagada, y el silencio entre nosotros, por extraño que parezca, no es incómodo, sino que resulta natural. Por primera vez en mucho tiempo, me siento en paz, aunque sea por un breve instante.

Enzo se acomoda, mirándome de reojo, como si estuviera esperando alguna señal de mi parte. Pero yo estoy demasiado inmersa en mis cavilaciones, debatiéndome sobre lo que quiero decirle.

—Enzo, lamento lo de esta tarde —empiezo, porque siento que le debo una disculpa—. No debí gritarte. Debí manejar la situación mejor; por el contrario, terminé por pagar mi nerviosismo contigo.

—Y yo no tenía derecho de hablarte de la manera en que lo hice —responde rápidamente—. Metí la pata con mi penosa escenita de celos. No venía a cuento, lo sé.

Sus palabras, tan llenas de comprensión, hacen que una ola de sosiego interior me inunde. Durante tanto tiempo he guardado dentro de mí el dolor, el miedo y la incertidumbre que me dejó la relación con Matías, que ahora, por primera vez, siento que quiero compartirlo con alguien.

—Nunca he contado a nadie lo que pasó con Matías, salvo a mis amigas más cercanas —empiezo, mi voz apenas un susurro—. Ni siquiera lo he hablado con Claudia. Durante mucho tiempo, pensé que, si lo omitía, si no hablaba de ello, desaparecería. Pero como es lógico, eso no ha funcionado, y ya estoy cansada de seguir cargando con esto sola.

Enzo se acoda sobre el respaldo del sofá y, girándose hacia mí, apoya la mejilla sobre su puño.

—No tienes que contármelo si no te sientes cómoda —dice con comprensión—. Entenderé si prefieres dejarlo en el pasado.

—No, ya va siendo hora de que supere mi miedo a los fantasmas —respondo, sintiendo como una nueva determinación crece dentro de mí—. Porque si sigo huyendo, nunca podré dejarlos atrás.

Respiro hondo y cierro los ojos por un momento, organizando mis pensamientos antes de empezar.

—Matías fue mi mentor en la empresa cuando yo entré en prácticas, recién graduada. No fue algo que buscáramos, pero cuanto más tiempo pasábamos juntos, más nos íbamos acercando el uno al otro. Al principio, todo fue... bueno, bien, por así decirlo. Era joven, ilusa y reconozco que me enamoré de él como una tonta. Pensaba que nada podría separarnos, pero que, por prudencia, habida cuenta de su posición como hijo del jefe, era mejor que lo nuestro quedara en secreto hasta que llegara el momento en que pudiera hablarle al padre de nuestra relación. Como si lo nuestro fuera algo, no sé, mal visto, pero yo me tragué sus argumentos. Hoy, con lo que sé de la vida, me hubiera escamado tanto secretismo, pero como te digo, por aquel entonces era una ingenua. Y, además, una ingenua enamorada hasta las trancas. Pero entonces, no sé cómo, don Antonio se enteró de lo nuestro y me despidió de inmediato, arguyendo que la relación que manteníamos iba a ser un escándalo... y fue entonces cuando me enteré de que Matías estaba casado. Te puedes imaginar el mazazo que aquello supuso para mí...

Hago una pausa, intentando mantener mi voz estable.

—Esa fue la última vez que lo vi... hasta hoy. El acordó con su padre marcharse a una delegación que tenían en La Rioja, a cambio de que a mí no me despidieran. Sin embargo, yo me quise marchar de la bodega, pero al poco tiempo supe que estaba embarazada de Claudia, y no me atreví a perder el sustento que me proporcionaba la empresa.

—Entonces, ¿ella es hija de...?

—No —lo detengo—. Me da vergüenza admitirlo, pero mi hija es la consecuencia de una noche de borrachera y desenfreno cuando supe lo de Matías. No estoy orgullosa de mi

comportamiento, pero hoy tengo a mi hija y no la cambio por nada de este mundo.

Enzo escucha en silencio, sin interrumpirme, permitiéndome desahogarme.

—Cuando mi embarazo empezó a hacerse patente, los compañeros de entonces, dieron por hecho que era fruto de mi relación con el hijo del dueño, y que por ese motivo me había quedado trabajando en la empresa, como si fuera una enchufada.

—Y, ¿no lo desmentiste?

—¿Tú crees que me hubieran creído? Lo dudo mucho. Además, no me apetecía tener que dar explicaciones de mi vida a nadie. Al único a quien le dije que Matías no tenía nada que ver con mi hija, fue a don Antonio, para evitar que en el futuro pudiera reclamarme nada.

—¿Y él sí te creyó?

Me encojo de hombros.

—Ni idea, pero lo dio por bueno. Supongo que le convenía creer que era así. Era eso, o admitir que un Santisteban bastardo pululaba por ahí —sonrío, pero con una gran tristeza—. Y esa es mi historia. Ya la sabes...

Cuando termino de hablar, siento un peso menos sobre mis hombros. Decir todo esto en voz alta, después de tanto tiempo, me da una sensación de liberación que no esperaba.

De repente, me abre los brazos y yo siento la necesidad de cobijarme en ellos, así que no me reprimo. El calor de su cuerpo rodeando el mío resulta muy agradable.

—Gracias por confiar en mí, Joe —dice Enzo, después de interiorizar todo lo que acabo de narrar—. Imagino que no ha debido ser fácil para ti hablar de esto, y no sabes cuánto valoro que me lo hayas contado.

—No quiero que mi pasado se interponga entre nosotros —respondo, suspirando como si acabara de soltar una pesada carga—. Hoy ha sido un día complicado, pero quiero que sepas que estoy intentando dejar atrás ese miedo, que quiero avanzar.

Enzo enlaza sus dedos con los míos, y siento que su toque es cálido, reconfortante.

—Joe, sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —dice, su voz tan sincera que me hace temblar—. No quiero que pienses que tienes que enfrentar esto sola.

—Lo sé. Pero esta es mi batalla y me toca librarla a mí. Pero agradezco tenerte a mi lado.

Sus palabras, su presencia, todo en este momento me hace sentir que tal vez, solo tal vez, no todo está perdido. Quizás todavía hay espacio para el amor, para la confianza.

Nos dejamos llevar por la cercanía, por la intimidad del instante. Mi cabeza descansa en su hombro, y siento su mano acariciar suavemente mi cabello. Es un gesto tierno, casi imperceptible, pero que para mí lo significa todo.

—Enzo —susurro, apenas audible, mientras levanto la cabeza para mirarlo de nuevo.

Él me responde con un suave “¿sí?” mientras sus pupilas se clavan en las mías, y en ese instante, el mundo parece detenerse.

Antes de que pueda pensar en las consecuencias, me acerco a él y nuestros labios se encuentran. Es un beso tierno, cargado de todo lo que no hemos dicho, de todas las emociones contenidas. Y con su boca unida a la mía, siento que, finalmente, estoy dejando atrás el miedo, el dolor y las dudas que me han perseguido durante tanto tiempo.

Nos separamos lentamente, pero nuestras miradas continúan unidas. Enzo me sonríe, y yo, le devuelvo el gesto.

Con un movimiento suave, él levanta una mano y la desliza por mi mejilla hasta que la deja reposar en la curvatura de mi cuello. Me vuelco en ella y el simple contacto de su piel contra la mía hace que me estremezca. Sin darme cuenta, me inclino más en su dirección, buscando más de esa calidez que solo él parece poder ofrecerme.

Nuestros labios se encuentran de nuevo, pero esta vez de una manera más profunda, más urgente. Hay una desesperación silenciosa en la forma en que nuestros cuerpos se buscan, una necesidad de cercanía que va más allá de las palabras. Mis manos recorren el camino hasta sus hombros, y me aferro a él como si fuera un ancla en medio de un mar agitado.

Enzo responde envolviendo mi cuerpo con sus brazos, acercándose aún más. Poco a poco, va tumbándose hasta que mi espalda queda apoyada sobre del sofá y lo siento sobre mí. Percibo el calor de su pecho contra el mío, la firmeza de sus músculos bajo mis manos, y me dejo llevar por la pasión que ambos hemos estado conteniendo durante tanto tiempo. Es un sentimiento embriagador, y solo deseo dejarme llevar sin pensar en nada más que en estas ansias que me corroen.

Mientras nuestras lenguas se entrelazan, el beso se convierte en una danza lenta y sensual que hace que mi mente se nuble y mi cuerpo se encienda. Me pierdo en la sensación de sus labios moviéndose sobre los míos, de su respiración cálida contra mi piel, y de la manera en que sus manos exploran mi cuerpo, dibujando líneas invisibles que me hacen estremecer.

Su boca, siguiendo el rastro que va dejando sus manos, baja lentamente por mi garganta, acariciando mi clavícula antes de detenerse en la montaña de mis senos, donde sus dedos se cierran con suavidad abarcando su redondez. Me arqueo ante su contacto demandando más.

Mucho más.

Siento sus labios abandonar los míos para recorrer mi mandíbula, marcando el recorrido que previamente han marcado sus dedos, mientras su aliento envuelve mi piel en una nube de sensaciones.

Mis manos se deslizan por su espalda, acariciando la tensión de sus músculos bajo la tela de su camiseta, y lo siento temblar ligeramente bajo mi roce. Es un temblor casi imperceptible, pero me basta para saber que él está tan afectado por este momento como lo estoy yo. El conocimiento de que puedo provocarle esa reacción, que puedo hacerle sentir de esta manera, me llena de una confianza que desconocía tener. Voy tirando de su prenda hacia arriba hasta que consigo sacársela por la cabeza. Nos miramos y los dos sabemos que ya no hay marcha atrás.

Lentamente, nuestras ropas abandonan nuestros cuerpos, hasta que no queda nada que impida que el contacto sea pleno. Cada caricia, cada beso, cada roce parece avivar un fuego que había estado dormido durante demasiado tiempo. Una de mis manos sube hasta su nuca para enredar mis dedos en su cabello. Nuestros besos se vuelven más profundos, más apasionados. Siento que el tiempo se detiene, que el mundo a nuestro alrededor desaparece, dejándonos solo a nosotros dos, envueltos en esta burbuja de deseo y necesidad. Es un sentimiento que nos consume y del que solo nos puede aliviar nuestra unión final.

—Joe... —susurra contra mis labios, su voz ronca y cargada de pasión.

Le rodeo las caderas con mis piernas, en una clara invitación a que se sumerja en mí.

Mi cuerpo explota en mil pedazos cuando Enzo se desliza en él, arrancándome un gemido desde lo más profundo de mi garganta con cada acometida. No soy capaz de discernir donde termino yo y dónde empieza él. Somos uno solo y la sensación de unión absoluta es indescriptible.

Enzo parece sentir lo mismo que yo, porque sus movimientos se vuelven cada vez más exigentes, más necesitados, más extremos. Y cuanto más me demanda, más le ofrezco, porque siento la misma necesidad que él de alcanzar el orgasmo. No tardamos en llegar juntos al paraíso que, tal y como imaginaba, resulta explosivo.

Nos quedamos abrazados durante unos minutos, recuperando lentamente el ritmo de nuestras pulsaciones. Enzo apoya su frente en la mía y yo me limito a besarle la punta de la nariz; un gesto simple, pero de una ternura infinita. Nos miramos y nos sonreímos, porque no son necesarias las palabras para expresar lo que sentimos en este momento. Todo lo que hemos estado reprimiendo, lo que YO he estado reprimiendo desde que lo conozco, sale a la superficie. Me siento viva. Me siento deseada. Me siento querida. Me siento mujer.

Finalmente, nos tumbamos uno junto al otro en el limitado espacio que nos ofrece el sofá, pero que a ambos nos resulta más que suficiente. Juntos disfrutamos de la cercanía y de la paz que ha traído este momento. No hay necesidad de hablar; sabemos lo que acabamos de compartir, lo que significa para los dos. Y mientras descanso mi cabeza en su pecho, escuchando los latidos de su corazón, me doy cuenta de lo que he estado a punto de perder por culpa de mi cerrazón.

—No te vayas —susurro en voz baja, sabiendo que él me ha escuchado.

—No voy a hacerlo. No me iré a ninguna parte —afirma en una promesa velada que da a entender mucho más de lo que muestran sus palabras.

CAPÍTULO 17

—Debería irme antes de que llegue tu hija —me dice en voz baja y susurrada como si no quisiera romper la burbuja que se ha formado entre nosotros.

—Sí, tal vez es mejor que nos veamos mañana —respondo, luchando con una mezcla de sensaciones. No quiero que se vaya, pero toda esta situación me ha cogido tan con el paso cambiado, que no sé aún muy bien cómo gestionarlo. Al menos, en cuanto a Claudia se refiere. Nunca me ha visto colgada de nadie, y aunque de tonta no tiene un pelo, tampoco es plan de que se lo encuentre en casa a primera hora de la mañana como si tal cosa.

Enzo parece entenderlo perfectamente y me sonrío con ternura.

—¿Qué va a pasar con nosotros a partir de ahora? —pregunta, sus ojos buscando los míos con una intensidad que me hace recordar que ya no hay marcha atrás.

—No lo sé —admito, sin la menor intención de parecer evasiva. De hecho, me siento más decidida que nunca—. Pero de lo que sí estoy segura es de que no voy a esconderme. Ya lo hice una vez, y no estoy dispuesta a repetir los errores del pasado.

Su expresión cambia, y puedo ver el orgullo en sus ojos, mezclado con algo más profundo. Me observa por un momento más, como si quisiera grabar este instante en su memoria.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —dice finalmente, sin rastro de la ironía habitual que tanto me gusta de él.

—Lo sé —bromeo, pero también me siento enormemente agradecida por su apoyo. Me arrebujo entre sus brazos y hundo la cabeza en su pecho, aspirando su aroma.

Con esfuerzo y sin ganas, nos levantamos del sofá. Nos vestimos lentamente y juntos nos dirigimos a la puerta. Allí, Enzo se despide de mí con un beso suave, uno de esos que prometen todo lo que aún no nos hemos dicho porque tampoco es necesario. Siento su calidez, su mano en la mía, como si fuera lo único que requiriese para mantenerme anclada en la realidad después de todo lo que hemos compartido esta noche.

—Nos vemos mañana —susurra, y luego sale, dejándome sola en el recibidor hasta donde lo he acompañado.

Ya a solas, me quedo plantada, con la vista fija en la puerta que se acaba de cerrar y una sonrisa tonta dibujada en el rostro. Reconozco que mi actitud es casi infantil, pero es que me siento feliz. Ese futuro incierto al que tanto temía ya no me asusta. La relación que Enzo y yo hemos comenzado no es algo que hubiera planeado, pero sí algo que, por primera vez en mucho tiempo, me hace sentir viva. Y con esta sensación bullendo en mis venas, vuelvo al salón, enciendo la tele y busco una película que sé que no voy a ver, porque mi mente está en otra parte.

Al día siguiente, llego a la oficina temprano, como de costumbre. Tomo un café con Víctor en la sala de descanso, y comentamos trivialidades sobre las nuevas ideas que queremos

incorporar a la estrategia de marketing que hemos estado discutiendo durante las últimas semanas tras regresar de Francia. Trato de mantener mi mente en la tarea, aunque una parte de mí está anticipando el momento en que Enzo llegue. La verdad es que no estoy segura de cómo vamos a reaccionar al vernos en el trabajo después de lo que pasó anoche, pero sé que estoy lista para enfrentarlo.

—Oye, Joe, ¿todo bien? —pregunta Víctor, notando quizás mi distracción.

—Sí, claro —respondo, esbozando una sonrisa—. Solo un poco cansada, nada más.

En ese momento, la puerta de la sala de descanso se abre, y Enzo entra. Por un segundo, el aire parece cargarse de electricidad, y sé que no soy la única que lo siente. Me mira con esa sonrisa suya que me desarma, y sin pensarlo demasiado, se acerca a mí y me planta un beso en los labios con toda la naturalidad del mundo.

Víctor suelta una tos nerviosa, y casi puedo sentir cómo su cerebro intenta procesar lo que acaba de ver.

—¿Qué... qué me he perdido? —pregunta finalmente, sus ojos moviéndose de Enzo a mí, y de vuelta a Enzo.

—No mucho, Víctor, no mucho —responde Enzo con una sencillez que me hace reír por su actitud relajada y refrescante.

—Pues yo diría que sí que te has perdido algo importante —añado, divertida por la expresión de confusión de Víctor—. Pero creo que tampoco hay que ser muy listo para adivinarlo.

Nuestro asistente sigue mirándonos como si acabara de entrar en una dimensión paralela, y no lo culpo. Esta es la primera vez que dejo que mi vida personal cruce la línea de mi vida laboral, y aunque siempre pensé que eso sería un desastre, me doy cuenta de que no tiene por qué ser así.

No con Enzo.

El resto de la mañana pasa rápido, como si el universo hubiera decidido darnos un respiro después de tanta tensión. El rumor de nuestra relación no tarda en expandirse por la oficina, y aunque veo algunas miradas curiosas, ninguna es tan intrusiva como para molestarme. Seguramente porque me importa un soberano pimiento lo que opinen los demás. A mi edad, no tengo por qué pedirle permiso a nadie para hacer lo que me venga en gana.

Pero no todo el mundo parece estar tan contento con la noticia.

Enzo y yo estamos en la oficina, revisando el listado de ideas que estamos tratando de ordenar y priorizar.

—¿Qué te parece así? —me pregunta compartiendo su hoja de notas conmigo—

Repasamos punto por punto lo que hemos establecido:

1. Utilizar Instagram y TikTok para crear contenido visual que muestre el proceso de elaboración del vino. —Esta OK.

2. Degustaciones virtuales guiadas por nuestros enólogos. —Esta OK también, aunque se podría fusionar con la anterior.

3. Concursos en redes sociales para ganar un viaje a nuestras bodegas: En cuanto a esta... debemos dejarla en suspenso hasta ver el presupuesto del que disponemos a estas alturas de año.

Quizás se podría dejar para comienzos del ejercicio siguiente.

4. Crear una campaña de memes basada en situaciones cómicas del mundo del vino: Bueno, con esta no puedo evitar voltear los ojos. No me gusta para nada. Lo único que me faltaba era ver en nuestro perfil borrachines etiquetándonos con una botella de nuestro brandy en la mano.

5. Una serie de artículos y blogs sobre la historia de nuestra bodega y la tradición vinícola andaluza: Esto está mejor. Mucho mejor.

6. Colaboraciones con influencers del mundo del vino para aumentar nuestra visibilidad: No suelo trabajar con ellos, pero Enzo afirma que se mueve en ese mundillo como pez en el agua, así que, lo dejo en sus manos.

7. Una campaña de marketing dirigida a enólogos y sommeliers, destacando la calidad y exclusividad de nuestros productos: Esta también me parece muy acertada.

—Desde luego, tenemos trabajo por delante. ¡Me encanta! —exclamo satisfecha.

—¿Ves cómo no era tan difícil llegar a un término medio entre tu forma de trabajar y la mía? Sólo hay que ponerle un poquito de voluntad —afirma, guiñándome un ojo.

—Pareces muy satisfecho contigo mismo, Enzo...

—Porque yo nunca dudé de que podíamos conseguir aunar nuestras ideas. Pero tú sí que tenías reparos... ¡y no me lo niegues!

Levanto las manos en señal de rendición.

—¡Vale, vale! Lo admito...

Nos reímos los dos cuando de repente escuchamos un golpe en la puerta que nos interrumpe. Levanto la vista y mi corazón se detiene un segundo. Es Matías.

—Joe, ¿tienes un momento? —su voz es seria y la mirada que le dirige a mi compañero, resulta de lo más significativa.

—Claro, pasa —respondo con total tranquilidad. Ya su presencia, una vez pasado el mal trago de ayer, no me altera tanto como creía. No sé si tiene que ver el hecho de que Enzo esté aquí, o que simplemente, me siento con las riendas bien sujetas entre mis manos. Lo que sí tengo claro es que no estoy dispuesta a que este tipo, que en el pasado fue la persona que más consiguió desmadejar mi vida, vuelva a tener influencia sobre mí—. Enzo y yo estábamos discutiendo nuevas estrategias que queremos poner en marcha. Si quieres podemos comentarte lo que hemos pensado, a ver qué te parece.

La mirada que Matías lanza a Enzo es de las que dejan a cualquiera sentado de culo en el suelo, pero mi chico —que raro resulta llamarlo así—, se limita a devolverle la mirada, arquear una ceja y mostrarle una de sus medias sonrisas.

—Cuando trabajábamos juntos, te gustaba valerte por ti misma, sin que nadie se entrometiera en tu creatividad.

—Han pasado casi veinte años desde entonces, y el marketing ha cambiado bastante. Enzo, por si no lo sabes, es una apuesta particular de tu padre, y aunque al principio su presencia me desconcertó un poco, hemos descubierto que formamos un buen equipo.

Enzo y yo nos miramos y no podemos evitar que la sintonía entre nosotros resulte indiscutible. Al volver los ojos hacia el hijo de mi jefe, compruebo que me observa con una

mezcla de emociones que no consigo descifrar del todo.

—En otro momento. ¿Puede dejarnos a solas, Torres? Necesito hablar con Joe.

Él me mira, como sondeando qué quiere que haga, y yo me limito a asentir con la cabeza. No le tengo miedo a Matías. Ya no.

—¿Y bien? —sospecho hacia dónde quiere dirigir la conversación, pero ya no estoy en shock como ayer. Hoy tengo mi cabeza centrada y vuelvo a ser yo—. ¿A qué debo tu presencia?

—He escuchado cosas... —empieza, y sé exactamente a qué se refiere—. Sobre ti y Torres.

—¿Y? Que yo sepa, no tengo que darte explicaciones de mi vida privada, Matías. Ni a ti, ni a nadie de esta empresa —digo, tratando de mantener mi voz firme.

—¿Estáis juntos? —Desde luego, a directo, no le gana nadie.

Bueno, quizás yo no me quede atrás.

—Pues sí; Enzo y yo estamos juntos. ¿Algún problema? No me consta que haya ninguna regla en la empresa que lo impida.

—¿Cómo puedes estar con él? —sus palabras salen más duras de lo que esperaba, mientras se acerca con paso firme hacia mi escritorio, detrás del cual yo permanezco sentada impasible—. Después de todo lo que pasó, después de todo lo que dijiste sobre mantener tu vida privada y el trabajo separados...

—Si mal no recuerdo, eso lo decías tú, no yo. Y durante mucho tiempo, hice propio ese lema. Pero he cambiado, Matías —respondo, sintiendo cómo la ira comienza a burbujear en mi interior—. Porque ya no soy esa chica que conociste hace 18 años. Soy una mujer adulta que no tiene que esconderse. Y si no te gusta, es tu problema, no el mío.

Matías parece sorprendido por mi reacción, pero no retrocede.

—¿Y Claudia? —pregunta de repente, cambiando de tema tan rápido que me toma desprevenida.

Y venga la burra al trigo...

—¿Qué pasa con ella? —mi tono es frío, casi defensivo.

—¿Es mi hija? —me vuelve a preguntar, dejando claro que mi afirmación de ayer no lo convenció. En este momento, siento cómo todo mi cuerpo se tensa.

—Ya te lo dije: no, no lo es —respondo, mirándolo a los ojos, esperando que vea la verdad en ellos.

—Quiero una prueba de ADN.

Esto no lo esperaba.

—No voy a hacer pasar a mi hija por eso porque tú no quieras creerme.

—Necesito saber la verdad, Joe. —Golpea la mesa con los nudillos— No puedo seguir viviendo con esta duda. Si Claudia es mi hija, tengo derecho a conocerla.

—Pero es que no lo es, Matías. Es la tercera vez que te lo digo. Déjame en paz. Y déjala a ella. —Mi voz tiembla, pero no retrocedo.

—Si es mi hija, ¿no crees que tiene derecho a conocer a sus hermanos?

—Si lo fuera, ese derecho no se lo arrebataría. Pero en este caso, no procede. —Guardo silencio unos segundos y trato de ser comprensiva, pero es que no quiero que siga insistiendo sobre lo mismo—. ¿Por qué no me crees?

—¡Porque sé lo mucho que me amabas! —exclama adelantando su cuerpo hacia mí—. No concibo que te acostaras con otro a las primeras de cambio sabiendo cuanto me querías.

Ahora sí que no puedo evitar ponerme en pie y enfrentarlo cara a cara.

—¡Tú te encargaste de matar ese amor con tus mentiras y tu falsedad!

—Yo no te mentí. Yo también te quería más que a nada en el mundo.

—Claro, y por eso me ocultaste que tenías una mujer esperándote en casa mientras estabas conmigo, ¿no?

—Sólo trataba de ganar tiempo hasta encontrar una solución...

—Basta ya, Matías. Me da igual lo que pretendías hacer o lo que hiciste. Ya todo eso quedó atrás. Saliste de mi vida en el momento en que descubrí tu engaño.

—En cambio tú nunca saliste de la mía. No he dejado de pensar en ti en todos estos años...

La tensión en la habitación es palpable.

—Ese no es mi problema. No lo es.

Matías me observa por un momento antes de asentir lentamente, como si estuviera procesando lo que acabo de decir.

—Esto no ha terminado, Joe. Volveremos a hablar —dice finalmente, antes de girarse y salir de mi oficina.

Me quedo allí, temblando de rabia, de miedo, de todo lo que no puedo controlar. Esto no es lo que quería para mí ni para Claudia. Pero parece que el pasado ha decidido volver a golpearme cuando menos lo esperaba. Y lo peor es que no sé cómo detenerlo.

Salgo de mi oficina minutos después que Matías, tratando de recomponerme. Necesito aire, necesito espacio, pero, sobre todo, necesito encontrar a Enzo. Lo veo en la cafetería, hablando con algunos compañeros. Sus ojos me encuentran y, por un segundo, todo parece estar bien. Pero algo cambia en su expresión cuando se acerca.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, su tono bajo y preocupado.

—Nada, solo...

Enzo frunce el ceño.

—¿Todavía te importa lo que él piense? —la pregunta me toma por sorpresa.

—En absoluto... Es que no quiero que esto afecte a Claudia, ni a nosotros —trato de explicarme, pero siento que las palabras se me atascan en la garganta.

—¿Claudia? —repite, extrañado.

—Piensa que es su hija e insiste en conocerla —digo, intentando mantener la calma—. Aunque le he dicho que no es así, no me cree.

—¿Y por qué no se lo demuestras con pruebas? Hoy en día se puede averiguar fácilmente. —Su tono, casi despreocupado, me molesta.

—¿Tú también me vas a sugerir que la someta a una prueba de ADN?

—¿Qué hay de malo en ello? Además, incluso para ti misma, sería una forma de descartar que Matías es su padre.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Acaso estás poniendo en duda la veracidad de lo que te dije?

—No, no... yo no pongo en duda nada —se retracta, al ver que quizás se ha pasado de frenada—. Pero es verdad que si...

—Como lo plantees siquiera, te juro que lo nuestro se acaba aquí y ahora... si es que alguna vez ha llegado a haber algo —le digo con los ojos tan abiertos que están a punto de salirse de sus órbitas.

¡Qué fácil lo ven todo los hombres!

—Solo digo que, con esa prueba, seguramente conseguirías que él te deje tranquila, al menos en lo referente a este asunto.

—¿Es que no te das cuenta que no quiero exponer a mi hija a eso?! —mi paciencia se agota, y antes de darme cuenta, estoy elevando la voz.

Debe percatarse de que mi genio va cada vez a más, porque se limita a fruncir los labios y a asentir con la cabeza.

—Vale, lo siento. Sé que no soy quién para... —empieza a decir, pero no lo dejo terminar.

—No, no lo eres. —He sonado dura, quizás injusta, pero mi hija va por delante de todo y de todos. Y si no le gusta, que corra el viento.

—Pues si me necesitas, silva... por si estuviera por ahí —ahora es él quien parece molesto ante la sequedad de mi respuesta. Se da media vuelta y se dirige a su despacho con cara de pocos amigos.

Cierro los ojos y suspiro. Me da rabia porque él se ha portado bien conmigo, hasta tal punto que le he revelado cosas que muy, muy pocas personas conoce, pero en este preciso instante, siento como si todo estuviera en mi contra... el pasado, el presente, el futuro... Y lo peor, es que no sé cómo detener la avalancha que se avecina.

CAPÍTULO 18

Estoy en casa, a media tarde, repasando mentalmente la conversación con Enzo. Me siento frustrada y agotada, como si una bruma de incertidumbre se hubiera asentado sobre mí desde que Matías regresara. Me duele que Enzo sugiriera lo de la prueba de ADN, no porque no piense que tiene razón, sino porque no se da cuenta de lo que eso supondría para Claudia. Ella no sabe nada de su pasado, y no hay necesidad tampoco de que conozca sus orígenes.

¿Cómo hemos pasado de una noche de amor a este torbellino de dudas en tan poco tiempo?

Intento concentrarme en algo trivial, en la rutina de casa, pero mi mente regresa una y otra vez a esa charla incómoda. Siento que estoy en una cuerda floja, tratando de equilibrar mis emociones mientras que por un lado Matías, y por otro Enzo, tiran de mí en direcciones opuestas. Es en este momento cuando suena el timbre. Me sobresalto. No espero visitas.

—¡Voy! —grito, suponiendo que es algún vecino.

Para mi sorpresa, abro la puerta y me encuentro con lo último que esperaba: Matías. Ahí está, con una expresión en el rostro que me deja claro que esto no es una visita casual. Me quedo congelada, y justo cuando estoy a punto de preguntarle qué demonios está haciendo en mi casa, oigo la voz de Claudia desde el interior.

—¿Mamá? ¿Quién es?

Antes de que pueda responder, Claudia aparece junto a mí en la puerta. Sus ojos se encuentran con los de él.

—Hija, este es Matías, el hijo de mi jefe.

—Y tú debes de ser Claudia. Encantado de conocerte —apunta él, sonriendo con una calidez que me molesta sobremanera.

—Lo mismo digo —Claudia sonríe, y yo siento que todo mi cuerpo se tensa. Esto no está bien. No señor, no lo está.

—Claudia, cariño, ¿por qué no te marchas un rato a casa de tu amiga Laura? —le digo, procurando que mi voz suene calmada. Resulta un esfuerzo titánico no dejar que Matías vea lo mucho que me molesta su presencia aquí.

—¿Pero por qué? No hemos quedado para salir y estoy en medio de una partida —protesta, con esa típica testarudez adolescente que en este momento me desespera—. Solo había salido de mi cuarto para ir a por un refresco a la cocina.

—Porque necesito hablar con mi jefe a solas —suelto con tal tono de voz, que no permito un no por respuesta.

—Valeee. Déjame que guarde la partida y le pregunto a Laura por *WhatsApp* si le viene bien que vaya a verla.

—Tienes 3 minutos. —La cara de mi hija es un poema, pero sabe que cuando me pongo

así, es mejor no contradecirme.

—¿No me vas a invitar a pasar? —me pregunta Matías, despreocupado, con las manos en los bolsillos.

Me aparto a un lado y lo dejo entrar. Nuestro silencio es pesado, incómodo, pero mientras Claudia esté todavía en casa, no pienso decir ni mu. Cuando mi hija sale de su cuarto con su mochila habitual en el hombro, se acerca a mí para darme un beso rápido en la mejilla, pero no sin antes lanzar una última mirada curiosa a Matías.

—Hasta luego, jefe de mamá—dice Claudia con una sonrisa antes de desaparecer por la puerta.

Espero a que la puerta se cierre detrás de ella antes de girarme hacia Matías, mi paciencia agotada.

—¿Qué demonios haces aquí? —le escupo, con la voz cargada de furia contenida.

—No me dejaste otra opción. Ya te dije que la quería conocer —responde, con una tranquilidad que solo sirve para avivar mi enojo.

—¡Esta es mi casa, mi vida privada! —grito, sin importarme mantener las apariencias ahora que Claudia no está—. ¿De verdad crees que tienes derecho a irrumpir aquí como *Pedro por su casa*? ¡Está completamente fuera de lugar!

—Lo lamento, Joe, pero no me diste respuestas, y no podía quedarme con la duda.

—¡Sí que te las di, maldita sea! Tengo muchos defectos, pero sabes que no soy ninguna mentirosa.

—Necesitaba verla, necesitaba saber...

—¡Saber qué! Querías ver si podía parecerse a ti, ¿verdad? Pues ya ves que no: es evidente que ella ha sacado mis genes —mi voz tiembla de ira, cada palabra cargada de un resentimiento que he guardado por demasiado tiempo—. Claudia no es tu hija, y no tienes ningún derecho a entrometerte en nuestras vidas.

—Joe, por favor —intenta calmarme, pero sus palabras solo echan más leña al fuego—. No vine aquí para hacerte daño. Solo quería ver si... si tal vez había una posibilidad, algo que me confirmara que ella es mi hija.

—¿Y si lo fuera? —le espeto, incapaz de detenerme—. ¿Qué cambiaría eso? Ya no somos los mismos, Matías. Han pasado 18 años, y yo he seguido adelante.

—Pero yo no he podido —responde, y hay una tristeza genuina en su voz que me desconcierta—. Joe, te mentí, te hice daño, y he pagado el precio por eso todos estos años.

Veo el reflejo de la culpa en su rostro, pero también de algo semejante a la tristeza. La rabia se mezcla con algo parecido a la compasión, pero no quiero ceder. No después de todo lo que ha pasado.

—Me fui a La Rioja para que tú pudieras crecer profesionalmente —continúa—. Para que tuvieras una oportunidad de ser la mujer increíble que sabía que podías ser. Pero me fui también porque no tenía el valor de enfrentar la verdad contigo.

—¿Qué verdad? ¿Qué estabas casado? —pregunto, aunque en el fondo sé la respuesta.

—Nunca quise hacerte daño, Joe. Te metiste bajo mi piel, y una vez ahí, no te pude sacar.

Sé que fui un egoísta, pero...

—¿Y esperas que te perdone por eso? —mi voz es un susurro ahora, casi sin fuerzas para mantener la ira—. ¿Esperas que simplemente olvide todo el dolor que causaste?

—No, no espero que me perdones. Pero sí espero que me entiendas. —Da un paso hacia mí, su mirada penetrante—. Mi matrimonio nunca fue feliz. Fue llevadero, cómodo, pero nunca fui realmente feliz, porque siempre te tuve en mi mente, Joe. Siempre te recordé, y nunca pude quitarme la espina de habernos separado como lo hicimos.

Mis emociones están a flor de piel. No sé si quiero llorar o gritar, pero lo que sí sé es que no quiero escuchar más de esto. Sin embargo, Matías sigue hablando, como si necesitara sacar todo lo que ha guardado por tanto tiempo.

—Ahora que estoy de vuelta, y con la verdad por delante, quiero pedirte una oportunidad —dice, y su voz es casi un ruego—. Estoy dispuesto a dejar a mi familia, a empezar de nuevo contigo. Si tan solo me dejaras acercarme a ti...

No puedo creer lo que estoy escuchando. ¿Es que ha perdido la cabeza por completo?

—¿Estás loco? —le grito, y esta vez no me importa si los vecinos pueden oírnos—. ¡Eres un egoísta, Matías! Después de todo lo que pasó, ¿vienes aquí y tienes los santos cojones de pedirme que destruya tu vida y la mía por una fantasía de hace casi dos décadas? ¡No quiero nada de ti!

—No es una fantasía, Joe. Te quiero, y siempre te he querido —insiste, pero para mí, esas palabras son un veneno—. Si me das una oportunidad, te lo demostraré. Podemos ser felices juntos.

Dios, esto ya es lo último que me falta por oír en este día de mierda.

—No. Ya es demasiado tarde para eso. —Mi voz es firme, aunque mi corazón esté latiendo con fuerza—. Lo que sea que tuvimos, se terminó hace años. No estoy dispuesta a volver atrás. Tú eres parte de mi pasado, Matías. Y no quiero repetir los errores que cometí entonces.

Matías parece devastado, pero no retrocede.

—No puedo perderte de nuevo, Joe —dice con desesperación, pero yo ya no lo escucho.

—Me perdiste hace mucho tiempo. Acepta eso y sigue adelante, como lo hice yo —digo, dando por terminada la conversación.

Me dirijo hacia la puerta y la abro para que él se vaya de mi casa. Sin embargo, al hacerlo, veo a Enzo al otro lado, con el dedo a medio camino sobre el timbre. Su expresión es de confusión y algo más que no puedo identificar del todo. Esto no está sucediendo. No ahora.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta con voz tensa—. ¿Por qué está él aquí, Joe? —insiste, sus ojos fijos en Matías, que parece más que dispuesto a enfrentarlo.

—Solo vine a hablar con Joe sobre algo importante —responde Matías, su voz calmada, pero hay un desafío en sus ojos.

Enzo me mira. Me interroga con la mirada.

—¿Acaso tenéis algo de lo que hablar que yo no deba saber? —espeta Enzo, dando un paso hacia adelante. ¿Me lo parece a mí o denoto un deje de celos en su voz?

—¿En verdad me estás preguntando lo que creo que me estás preguntando? —entrecierro los ojos al dirigirme a él.

—No sé; dímelo tú.

—Ya está. Se acabó por hoy. Os quiero a los dos fuera de mi casa.

CAPÍTULO 19

El despertador suena como si fuera una sentencia de muerte. Mi cabeza late al ritmo del pitido insoportable, recordándome que no solo tengo que enfrentar un nuevo día, sino que tengo que lidiar con las consecuencias de lo que hice la noche anterior. Me siento como si me hubiera pasado un camión por encima, y no precisamente por haber dormido mal. Tengo una culpa que pesa más que el plomo.

Me doy la vuelta en la cama para no ver el maldito reloj, buscando desesperadamente una excusa para no ir a trabajar. ¿Enfermedad súbita? ¿Dolor de espalda?

No, Joe, tienes que enfrentarlo. Es la única manera. Además, si no voy, lo más probable es que me pase todo el día torturándome por haber echado a Enzo de mi casa por una razón tan estúpida. Estaba furiosa, lo sé, pero él no se merecía que le pagara con esa moneda. Aunque, su escenita de celos haya sido tan ridícula como mi propio comportamiento.

Con un suspiro resignado, me arrastro fuera de la cama y me dirijo al baño, esperando que una ducha caliente me devuelva al menos un poco de la dignidad que perdí anoche. El agua me golpea la piel, pero no consigo lavar el remordimiento que siento.

Después de secarme y vestirme con el traje más anodino que encuentro en el armario (no es un día para colores brillantes ni para tacones altos), me dirijo a la cocina y preparo un café que sabe tan amargo como mis sentimientos. A cada sorbo a la taza, voy recreando en mi mente las palabras que resulten adecuadas para disculparme. Debería haberlo llamado anoche, pero estaba demasiado cansada, demasiado avergonzada, y la verdad, temía que no quisiera escucharme. Así que hoy tendré que enfrentarme a él en la oficina.

Salgo de casa con el corazón apretado, mirando la pantalla de mi móvil cada veinte segundos, preguntándome si debería enviarle un mensaje antes de llegar al trabajo. ¿Un “*lo siento*” bastará? No, necesita algo más. Necesita una disculpa sincera, cara a cara. Y con ese pensamiento, decido que es mejor hablar con él en persona, aunque mi estómago esté retorcido con un nudo de nervios.

Al llegar a la oficina, noto de inmediato que el ambiente es diferente, más pesado, más silencioso de lo habitual. Los susurros llenan el aire, y cuando entro en la sala de descanso, veo a un grupo de compañeros reunidos en un círculo, hablando en voz baja. Algo ha pasado. Mi primera reacción es que tiene algo que ver con Matías, pero cuando escucho las palabras “infarto” y “fallecimiento”, el pánico me golpea con fuerza.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, sin querer parecer demasiado alarmada, pero incapaz de ocultar la preocupación en mi voz.

—Don Antonio ha muerto —responde Víctor, con una voz grave que hace eco en mi cabeza.

Me quedo helada. No lo puedo creer. Sabía que estaba mal, pero no esperaba esto.

—Oh, Dios... —es todo lo que consigo decir. Las palabras no son suficiente para

expresar el vacío que siento de repente.

—Varios compañeros están diciendo de ir al tanatorio en un rato —añade Víctor—. No sé si querrás acompañarnos.

Asiento en silencio, sin dar una respuesta precisa. No puedo decir que tenga una relación cercana con los Santisteban, y creo que puede resultar incómodo estar rodeada por la familia de Matías, si bien soy consciente de que debo mostrar mis respetos. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Lo intentaré —respondo, tratando de sonar firme.

Me quedo un rato más en la sala de descanso, escuchando a los demás hablar de don Antonio, recordando anécdotas y compartiendo sus condolencias. Pero mi mente sigue en otra parte, pensando en Enzo, en lo mucho que necesito hablar con él antes de que la situación se complique aún más.

Finalmente, me dirijo a mi despacho, para ver si puedo concentrarme en algo, cualquier cosa, pero cuando abro la puerta, me encuentro con lo que menos esperaba: Matías está allí, esperándome.

—No pensaba que fueras a venir hoy. Acabo de enterarme... —digo sinceramente, sin rastro de la rabia que sentí ayer—. Siento mucho lo de tu padre.

—Gracias —responde, y por un momento veo al joven que conocí hace tantos años, vulnerable y perdido—. He venido porque tenía que recoger una documentación que nos han pedido los de la funeraria. Y ya que estaba por aquí, quería comentarte que, una vez que pase todo lo del entierro, voy a hacerme cargo de la empresa de manera definitiva. Es lo que mi padre hubiera querido. Confío en que, a partir de ahora, podamos llevarnos mejor.

Asiento, sin estar segura de qué quiere decir con eso. ¿Se refiere solo a lo estrictamente profesional, o hay algo más detrás de sus palabras? El recuerdo de lo que me dijo ayer, de que aún me amaba, flota en el aire como una nube amenazante, pero no tengo fuerzas para enfrentar eso ahora.

—Claro, Matías. Espero que podamos trabajar juntos en paz —respondo, optando por mantener las cosas en un terreno neutral. Este no es el momento para resolver nuestras diferencias personales.

—Gracias, Joe. —Me mira a los ojos, y por un instante, pienso que va a decir algo más, pero simplemente asiente, se levanta y se va, no sin antes dirigirme una última mirada silenciosa.

Me quedo sola en mi oficina, sintiéndome aún más confusa que antes y sin saber muy bien cómo lidiar con la presión adicional que puede suponer el que Matías se quede al mando de la empresa.

Después de un rato de estar dándole vueltas a todo, decido que es hora de enfrentar a Enzo. No puedo dejar que este malentendido se prolongue más. Necesito pedirle disculpas y asegurarme de que él sepa lo mucho que lo valoro, especialmente ahora que las cosas se han complicado tanto.

Salgo de mi despacho y lo encuentro en el suyo, trabajando con la misma intensidad de siempre, pero hay algo en su postura que me dice que no está bien. Me apoyo sobre el marco de la puerta, y cuando me ve, su expresión se suaviza, pero aún puedo ver el dolor en sus ojos.

—Enzo, ¿tienes un momento? —le pregunto, con una voz más suave de la que suelo usar

en la oficina.

—Supongo que sí. Pasa.

Cierro la puerta en busca de intimidad. Estoy tan nerviosa que apenas sé por dónde empezar.

—Enzo, quiero pedirte disculpas por lo que pasó anoche —suelto sin rodeos—. Estaba furiosa, y lo pagué contigo. Lo siento mucho.

—Parece que se está empezando a volver rutinario el pelearte conmigo cuando otros te sacan de quicio... —dice, pero lo interrumpo antes de que siga.

—Lo siento, de verdad. —Lo miro a los ojos, tratando de hacerle entender lo sinceras que son mis palabras—. Estaba alterada por la visita inesperada de Matías, y cuando llegaste, no supe cómo manejarlo. Te lo eché en cara, y no fue justo para ti.

Enzo suspira, y por un momento, me temo que va a decir algo que no quiero escuchar. Pero luego, sonrío suavemente. Se acerca a mí y me toma de la mano para tirar de ella hasta lograr abrazarme. Y eso es lo que más me reconforta.

—Está bien, Joe. Sé que estás pasando por mucho. No te culpo por reaccionar así. —Su voz es calmada y llena de comprensión—. Tienes suerte de que te quiera tanto —termina con humor, arrancándome una sonrisa.

—Gracias por entenderlo —respondo, mucho más aliviada—. De verdad, no sé qué haría sin ti. ¿Cuándo te volviste en alguien tan importante para mí?

—Bueno, supongo que tengo mi encanto y te ha sido imposible resistirte a él. —No reímos y lo beso en los labios para sellar la paz. Cuando nos separamos, el frota mis brazos y me mira con ternura—. Estoy aquí, Joe, y no planeo irme a ninguna parte —me dice en un tono más serio—. Pero en algún momento tendrás que enfrentar todo esto, ya sea conmigo o sola.

—Lo sé, Enzo. Y más ahora que Matías acaba de informarme de que se va a hacer cargo de la empresa de manera definitiva. No sé cómo manejar la situación para que resulte cómoda. No quiero que esto afecte a nuestro trabajo, pero... —mi voz se quiebra un poco al decirlo, revelando cuánto me preocupa todo esto.

—Joe, pase lo que pase, vamos a enfrentarlo juntos —afirma con determinación, y siento su apoyo como un ancla en medio de una tormenta.

Me abraza con fuerza, y por un momento, todo el caos de mi vida parece disiparse. Pero sé que no podemos quedarnos así para siempre. Hay decisiones que tomar, verdades que enfrentar, y una conversación que llevo evitando durante años.

—Enzo... hay algo más que debo hacer —digo, mientras nos separamos ligeramente—. Esta noche apenas he podido pegar ojo y, aunque me cueste, creo que igual debería hablar con Claudia. No sé cómo puede acabar todo esto y, antes de que puedan llegarle historias que no son ciertas, o malas interpretaciones que la confundan, he llegado a la conclusión de que debo ser yo quien le cuente la verdad. No es necesario que entre en detalles, pero igual tiene derecho a conocer por qué nunca le he hablado de su padre.

Él asiente, su expresión comprensiva.

—¿Ella nunca te ha preguntado al respecto?

—Cuando era pequeña, no entendía por qué sus amigas tenían papá y ella, no. Incluso

aquellas cuyos padres estaban separados, ella veía como unas veces estaban con su mamá, y otras con su papá. Pero yo solo le dije simplemente que su papá no estaba. No le expliqué nada más y di por sentado que ella había llegado a la conclusión de que nunca estaría en su vida. Nuestra pequeña familia siempre ha estado formada por nosotras dos, además de sus abuelos y sus tías, y ella lo asumió como algo normal. Si tuvo curiosidad por saber más, nunca me lo llegó a preguntar. Y lo cierto es que yo lo dejé pasar. Sin embargo, ya no es una niña, sino una mujer a punto de cumplir la mayoría de edad. Me da miedo que pueda pensar mal de mí, de mi forma de actuar, pero, quizás ha llegado el momento de hablar de cómo ella llegó a mi vida.

Enzo me escucha con atención, hasta que finalmente, asiente.

—Es lo correcto, Joe. Como bien dices, Claudia es una mujer casi adulta. Seguro que sabrá entenderlo. Y si te quiere tanto como yo sé que lo hace, lo superará. No la subestimes.

—Tienes razón... —murmuro, con un nudo en la garganta. La idea de enfrentarme a mi hija con la verdad me aterra, pero sé que Enzo tiene razón. No puedo seguir escondiéndome del pasado.

Nos quedamos un rato más en el despacho, en silencio, compartiendo una paz momentánea antes de volver a la realidad del trabajo. Sé que los días que están por venir serán duros, pero al menos sé que no estoy sola en esto.

Con un suspiro, nos preparamos para salir. Enzo me dirige una última mirada antes de abrirme la puerta.

—Recuerda, Joe. Pase lo que pase, siempre estaré aquí para ti.

CAPÍTULO 20

La quietud en la casa es casi palpable, como si las paredes mismas estuvieran conteniendo la respiración, esperando a que se rompa el equilibrio frágil de la rutina diaria. Claudia está en su habitación, probablemente escuchando música o viendo alguna serie, completamente ajena a la tormenta que se está gestando en mi interior. Mi corazón late con fuerza, y siento un nudo en el estómago que no se ha deshecho desde que decidí que hoy sería el día.

Camino por el pasillo, cada paso más pesado que el anterior, como si un imán me estuviera tirando hacia atrás, instándome a no hacerlo. Pero sé que ya no puedo seguir posponiéndolo. Claudia merece saber la verdad, toda la verdad. No puedo seguir viviendo con esta carga, y tampoco puedo esperar a que Matías tome el control de la situación. Si alguien va a hablar con mi hija sobre su origen, esa persona debo ser yo.

Llego a la puerta de su habitación y me detengo un momento. Respiro hondo, tratando de calmar los nervios que me recorren como una corriente eléctrica. Levanto la mano y llamo con suavidad.

—Claudia, ¿puedo entrar?

—Claro, mamá, pasa —responde desde dentro, con su tono despreocupado de siempre.

Abro la puerta y la encuentro sentada en su escritorio, con la mirada concentrada en la pantalla del ordenador. Cuando me ve, se quita los auriculares y me sonríe.

—¿Qué pasa? —pregunta, curiosa.

—¿Podemos hablar un momento? —le digo, tratando de mantener mi voz firme, aunque siento que se me quiebra un poco.

—Por supuesto, ¿qué te ocurre? —Cierra el portátil y se gira hacia mí, su expresión se vuelve más seria cuando nota mi inquietud.

Me siento en el borde de su cama, frotando mis manos nerviosamente. Ella se acerca y se sienta a mi lado, esperando a que empiece. Por un momento, me pregunto cómo abordar el tema, pero sé que no hay manera fácil de hacerlo, así que decido ser directa.

—Claudia, hay algo que necesito contarte, algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo —empiezo, y ya puedo ver la preocupación en sus ojos—. Es sobre tu padre...

Ella me mira perpleja, sin parpadear, y asiente lentamente.

—¿A qué viene eso ahora? —pregunta, entre extrañada y sorprendida. Apuesto lo que sea a que jamás hubiera imaginado que aquel fuera el motivo por el que la he buscado.

—Porque quizás ha llegado el momento de que sepas de él.

Mueve la cabeza arriba y abajo lentamente, como invitándome a continuar, aunque en sus ojos puedo leer la duda de si es mejor saber o seguir ignorante como hasta ahora.

—Sólo si tú quieres, claro está —la conmino a que sea ella quien tome la decisión, si así lo desea.

—¿Por qué no? —dice finalmente, dándome vía libre.

—Sé que nunca hemos hablado de él. Al menos, no mucho. Siempre evité el tema porque pensé que era lo mejor para ti... y para mí. Pero ahora, están ocurriendo cosas que no sé cómo te pueden afectar. Ya no eres una cría y he pensado que ha llegado el momento de que sepas la verdad.

—¿La verdad? —su voz es suave, casi como si no quisiera escuchar lo que estoy a punto de decir—. Siempre pensé que mi padre... bueno, que él no estaba en nuestras vidas porque había muerto o... porque nos había abandonado. Nunca quise preguntarte demasiado para no hacerte daño.

Me duele escucharla decir eso. Todo este tiempo, mi hija ha estado viviendo con una historia incompleta, haciendo sus propias suposiciones para llenar los vacíos que dejé sin rellenar. Me siento culpable por no haber sido más abierta con ella.

—Claudia, él no nos abandonó porque no quisiera estar con nosotras. La verdad es que... jamás supo siquiera de tu existencia —digo, tratando de medir mis palabras con cuidado.

Ella frunce el ceño, procesando lo que le acabo de decir.

—¿Cómo que no lo sabía?

Tomo aire, sabiendo que lo que viene es lo más difícil.

—Cuando yo era joven, no mucho más mayor que tú, tuve una relación con el hombre que conociste el otro día... Matías —comienzo, viendo cómo su rostro cambia ligeramente al escuchar ese nombre.

—¿Tu jefe?

—El hijo de mi jefe, por aquel entonces... Fue mi mentor y acabé enamorándome de él como una tonta, sin saber que él estaba casado en ese momento. Cuando lo descubrí, rompí con él y traté de seguir adelante con mi vida. Fue una época muy difícil para mí, y una noche... bueno, una noche que me sentía particularmente vulnerable, salí dispuesta a olvidar y admito que bebí más de la cuenta. Fue después de esa noche que me enteré de que estaba embarazada de ti.

Claudia se queda en silencio, asimilando todo lo que le estoy contando. Sé que esto es mucho para ella, y me duele verla así, pero también sé que necesita saberlo.

—Y, ¿ese hombre con quien supongo pasaste la noche... es mi padre?

—Así es. Se llamaba Roberto, pero nunca más supe de él. Era un veraneante que, como vino, se fue. No puedo darte ningún detalle de él, y eso... reconozco que me avergüenza.

—Y, ¿qué pasó con Matías? ¿Cómo se lo tomó cuando se enteró que estabas embarazada?

—Nunca se lo conté —continúo—. No quería complicar aún más las cosas, ni para él, ni para mí, ni para ti. A tus abuelos casi les da algo cuando supieron que tú estabas de camino, pero decidieron apoyarme. Por aquel entonces, me acababa de independizar y ellos me pidieron que regresara a casa para ayudarme a criarte, pero ya sabes lo cabezota que soy. Decidí hacerlo sola, porque creía que era lo mejor. No fue fácil, pero nunca me arrepentí de esa decisión, porque hoy te tengo a ti.

—Y, ¿por qué me cuentas esto ahora? ¿Qué me importa saber que mi padre se llama Roberto y que nunca sabré de él más que su nombre? —pregunta con un tono que mezcla

confusión y cierta incredulidad.

—Porque Matías se ha montado la película de que tú eres hija suya —le explico—. Pero yo sé que él no es tu padre biológico.

Claudia me mira fijamente, y aunque puedo ver el torbellino de emociones en sus ojos, también noto una calma pasmosa.

—¿Y tú le has explicado que no es así?

—Lo he intentado, pero no me cree. Por eso se plantó aquí el otro día, porque quería conocerte.

—Y por eso te enfadaste tanto y me dijiste que me fuera a casa de Laura, ¿no?

—Así es.

Claudia asiente, pensativa, y luego, con una firmeza que me sorprende, dice:

—Mamá, si quieres demostrarle al hijo de tu jefe que él no tiene nada que ver conmigo, no tengo ningún problema en hacerme una prueba de ADN. Pero, aunque lo fuera, para mí un padre es algo más que una cuestión de sangre. Es quien está ahí, quien te cuida, te cría y te ama. Suponiendo que él fuera mi padre biológico, nunca lo he echado de menos. No he necesitado una figura paterna porque tú siempre has estado ahí para mí.

Sus palabras me conmueven profundamente. Durante tantos años, temí que Claudia sintiera la falta de un padre, que hubiera un vacío en su vida por mi culpa. Aunque más temí que me juzgara con dureza, cuando supiera que de su padre no tengo más que un triste nombre que ofrecerle. Ahora veo que subestimé su fortaleza, su capacidad de entender y, sobre todo, de amar.

—Claudia, me preocupa lo que pueda pasar si Matías decide tomar medidas legales. No quiero que te veas arrastrada a algo que no pediste —le digo, tratando de prepararla para cualquier escenario posible.

Ella se encoge de hombros con una tranquilidad que me deja pasmada.

—¿Eso es lo que te ha tenido con la cara de preocupación estos últimos días? —Simplemente, se encoge de hombros—. Ya te lo he dicho: Si eso ocurre, me haré las pruebas. No tengo nada que temer, mamá. Como te he dicho, no es solo la sangre lo que cuenta. Si él es mi padre, lo sabremos, y si no lo es... bueno, tampoco he echado en falta algo que nunca tuve.

Me quedo mirándola, admirando la madurez con la que está manejando todo esto. Por un momento, me siento como la hija en esta situación, buscando la guía y el apoyo de una madre que sabe exactamente lo que hay que hacer.

—Claudia, hay algo más... —empiezo a decir, sabiendo que esta parte de la conversación es igual de importante—. Necesito ser honesta contigo. Matías fue alguien muy importante para mí en el pasado, pero ahora... ahora estoy empezando algo con Enzo.

Ella parece aguantar la risa.

¿En serio? ¿Se está riendo de mí?

—¡Menuda sorpresa...! —aventura, como si no hubiera llegado por sí misma a esa conclusión— Ya decía yo que algo había detrás de tanta visita sorpresa...

—¿No te molesta?

—¿Por qué habría de hacerlo? Solo quiero que seas feliz —reconoce, encogiéndose de

hombros—. Además, si estás con Enzo, ¿por qué te preocupa tanto Matías? —me pregunta, como si estuviera tratando de unir las piezas de un rompecabezas.

—Porque su regreso ha removido muchas cosas, y no quiero que eso interfiera en lo que estoy construyendo con Enzo —le explico—. Además, también tengo miedo de que todo esto afecte a mi trabajo. Al fallecer don Antonio, Matías va a ser quien se quede ahora al mando de la empresa, y no sé cómo manejar esa dinámica.

Claudia se queda pensativa por un momento, y de nuevo su lógica me sorprende.

—Mamá, ¿por qué no consideras buscar otro empleo? Tal vez sea el momento de pensar en lo que realmente quieres.

Sus palabras me golpean como una revelación. Nunca había considerado dejar mi trabajo, porque siempre lo vi como una garantía, algo que necesitaba para mantenerme estable, especialmente siendo madre soltera. Sin embargo ahora, con todo lo que está pasando, me doy cuenta de que tal vez he estado aferrándome a algo que ya no me sirve, por miedo al cambio.

—No me lo había planteado —admito, sintiendo cómo la idea empieza a tomar forma en mi mente—. Quizá tengas razón, Claudia. Tal vez es hora de pensar en otras alternativas.

Ella me sonríe, y en ese momento, siento una oleada de gratitud y amor por mi hija. Es increíble lo mucho que ha crecido, lo mucho que ha aprendido. Y ahora, es ella quien me está ayudando a encontrar mi camino.

Nos abrazamos, y por primera vez en mucho tiempo, siento que puedo respirar con tranquilidad. La conversación con mi hija no ha sido fácil, pero era necesaria. Ahora, lo único que queda es decidir qué hacer con toda esta nueva claridad. Y, por primera vez, siento que puedo tomar una decisión no basada en el miedo, sino en lo que realmente quiero para mí y para mi hija.

Mientras nos separamos del abrazo, Claudia me da un último consejo.

—Mamá, sea lo que sea que decidas hacer, solo recuerda una cosa: tienes que vivir tu vida para ti, para nadie más.

Asiento, sintiendo que esas palabras son exactamente las que necesitaba escuchar.

CAPÍTULO 21

Empieza a despuntar la luz del día cuando me acerco al edificio de la compañía, y por primera vez en mucho tiempo, siento que las cosas están volviendo a su lugar. La conversación de anoche con Claudia fue como un bálsamo para mi alma, y aunque sé que aún quedan muchos cabos sueltos, tengo la sensación de que puedo manejar lo que esté por llegar. Al menos, eso me digo a mí misma mientras cruzo la puerta de cristal y saludo a la recepcionista, que me devuelve la sonrisa con su habitual entusiasmo matutino.

Pero esa paz interior se desvanece tan pronto como me adentro en los pasillos, rumbo a mi departamento. De camino hacia mi despacho, me detengo cuando veo a Víctor, quien parece estar esperándome. Su expresión es una mezcla de preocupación y algo que podría describir como desasosiego.

—Joe, ¿tienes un minuto? —pregunta en voz baja, casi conspirativa.

—Claro, ¿qué pasa? —respondo, notando el nerviosismo en su voz.

—Es sobre Enzo... —comienza, y mi corazón da un vuelco—. Matías lo ha despedido.

—¿Qué? —casi grito, y Víctor me hace un gesto para que baje la voz.

—Sí, esta mañana. Le dije que ya no cuenta con él, que su contratación fue cosa de su padre y que ahora, con don Antonio... bueno, ya sabes, todo ha cambiado. Va a reestructurar el departamento de marketing. Tú te quedas al mando como hasta ahora, conmigo como apoyo, y trabajarás directamente con Matías. Como en los viejos tiempos, o eso nos ha dicho —explica, sus palabras impregnadas de un tono sombrío.

Siento cómo la indignación empieza a hervirme en la sangre. ¿Cómo se atreve Matías a tomar esta decisión sin siquiera consultarme? Enzo es una pieza fundamental en el equipo, y no solo por su habilidad, sino también porque... bueno, porque es Enzo. Y que Matías quiera restablecer lo que teníamos antes es algo que no puedo aceptar. No después de todo lo que ha pasado.

—Esto es una cacicada —mascullo, apretando los dientes—. Enzo no merece esto.

—Lo sé —asiente Víctor, quien parece casi aliviado de que comparta su opinión—. Pero Matías es el jefe ahora, y parece que quiere imponer su ley.

—¿Y Enzo? —pregunto, con un nudo en la garganta.

—Está en su oficina... recogiendo sus cosas —dice Víctor con un suspiro.

Sin perder un segundo, me dirijo al despacho de Enzo, con las emociones desbordándose en mi interior. La furia y la sensación de injusticia que siento solo son comparables al desconcierto. ¿Cómo se supone que voy a trabajar con Matías después de esto?

Al llegar y, para mi sorpresa, lo encuentro sonriendo mientras mete sus pertenencias en una caja. No hay rastro de enojo en su rostro, lo cual me descoloca aún más.

—Enzo, ¿qué demonios estás haciendo? —le inquiero, sin poder ocultar mi frustración.

—Bueno, por tu cara, intuyo que ya te has enterado de la noticia del día. Así que, respondiendo a tu pregunta, hago lo que se supone que debo hacer en estos casos—responde con una ligera mueca—: Recogiendo mis chismes. Lo único que lamento es no haber robado más bolígrafos de la empresa.

—¡No lo voy a permitir! —exclamo, indignada.

—¿El qué? ¿Qué robe un puñado de bolis antes de irme? —dice con guasa.

—Enzo, por favor, esto es serio. —Su tono ligero y desenfadado me deja atónita. ¿Cómo puede estar bromeando en un momento así?

—Piensa en la parte positiva: no tendré que fingir una sonrisa cuando Matías quiera invitarte a una “reunión privada” en su oficina. Me ahorro un montón de terapia con eso. —Le lanzo una mirada que podría derretir el acero, pero él simplemente se encoge de hombros—. Mira, Joe —continúa, adoptando un tono un poco más serio—, sé que esto no es lo ideal, pero siendo realistas, trabajar con Matías hubiera sido complicado. Digamos que no soy su persona favorita, y todos sabemos por qué. Además, es obvio que la situación se iba a volver incómoda para todos. Mejor así. Tú sigues aquí, Víctor recupera su despacho... y yo, bueno, yo no tengo que aguantar las miradas de muerte de Matías cada vez que te dirija la palabra.

—No es justo, Enzo. Tú eres parte del equipo, y eres bueno en lo que haces. No voy a dejar que te vayas así, sin más. —No puedo creer que esté tomándose esto tan a la ligera. Quiero zarandearlo hasta que se dé cuenta de lo mucho que importa.

Pero Enzo, como siempre, se las arregla para poner las cosas en perspectiva, aunque sea de la manera más irritante posible.

—Joe, cariño, me lo tomo en serio. Es solo que no vale la pena enfadarse por algo que no podemos cambiar. ¿Matías quiere el control? Pues que lo tenga. Y mientras tanto, yo buscaré un trabajo donde el jefe no esté enamorado de mi chica. Si lo piensas bien, suena como el argumento de una telenovela barata, ¿no crees?

Cariño. Su chica. Esas pocas palabras hacen que mi corazón se estremezca. Pero no es suficiente para calmar mi enfado.

—Esto no es un juego. No puedes simplemente recoger tus cosas y dejar que Matías se salga con la suya.

—Créeme, lo último que quiero es causarte más problemas. Pero sinceramente, creo que esto era inevitable. Matías tiene poder aquí, y siendo honesto, no quiero estar en medio de... bueno, de lo que sea que él tenga planeado. No es saludable para nadie.

—¿Y qué hay de nosotros? —le pregunto, con la voz cargada de frustración.

—Nosotros estaremos bien. Esto no cambia lo que sentimos el uno por el otro. Si acaso, lo simplifica. Ahora no tendremos que preocuparnos por quién ve qué en la oficina. Podremos ser nosotros mismos... fuera de estas cuatro paredes —dice, su sonrisa se suaviza, haciéndome sentir una mezcla de ternura y enfado.

—Enzo, yo... —empiezo, pero él me interrumpe.

—Mira, sé que estás cabreada, pero quiero que sepas que esto no tiene que cambiar nada si lo que queremos es estar juntos. Mi despido es solo un pequeño inconveniente, no el fin del mundo. Además, me está dando la oportunidad de dar un giro dramático en mi vida: tal vez me

convierta en un monologuista o en un crítico de cine independiente. Siempre quise encontrar un empleo donde se valore el sarcasmo como habilidad profesional.

Sus bromas deberían aliviar la tensión, pero solo logran que me sienta más frustrada. ¿Cómo puede tomarse esto con tanta calma?

—Deja de hacer chistes, Enzo, que además son muy malos. Estoy hablando en serio —le digo, cruzándome de brazos.

—Joe, si no hago chistes, me derrumbaré. Y estoy seguro de que no te gustaría ver a un hombre de mi tamaño llorando por los suelos. Resultaría un espectáculo bastante lamentable y patético— responde con una sonrisa traviesa.

No puedo evitar que una risa nerviosa se me escape. Este hombre es imposible.

—No voy a dejar que te vayas —insisto.

—A veces, dejar ir es lo mejor que uno puede hacer. Además, ¿quién sabe? Tal vez esto sea una señal para empezar algo mejor. Y si no, siempre puedo volver a lo que hacía antes: a mis conferencias y mis charlas motivadoras, ya sabes...

—Enzo, deja de meter tus cosas en esa caja que me estás poniendo de los nervios. Voy a hablar con Matías —le digo, con la determinación ardiendo en mis ojos.

—Joe, no lo hagas —me pide, y su tono ahora es serio, sin rastro de chanzas.

—No lo estoy haciendo por ti, Enzo. Lo estoy haciendo porque es lo correcto. Matías no puede decidir esto sin consultarme. Si estoy al mando del departamento, entonces merezco que mi opinión sea oída.

—En serio, no hace falta —dice, ahora con un tono más apaciguador—. Lo último que quiero es que termines enfrentándote a él por algo que, al final del día, no cambiará mucho. Matías ha tomado su decisión, y la verdad, no quiero que esto se convierta en un tira y afloja entre los dos.

—Voy a hablar con él, y nada de lo que digas va a detenerme —respondo, con una firmeza que lo deja sin palabras por un momento.

Él suspira y me mira con una mezcla de admiración y resignación.

—Eres un hueso duro de roer, Joe. Está bien, haz lo que consideres. Pero por favor, no te olvides de que, pase lo que pase, nosotros estamos bien.

—Lo sé. Sin embargo, no puedo simplemente quedarme de brazos cruzados mientras Matías se sale con la suya.

Él me mira durante unos segundos, como si quisiera decir algo más, pero termina por asentir.

—Está bien, ve y lucha tu batalla, mi guerrera. Solo recuerda que no puedes salvar a todos, a veces, solo puedes salvarte a ti misma.

Le lanzo una última mirada antes de darme la vuelta y salir del despacho. Mi corazón late con fuerza mientras camino hacia la oficina de Matías. Estoy furiosa, indignada, y no pienso dejar que se salga con la suya sin presentar pelea.

Cuando llego a la puerta de la oficina de Matías, respiro hondo antes de llamar. Estoy lista para enfrentarme a él, cueste lo que cueste. Y aunque no sé cómo terminará esta

conversación, sé que estoy haciendo lo correcto.

CAPÍTULO 22

Entro sin más, con la cabeza bien alta y el enfado reflejado en cada uno de mis gestos. Matías levanta la vista de su escritorio, claramente sorprendido por mi entrada abrupta.

—¿Querías algo, Joe? —pregunta, su tono pretendidamente calmado, pero puedo ver en sus ojos que sabe que no vengo precisamente a tomar un café.

—¿De verdad me lo preguntas, Matías? —le respondo, cruzándome de brazos—. ¿Acaso creías que no iba a venir a preguntarte por qué has despedido a Enzo sin ninguna razón válida?

Él suelta un suspiro pesado y se recuesta en su silla, como si mi indignación fuera una pequeña molestia con la que tiene que lidiar antes de seguir con su día.

—Joe, es una decisión empresarial. Enzo fue una contratación de mi padre, y ahora que él ya no está, tengo que tomar las riendas y hacer los cambios que considere necesarios. Y Enzo... simplemente no encaja en la visión que tengo para la empresa.

—¿No encaja en tu visión? —repito, con incredulidad—. Enzo es uno de los profesionales más competentes que tenemos. Aporta ideas frescas, es creativo, y, por si no lo sabías, estamos trabajando en nuevos proyectos para expandir la marca y alcanzar un público más amplio. Pero claro, eso a ti no te importa, ¿verdad?

Matías me mira fijamente durante unos segundos, y puedo ver cómo su expresión se endurece ligeramente.

—No puedo trabajar con él, Joe. No podría soportar verlo todos los días, sabiendo que está contigo —dice, su voz baja, casi un susurro, pero cargada de una intensidad que me enfurece aún más.

—¿Y qué pasa si está conmigo? —le espeto, avanzando un paso hacia su escritorio—. ¿Crees que, porque lo echas, nos vas a separar?

—No lo entiendes, Joe. Es mucho más complicado de lo que parece —intenta justificarse, pero no estoy dispuesta a escuchar excusas.

—No, Matías, no lo es. Es simple. Estás dejando que tus sentimientos personales interfieran con las decisiones de la empresa. Y eso no solo es poco profesional, es inmaduro.

Él entrelaza las manos sobre la mesa y me mira con una mezcla de frustración y algo que podría describir como... desesperación.

—Joe, sé cómo eres y cómo trabajas. Por eso quiero ofrecerte algo que mereces desde hace tiempo: quiero reconocer tu posición en la empresa, algo que mi padre nunca llegó a hacer y esa sí es una injusticia que debe ser remediada cuanto antes. Sé la directora de contenidos de forma oficial. Podrás formar un nuevo equipo, tendrás el control total sobre tu departamento. Te aumentaré los presupuestos para publicidad, lo que quieras. Solo necesito que sigamos trabajando juntos como lo hacíamos antes.

La propuesta me toma por sorpresa, pero no por las razones que él cree. No es la oferta en sí lo que me descoloca, sino el hecho de que Matías piense que puede resolverlo todo

lanzando poder y recursos sobre la mesa, como si eso fuera a borrar de un plumazo todos los problemas.

Lo miro directamente a los ojos, con una determinación que siento arder en mi interior.

—Matías, ya no me interesa trabajar contigo. Del pasado no quiero rescatar absolutamente nada —le digo, mi voz firme y clara.

Él parpadea, como si no terminara de comprender mis palabras. Está claro que no esperaba esta respuesta. No de mí.

—Joe, por favor. No tienes que tomar una decisión precipitada. Puedo ofrecerte tantas cosas... proyectos, oportunidades... —intenta seguir, pero lo corto de inmediato alzando la mano.

—No. No se trata de lo que me ofrezcas. Se trata de lo que ya no quiero. Y no quiero volver a un pasado donde todo se decide sin consultarme, donde no tengo voz ni voto, donde tú piensas que con promesas y halagos puedes controlar mi vida.

—¿Controlar tu vida? —pregunta, con un tono de incredulidad—. No es eso lo que intento hacer. Quiero ayudarte a crecer, a avanzar en tu carrera.

—¿Y qué pasa con mi vida personal? ¿Con lo que yo quiero para mí? —le espeto, sintiendo cómo la frustración me invade—. ¿Crees que esto es solo una cuestión de trabajo? Es mucho más que eso. Es mi vida, mi dignidad. Y no voy a permitir que la pisotees por segunda vez.

Matías se queda callado por un momento, y su mirada cambia. Ahora hay algo de tristeza en sus ojos, algo que tal vez nunca había visto antes.

—Joe, sé que cometí errores en el pasado. Pero también sé que lo que teníamos era real. Lo que sentíamos el uno por el otro no fue un error. Solo quiero que me des una oportunidad de demostrarte que esta vez puede ser diferente.

Mis manos se tensan en puños a los lados de mi cuerpo. *Otra vez con lo mismo...*

—Por si no te has enterado la primera vez, te lo repito una segunda: no quiero rescatar nada del pasado. No voy a darle una segunda oportunidad a algo que, para mí, murió hace mucho tiempo. —Mis palabras son duras, pero necesarias. No puedo seguir permitiendo que él crea que aún tiene algún poder sobre mí.

—¿Todo esto es por Torres? —pregunta, con un tono que sugiere más dolor de lo que esperaba—. ¿De verdad vas a dejar todo esto por un hombre al que conoces desde hace apenas tres meses?

Es que encima, es corto de miras...

—No lo estoy haciendo por él. Lo hago por mí. Por mi dignidad, por lo que quiero para mi vida. Y quizás, eso es lo que debí hacer 18 años atrás cuando tuve la ocasión y lo dejé pasar por miedo, por pensar que no podía hacerlo sola. Pero ya no soy la misma, Matías. He cambiado. He crecido.

Su mandíbula se tensa, y puedo ver que está luchando por mantener la calma.

—¿Y qué pasa con Claudia? —pregunta finalmente, cambiando de táctica—. Si ellas es mi hija, no podrás sacarme de vuestras vidas.

—Claudia sabe la verdad, Matías. Y para ella, eso es suficiente. —Mis palabras salen con

una frialdad que ni siquiera yo conocía en mí misma—. Si quieres, ella está dispuesta a hacerse una prueba que demuestre que no te he mentado. Pero eso no cambiará nada entre nosotros. Aunque fueras su padre, eso no te da derecho a decidir por nosotras. Saliste de nuestras vidas hace mucho tiempo, y no hay vuelta atrás.

Matías parece aturdido, como si no pudiera asimilar lo que estoy diciendo. Pero para mí, todo está más claro que nunca.

—Joe... —intenta una vez más, pero yo ya he tomado mi decisión.

—No, Matías. Esto es el final. —Me giro hacia la puerta, sintiendo un peso enorme levantarse de mis hombros—. Y quiero que sepas que, aunque no te guardo rencor, tampoco voy a permitir que sigas interfiriendo en mi vida.

—¿Estás segura de esto? —pregunta, con una última esperanza brillando en sus ojos.

Me vuelvo hacia él, con la cabeza en alto y una dignidad renovada.

—Más segura que nunca —sentencio antes de dar media vuelta y salir de su despacho, cerrando la puerta tras de mí.

Mientras camino, siento una mezcla de emociones que oscilan entre la liberación y la tristeza. Pero, sobre todo, siento orgullo. Orgullo por haber tomado una decisión que hace tiempo debí tomar. Orgullo por haber elegido lo que es mejor para mí, no para Matías, no para Enzo, sino para mí.

Cuando llego de vuelta al despacho de Enzo, él aún sigue recogiendo sus cosas; lo hace con una calma que me irrita. Pero al verme entrar, detiene lo que está haciendo y me mira con curiosidad.

—¿Cómo fue? —pregunta, aunque su tono sugiere que ya sabe la respuesta.

—Le dije que me voy —respondo, cruzando los brazos.

Enzo parpadea, claramente sorprendido.

—¿Te... te vas? —repite, como si no pudiera creer lo que está escuchando —. ¿A dónde?

—Ni idea. Solo sé que aquí no me quedo más. He llegado a la conclusión de que necesito un cambio, y este es el momento.

Enzo me mira durante unos segundos, y puedo detectar una mezcla de emociones cruzando su rostro. Finalmente, una sonrisa suave aparece en sus labios.

—Siempre supe que eras una mujer valiente —dice, acercándose a mí—. Y aunque esto no es lo que esperaba que pasara, estoy orgulloso de ti. Sea lo que sea lo que venga después, lo enfrentaremos juntos, ¿de acuerdo? —dice, y su tono es tan sincero que no puedo evitar sonreír.

—De acuerdo —respondo, apretando su mano con fuerza.

Juntos, salimos del despacho, dejando atrás no solo una oficina, sino todo un pasado que ya no tiene lugar en nuestras vidas. Y aunque el futuro es incierto, sé que, con Enzo a mi lado, estoy lista para enfrentarlo.

Sea lo que sea lo que venga, estoy lista.

EPÍLOGO

Cinco meses después

El sol brilla con toda su intensidad mientras miro por la ventana de mi nuevo despacho. Bueno, llamarlo despacho es un poco pretencioso; en realidad, es la esquina mejor iluminada de nuestro salón. Pero, ¿quién necesita una oficina de lujo cuando tienes la mejor vista del mar y una taza de café recién hecho al alcance de la mano?

—¿Me estás ignorando a propósito o es que ya te has quedado sin batería mental? —La voz de Enzo interrumpe mis pensamientos, y cuando giro la cabeza, lo veo apoyado en el marco de la puerta, con una sonrisa burlona en el rostro.

—Estaba pensando en cómo redactar un correo para ese cliente italiano que insiste en que su logo debe ser “*más rojo*”. —Respondo con un suspiro, rodando los ojos.

Enzo se acerca, rodea mi cintura y me abraza desde atrás.

—Te sugiero que le digas que el rojo Ferrari es la mejor opción y que, si quiere algo más rojo que eso, lo mejor es que le encargue una pintura especial a algún artista moderno.

Río, dejando escapar la tensión del día, y me recuesto contra su pecho mientras él empieza a mecernos. Es increíble cómo han cambiado las cosas en estos últimos cinco meses. Quien hubiera pensado que acabaría aquí, en mi propia casa, llevando una empresa de marketing digital con un hombre que hace menos de un año era un completo desconocido, pero que ahora se ha convertido en una parte fundamental de mi vida.

—Por cierto, he hablado con el cliente de la tienda de vinos en La Rioja —dice Enzo, mientras apoya su barbilla sobre mi cabeza—. Está encantado con las nuevas estrategias de redes sociales. Dice que las ventas han aumentado un 20% en los últimos dos meses.

—Me alegra escucharlo. —Sonrío, satisfecha de que nuestro trabajo esté dando sus frutos—. Nunca pensé que me gustaría tanto trabajar desde casa y poder diversificar nuestro enfoque. No es que el vino no me guste, pero poder trabajar con marcas de moda, tecnología e incluso esa tienda de plantas exóticas... es refrescante.

—Quién lo diría, ¿eh? —responde él, ladeando la cabeza para mirarme con una sonrisa cómplice—. Nos hemos convertido en unos auténticos emprendedores digitales. Aunque... —Enzo hace una pausa dramática—. No sé si estarías aquí si no te hubieras dado cuenta de lo mal que Matías lleva los rechazos.

Río y niego con la cabeza.

—Te aseguro que esto no tiene nada que ver con él. Si me hubiera quedado, seguramente habría terminado estrellándole mi portátil en la cabeza, o directamente, lanzándolo por la ventana. —Bromeo, recordando todas las veces que Matías intentó convencerme para que volviera a la empresa.

—Me alegro de que Víctor haya ocupado tu puesto. Después de diez años trabajando

codo con codo contigo, se merecía que le dieran una oportunidad. Y aunque le fastidie, Matías al final va a tener que admitir que tiene allí a un profesional como la copa de un pino.

—Lo sé. Víctor es muy competente, y el departamento está en buenas manos con él. —Asiento, satisfecha con mi decisión de haber dejado ese capítulo atrás.

Enzo sonríe con un brillo juguetón en los ojos.

—Además, te has encontrado, sin tú saberlo, con un cocinero de primera, aunque el hecho de que me haya vuelto un enamorado de la gastronomía gaditana la tiene tu hija. Claudia me ha enseñado a preparar unas tortillas de camarones que están para chuparse los dedos. Si eso no es un final feliz, no sé qué lo es.

—Bueno, pero que conste que a ella se lo enseñé yo... —me froto las uñas de las manos sobre mi hombro para apuntarme el tanto.

—Pues perdona que te lo diga, cielo, pero las de tu hija están más buenas que las tuyas, y ya no digamos las mías... Eso no me lo puedes negar, que le he cogido un punto que ya quisiera el *Chef del Mar* hacerlas tan ricas.

—Cierto, muy cierto —respondo, riendo—. No puedo sino admitir que me encanta lo bien que te has adaptado a esta ciudad y a esta vida.

Lo que Enzo ha logrado en estos meses es realmente admirable. Decidió quedarse en Cádiz, conmigo y con Claudia, dejando atrás su vida nómada para asentarse aquí. Y aunque al principio tenía sus dudas, especialmente por cómo afectaría esto a Claudia, la realidad es que la convivencia ha sido mucho más fácil de lo que ambos imaginábamos.

—Claudia me lo pone fácil. Es una chica con la cabeza muy bien amueblada. Y, además, es una alumna aventajada. No me canso de hablar con ella sobre creatividades y sobre cómo puede crear su propia marca personal desde ahora mismo.

—No me sorprende. Ella tiene un don para esto. Quién sabe, quizá en unos años tengamos que contratarla para que nos ayude a expandir nuestra empresa. —Le digo, bromeando, pero con un fondo de verdad.

—Y hablando de la empresa, he estado pensando en que podríamos hacer más talleres online. La última vez que hice uno, tuvimos muy buena respuesta. ¿Qué te parece? —Enzo sugiere, siempre con la mente en marcha, buscando nuevas ideas para crecer.

—Me parece perfecto. —Asiento—. Y ya que estamos, podríamos hacer un taller conjunto. Tú te encargas de la parte técnica y yo de la parte creativa.

—Me parece una idea brillante. —Enzo sonríe ampliamente—. A veces pienso que somos el equipo perfecto, Joe. Tanto en el trabajo como en... —deja la frase en el aire, mirándome con una expresión que me hace sonreír de inmediato.

—¿En qué, Enzo? —Le provoco, disfrutando del juego.

—En todo lo demás —responde, sin dudar, mientras se inclina para besarme.

Nuestros labios se encuentran, y el mundo se reduce a ese instante de complicidad y amor que compartimos. Es un beso que no solo reafirma nuestra relación, sino también todo lo que hemos construido juntos en tan poco tiempo.

Cuando nos separamos, ambos sonreímos, sabiendo que hemos encontrado algo especial en el otro. No ha sido un camino fácil, pero ha valido la pena.

—¿Y qué hay de Matías? —me pregunta de repente, con un tono desenfadado—. ¿Sigues acosándote con ofertas de trabajo?

Suelto una carcajada.

—Lo ha intentado unas cuantas veces, pero creo que finalmente ha entendido que no voy a volver. Especialmente después de que las pruebas de ADN confirmaran que Claudia no es su hija.

—Bueno, al menos no puede seguir insistiendo en eso —dice Enzo, con un gesto de alivio—. Aunque lo imagino frustrado, sin poder controlar la situación como le gustaría.

—Sí, pero tiene a Víctor. Y como dije antes, la empresa está en buenas manos. —Asiento, segura de que tomé la decisión correcta al salir de allí.

—¿Y tú? ¿Estás contenta con la decisión que tomaste?

Lo miro, tomándome un momento para reflexionar.

—Estoy más que contenta. Estoy feliz, Enzo. Sí, he dejado atrás una carrera que construí durante años, una estabilidad que me costó mucho lograr. Pero lo que he ganado es infinitamente más valioso: libertad, paz mental, y un futuro que construyo cada día con la persona que amo.

Él sonríe, satisfecho con mi respuesta, y me vuelve a abrazar.

—Me alegra oír eso, Joe. Ahora, si me disculpas, creo que es hora de preparar la cena. —Dice, mientras se dirige a la cocina, donde ya se oyen los ruidos de Claudia, probablemente luchando con alguna receta nueva.

Lo observo mientras se aleja, sintiendo un calor reconfortante en mi pecho. La vida es buena, realmente buena. No perfecta, porque nada lo es, pero es mía. Y estoy rodeada de personas que me aman y me apoyan, lo que hace que cualquier desafío que venga sea más fácil de enfrentar.

Unos minutos después, decido unirme a ellos en la cocina. Al llegar, veo a Claudia y a Enzo en plena batalla culinaria, discutiendo sobre la cantidad exacta de sal que debe llevar la salsa que están preparando.

—¡Mamá, dile a Enzo que no hay que echarle tanta sal! —me pide Claudia, al verme entrar—. ¡Nos va a dar un ataque al corazón con toda esa cantidad!

—No intervengas, Joe. Esta batalla la ganaré por la justicia y el buen gusto —dice Enzo, con un tono solemne que me hace reír.

—Bueno, si la comida sale mal, siempre podemos pedir pizza —bromeo, ganándome una mirada fulminante de ambos.

—¡Nunca subestimes el poder de una buena salsa! —exclama Enzo, mientras Claudia asiente enérgicamente.

Nos reímos, y mientras los observo continuar con su divertida discusión, no puedo evitar sentirme abrumada por la gratitud. Esta es mi familia, mi hogar. Y no lo cambiaría por nada.

La vida, como bien dicen, es lo que pasa mientras haces planes. Pero a veces, esos planes cambian y te llevan por caminos que nunca imaginaste. Caminos que, aunque llenos de desafíos, te conducen a donde realmente perteneces.

Y mientras cierro los ojos por un momento, inhalando el aroma de la comida que se

prepara, sé que he llegado a ese lugar. Mi lugar. Con las personas que amo, haciendo lo que me apasiona, y viviendo cada día con una sonrisa en el rostro.

No es un final de cuento de hadas, porque la vida no es un cuento. Pero es *mi final feliz*. Y eso, para mí, es más que suficiente.

FIN

Vuestras opiniones son de suma importancia para nosotros, los autores. Cada palabra que compartís nos impulsa a crecer, a mejorar y a seguir creando historias que esperamos os emocionan. Por eso motivo, te agradecería que dejaras tu valoración sincera, para lo cual te facilito el QR correspondiente.

Y si quieres conocer a mi siguiente chica, Mari Luz, que estará disponible para el próximo 31 de enero, aquí tienes su enlace donde puedes reservarla a precio de preventa.

<https://amzn.eu/d/8oe8G5T>



LIBROS DE ESTE AUTOR

Dama De Noche

Dama, una joven panadera sevillana, se encuentra atrapada en una relación tóxica cuando su vida toma un giro inesperado. Siguiendo a su novio a Madrid, descubre un mundo de oportunidades, pero también de opresión. En su camino se cruza con Oscar, un atractivo investigador de objetos antiguos del Museo Naval.

En medio de la quietud del museo, Dama tropieza con un antiguo manuscrito que oculta secretos del pasado. A medida que investiga, se ve envuelta en regresiones en el tiempo, sumergiéndola en una travesía de autodescubrimiento y superación personal.

"Dama de Noche" es una historia apasionante sobre el poder del amor, la resiliencia y la redención.

La Perla De Cartagena

En el exótico telón de fondo de Cartagena de Indias, Felipe Guzmán, un ambicioso escribano español, busca su destino en una tierra de promesas y peligros. Pero su llegada no solo marca el comienzo de una nueva carrera profesional, sino también el encuentro con Flora Orellana, una panadera local cuya belleza eclipsa incluso la luminosa ciudad conocida como La Perla del Caribe.

Mientras se oculta un romance prohibido, el destino de Cartagena se ve amenazado por la sombra de una flota británica implacable, dispuesta a conquistar y someter, no solo los derechos de sus habitantes, sino también el de un estilo de vida próspero y ejemplar. En medio del caos y la incertidumbre, héroes inesperados emergen: desde el valiente Virrey de Nueva Granada, Sebastián de Eslava, hasta el legendario don Blas de Lezo, cuya astucia y coraje desafían a un enemigo formidable.

¿Acaso en los momentos más oscuros se revelan los verdaderos héroes? Aventúrate en esta épica narrativa de historia, pasión y valentía, donde el amor y el deber se entrelazan en una batalla decisiva por la supervivencia.

Viernes De Pecado

Un regalo sorpresa lleva a Alana a Los Viernes de Pecado, una sala en la que el anonimato es la excusa perfecta para dar rienda suelta a la lujuria, a las pasiones desenfrenadas y a los contactos

clandestinos. En su primera experiencia en ese local, coincide con un hombre cubierto por un antifaz de zorro a quien de inmediato identifica como el compañero de trabajo que la trae de cabeza y, a pesar de su innata timidez, se deja arrastrar a un excitante laberinto de sexo desconocido para ella. Pero la cosa se complica cuando la química entre el zorro y ella entra en combustión, llevándola más allá de lo que iba a ser un simple encuentro sórdido y furtivo. Poco a poco descubrirá que las apariencias engañan, y que las cosas y algunas personas no son como ella creía.

Adéntrate en Los Viernes de Pecado, una novela en la que los sentidos despiertan y el amor aparece sin buscarlo.

El Profesional

La vida de Emma, monótona y aburrida, necesitaba un aliciente que le hiciera volver a sentir que, además de madre, seguía siendo mujer. Para ello, decide buscar los servicios de un profesional del sexo que sacuda su existencia durante unas horas y le ayude a salir del aburrimiento de su anodina vida diaria. Sin embargo, su particular Eros resulta ser una sorpresa que pondrá del revés su aposentada y tranquila rutina. Una noche de hotel. Cuatrocientos euros. Y un secreto q saldrá a la luz después de 8 largos años. ¿Te animas a descubrirlo?

Dos Vidas Para Llegar A Ti

Ares era un hombre feliz. Tenía todo cuanto había deseado en la vida: una familia a la que adoraba, el trabajo que siempre había soñado y una mujer de la que estaba profundamente enamorado. Pero una noche, el destino se cruza en su camino y le arrebató todo cuanto tenía. Camino a Madrid para cubrir la coronación del nuevo rey, Felipe VI, sufre un accidente de coche que cambiará por completo todo cuanto ha conocido.

Varado en un mundo donde nada tiene sentido y cuyas normas no alcanza a comprender, tendrá que luchar por encontrar el equilibrio entre lo que su mente sabe que es lo mejor para aquellos que le rodea, y lo que su corazón y sus principios le dictaminan.

¿Será capaz de encontrar la armonía entre sus dos vidas sin renunciar a lo que más ama?

Un Okupa En Mi Corazón

Sabrina, arquitecta y diseñadora de interiores, mantenía vivo un sueño desde hacía años: devolver a La Alborada, aquel palacio de cuentos de hadas sucio y abandonado que veía de niña en sus paseos, el esplendor y la belleza de tiempos pasados. Por eso, cuando la oportunidad de su vida se presenta, se aferra a ella dispuesta a conseguirlo como sea.

Sin embargo, no contaba con que la mansión de sus sueños encerrara un “regalo” inesperado: el príncipe también venía incluido con la casa y con él allí, las extrañas leyendas que corrían por la ciudad sobre el palacio comenzaban a cobrar sentido.

Nunca pudo sospechar que aquel “príncipe encantador”, en ocasiones molesto y desquiciante, pero también pícaro y divertido, consiguiera con su simple presencia que todo su mundo, sus creencias, sus objetivos y sus principios cambiaran radicalmente. Pero sobre todo, lo que nunca

imaginó fue que lograra colarse en sus pensamientos, en sus sueños y en su corazón de manera irremediable y eterna.

Al Sur

Una despedida de soltera... Una reunión de negocios...

La noche une a Luna y a Pablo, haciendo que entre los dos nazca la atracción y el deseo mutuo desde el primer momento. Pero ella no puede permitirse más líos de los que ya tiene, así que prefiere huir de la tentación y desaparecer sin dar a Pablo ningún dato que le permita encontrarla. Pero él no es un hombre que se rinda fácilmente. Tiene muy claro lo que quiere y ha decidido buscar la manera de encontrar a aquella joven misteriosa de la que solo sabe su nombre.

Una casualidad la pondrá de nuevo en su camino, y para evitar que se le vuelva a escapar, le propondrá un negocio que podría suponer a Luna un importante espaldarazo a su incipiente carrera como diseñadora de moda flamenca.

¿Será capaz de rechazarlo y seguir con su planificada vida? ¿O lo arriesgará todo, sacrificando su aparente equilibrio por el interés profesional?

Camino Al Paraíso

Finalista Premio RNR-Vergara 2014. Edición 2018

Sevilla. Año de Nuestro Señor de 1.493.

Tras el descubrimiento de una nueva ruta hacia las Indias Occidentales por el ya almirante Cristóbal Colón, Javier Alonso, capitán de una de las naves que acompañarán al descubridor en su segunda expedición, está ansioso por zarpar con el deseo de formar parte del asentamiento que está previsto establecerse en la isla de La Española. Manuel Espinosa, su mejor amigo, también va a participar en la empresa colonizadora, dejando a su prometida, Mariana Balboa, en Sevilla. Pero, a diferencia de Javier, su viaje está motivado por la ambición y la codicia, no por el deseo de conocer otras culturas y nuevos horizontes.

Lo que Manuel ignora al marchar es que la joven destinada a ser su esposa es una muchacha indómita que no acepta la imposición del compromiso concertado por su familia, especialmente después de haber conocido al capitán Alonso. Decidida a conseguir el amor de Javier, Mariana inicia una intrépida aventura que romperá con los convencionalismos de la época, aún a costa de su buen nombre y el de su familia.

En Busca De La Redención

Manuel es un hombre atormentado por sus fantasmas. En el pasado, viajó al Nuevo Mundo y allí cometió un terrible crimen movido por los celos y por su carácter misógino y carente de honor. Con sus fechorías les ha fallado a su mejor amigo, a la que fue su prometida y, sobre todo, al mejor hombre que ha conocido nunca, su padre.

Su mala vida le lleva a enfrentarse cara a cara con la muerte. Este hecho le demuestra que es imposible que su existencia pueda ser más indigna y resuelve que la mejor manera de saldar las cuentas que tiene pendientes con Dios es poniéndose en manos de la justicia de los hombres.

Cuando comprende que su existencia no tiene sentido y que sus malas acciones de antaño no le hacen merecedor de una segunda oportunidad, aparece un ángel en forma de mujer dispuesta a liberarlo de los demonios que le atormentan y a hacerle creer que todo ser humano, incluido él, merece la redención cuando su arrepentimiento y sus ansias de enmienda son sinceras. Pero solo tiene una manera de conseguir saldar sus viejas cuentas con el Altísimo: renunciar a ese ángel que le ha llenado de esperanza, convirtiendo la separación en su mayor penitencia.

El Sendero De La Venganza

La promesa de un niño ante la tumba de sus padres.

La obsesión de una niña por quien cree el amor de su vida.

El pasado une a Javi y a Angélica de manera trágica y desconocida para ambos: mientras él se siente sujeto a su juramento de venganza, intensificado por su sentido del honor, ella no está dispuesta a dejar pasar la única oportunidad que le brinda el destino para enamorar al hombre con el que lleva soñando desde que era una cría.

Javier estaba convencido de que nada sería capaz de apartarlo de su propósito. Sin embargo, no contaba con que una hechicera de ojos verdes se le cruzase en el camino y que provocara, con su dulzura y belleza, un terremoto interior al comprobar como la atracción que lo lleva en su dirección está fuertemente en oposición con el objetivo que se ha marcado.

Ambos aprenderán que la venganza es un sendero difícil de transitar y que se mueve en ambas direcciones: al igual que tiene un camino de ida, también lo tiene de vuelta. ¿Quién ganará la batalla en este enfrentamiento de voluntades en el que nadie está dispuesto a transigir, y en el que los dos pierden de todas formas?

Descúbrelo en esta tercera y última parte de la Serie Conquista: El Sendero de la Venganza.